The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

652
M397g

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/grafologasdeaste00masi

GRAFOLOGIAS

DE

"ASTERINA EXIGUA"

ALFONSINA MASI ELIZALDE

GRAFOLOGIAS

DE

"ASTERINA EXIGUA"

PRÓLOGO DE

ALVARO MELIAN LAFINUR

BUENOS AIRES

Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso - Sarmiento 779 y Doblas 955

1929

MICROFILMED BY THE UNC
LIBRARY PHOTOGRAPHIC SERVICE

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

PROLOGO

Si el buen abate Michon (1) resucitara y leyera estas líneas, reprocharía seguramente a la autora de la obra la elección de su prologuista:

—¿Cómo se le ocurre a Ud., Mademoiselle, hacer prologar su bello libro por un profano en nuestra querida ciencia?—

—Alto ahí, Señor Abate. «No soy yo contrabandista ni pirata», como dijera, en ocasión parecida, un escritor ilustre. Cedo, nada más, al pedido lisonjero y honroso de una amiga dilectísima aunque comprometedora. No procuro meterme de rondón en los cercados de la grafología, materia de la que, efectivamente, poco se me alcanza. Me sería posible, talvez, urdir, con el auxilio de vuestras propias obras, un prólogo erudito, que me diera toda la apariencia de un estudioso «passé-maître» en asuntos grafológicos. No incurriré en tal exceso pedantesco. La sabiduría de Alfonsina a este respecto, ya saltará por sí sola a los ojos de los expertos. Yo me propongo hablar casi solamente de su espíritu y de su arte que por cierto me resultan más interesantes que algunas ciencias...

Por otra parte, no es éste precisamente un tratado grafológico (aunque en el fondo lo implique) que exija

39235-2

(1) Como se sabe, los entendidos reputan por el verdadero fundador de la "ciencia" grafológica a Jean Hippolyte Michon (1806-1881), en virtud de haber sido quien redujera a sistema las intuiciones y conjeturas de Baldo, Lavater, Flandrin y otros famosos precursores.

autorizadas dilucidaciones teóricas. Es una serie de resultados, una galería de retratos y esto ya cae, me parece, hasta cierto punto, dentro de otros dominios: el de la crítica literaria, por ejemplo.

Una cosa sí diré, y es que, a mi juicio, la grafología, sea o no considerada como verdadera ciencia, no puede alcanzar gran importancia sino en manos de una persona de positivo y vario talento. Podrá una mediana inteligencia, siguiendo rigurosamente las reglas de observación, trazar «análisis elementales» y aún «bocetos» más o menos acertados. Pero el «retrato grafológico», que es, como en pintura, el género culminante, solo puede hacerse a base de cualidades extraordinarias de sensibilidad, de imaginación, de perspicacia. Ya no basta la observancia fiel de las leyes de investigación, ni siquiera un sentido psicológico suficiente para evitar aquellas contradicciones y equívocos ocultos — pero flagrantes para los competentes — que delatan al adepto bisoño o al incapaz aficionado. Aquí entramos en las regiones superiores donde la disciplina del grafólogo se da la mano con la aptitud del moralista, (en el sentido clásico de conocedor de la naturaleza humana, es decir, más de psicólogo que de eticista), aptitud que cuando se remonta a lo genial, produce a La Bruyère, a Gracián, a Proust. ¿Es mucho decir? Si el grafólogo no ha penetrado, hasta cierto punto, en esa ciencia de la conducta, si no es capaz de manejar la difícil alquimia de los sentimientos y las pasiones que precipita las grandes resultantes, sus pretendidos retratos serán apenas vagas figuras genéricas e indeterminadas, cuando no adefesios destituidos de parecido alguno, torpemente desdibujados y carentes de armonía y finura en el colorido. Por cuidadosamente que se lo ejercite, el simple exámen de una autografía no suministra

esas grandes resultantes, cuyo desarrollo excede lo grafológico y es ya materia de las ciencias morales al propender a una verdadera etología.

Y no es todo aún. Se requiere un elemento más: el estilo. ¿Cómo sería posible expresar esos delicados matices, esas casi imperceptibles gradaciones, esos escorzos de la inteligencia y el carácter; los meandros de ese complicado dédalo que es el alma humana, sin un instrumento de precisión, sin un lenguaje adecuadamente afinado, lleno de riqueza cromática, alquitarado hasta la quintaesencia y buido como para dividir en dos la idea más sutil y huidiza? Tampoco se podría sin eso decir ciertas verdades, pintar algunos defectos ineludibles, no claudicando de la más perfecta franqueza pero curando no ofender, como cumple a la cultura y al ejercicio de una actividad por excelencia social, es decir, como lo practica indefectiblemente la autora de este libro.

Porque, a la verdad, pocas veces se ha visto enunciar o insinuar las cosas más diestramente que como lo hace esta habilísima escritora, a quien dan ganas de preguntarle, como el Cardenal de Este preguntaba al Ariosto, ante el despliegue de imaginación y de ironía de su obra:

—¿Diga Ud. Alfonsina, de dónde ha sacado tanta picardía?

A lo cual ella había de responder, sin duda, con una sonrisa de su rostro inteligente; esa sonrisa que parece difundirse por todo el libro y hace de él, aparte la exactitud grafológica, la más deleitosa, la más amable de las lecturas.

Por aquí desfilan, en espíritu, muchos contemporáneos con quienes nos estamos codeando a cada momento en el salón, en el teatro, en la redacción, en el

club, en el bar, en la calle. Pasan bajo la mirada luminosa e inquisitiva de Asterina. Han dejado a su alcance cuatro líneas reveladoras. Como en la célebre frase, si ella quisiera, los podría ahorcar. No los ahorcará, porque es indulgente y bondadosa. Pero hará pasar, maliciosamente, por su cuello, el roce del cáñamo, hasta despertar un ligero escalofrío en la vanidad amenazada. ¿Quién diría que una joven mujer, sin tiempo para la experiencia del mundo, sin ese trato estrecho, constante y prolongado con políticos, guerreros, escritores y filósofos, que daba a las Staël y a las Deffand su penetrante conocimiento del corazón humano, pudiera captar tan finamente las mil y una complicaciones que integran el carácter de tanta personalidad diversa? Tú, el hipócrita, que escondes bajo tu mala hopalanda de Tartufo a un buen bebedor de pecaminosos filtros: Aquí serás graciosamente puesto de través a la luz, para que se columbre tu disimulada índole. Tú, el espléndido y pródigo, que deslumbras con aparatosa largueza: Advierte cómo una mirada zahorí ha descubierto ese «coté» Harpagon que te hace ser tan mezquino en lo pequeño y oculto, como rumboso en lo grande y ostensible. Tú, el emprendedor y enérgico: eres, más bien, un ajitado y un violento. En tu fondo, seráfico poeta, duerme un sensual apegado a los frutos de la tierra. La imparcialidad y el equilibrio que alardeas, oh ecuánime político, no son sinó egoísmo; eres de aquellos que vió Dante a la entrada del Infierno, incapaces del bien y del mal y a quienes «Misericordia y Justicia desdeñan».

En cambio tú, que perteneces a «los que callan» y llevas contigo una escondida y pura noción de la belleza, ultrajada de contínuo por la agena estulticia, que nunca te la ha de reconocer, porque ya te concedió patente en otros campos y eso es mucho; que has lo-

grado, talvez, satisfacción y fama, pero no aquellas a que inútilmente aspirarías; consuélate: por lo menos habrá habido una vez quien sorprenda, debajo de la personalidad ficticia que los otros te compusieron, esa tímida, esa trémula y tenaz llamita del ideal estético que flamea desesperadamente en el fondo de tu alma y que es lo mejor y más verdadero de tí mismo. Y tú, el hosco y agresivo, a quien juzgan sin corazón, porque un afan de verdad y de justicia y un alto ideal humano te hacen ser inexorable en la lucha: mira cómo el tesoro de ternura que nadie supo descubrir, ha sido entrevisto por una sagaz ojeada femenina en los rudos rasgos de tu pluma bravía.

Ciertamente, en los preciosos retratos de Asterina, esas anfractuosidades y contrastes ocultos de la mentalidad y del carácter, no aparecen tan crudos y violentos como en estos esquemas imaginarios con que por mi parte procuro recordar, simplificando, lo complejo de ese mundo heteróclito que es la psiquis humana. Con sabios toques de pincel, miniaturista exímia, va ella agrupando los rasgos diversos, atenuando aquí y allá los excesos, disminuyendo la «charge», acentuando el signo revelador, corrigiendo, con un oportuno grano de especias lo soso del elogio, hasta rendir un conjunto psicológicamente verdadero, proporcionado y justo, en el cual, como en las criaturas de los grandes novelistas — Stendhal, Dostoyewski — se echa de ver, por entre lo heterogéneo y confuso del personaje, aquella esencial y armónica correspondencia de elementos que le confieren verdad humana, perdurable fuerza vital. ¿No diremos, apropósito, que hay en Alfonsina un novelista que se ignora? Si elevándose de este ameno juego grafológico a la creación pura, intentara la novela de análisis y de ambiente, talvez diera en ella los frutos mejores de su

gran intuición, de su «sens des nuances», de su familiaridad con esas zonas espirituales a las que solo penetran las mentes opulentamente dotadas, de su capacidad de descripción y de síntesis, de todo lo que está visible en las páginas que siguen y las asimila a esa naciente ciencia de las modalidades personales y de las costumbres, que algunos llaman caracterología. Trampolín intelectual, la semblanza grafológica le habría servido para dar el gran salto hacia un arte superior que, a nuestro parecer, la está llamando con apremio.

La curiosidad moral es una vocación. Ved si la tendrá esta joven escritora que se inclina sobre más de cien autografías diversas para desentrañar las facciones íntimas de sus autores. Por supuesto, no seremos tan candorosos como para creer que todo lo extrae ella de esa confrontación con un breve y quizás intencionado manuscrito. (Que nos perdone, pero amenudo nos parece que la manera de justificar sus aserciones con referencias a los rasgos gráficos, no es sino una forma graciosa é irónica en el fondo de dar autoridad científica a lo que es pura intuición o deducción personal). En muchos casos se trata de gentes a quienes conoce; en otros, de personalidades mundiales cuya obra le es familiar y cuyos gestos, gustos y manías están siendo a diario difundidos por la prensa. No importa. El alcance de su sentido psicológico queda intacto. También el significado de la curiosidad a que aludíamos. Ahora bien: Esa propensión lleva lejos. Auxiliada por aptitudes de artista, abonada con la cultura y la observación, es ella la que engendra al buen autor de comedias o novelas, al creador de caracteres, al pintor de tipos, al satírico de intención trascendente. No lo dudemos. Nada se hace de verdadero y perdurable en arte sin esa materia primordial que provee la naturaleza, y al más genial

imaginativo no le es dado crear «ex nihilo». El arte semeja a veces alejarse de lo real hasta romper con él todo vínculo. Pero el cordón umbilical subsiste y en la obra más idealista o fantástica, si es verdadera y no un absurdo desvarío, podemos rastrear la recóndita realidad originaria que le sirve de sustentáculo. Es del conocimiento del hombre por el hombre de donde surgen las concepciones que son, al par, deleite y enseñanza de la humanidad, y los poetas de más fecunda inventiva y de más alada fantasía, como Shakespeare, deben su gloria diuturna a la conciliación de esas facultades con la verdad; a haber penetrado, más hondo que nadie, en esa sima maravillosa que es el alma humana.

He aquí que hablando de un libro grafológico, nos hemos dejado ir a divagaciones que pueden parecer excesivas o incongruentes. Que se nos disculpe. Pero nosotros creemos ver, en ese juego de salón que es para muchos la grafología, una manifestación más del implacable afán que mueve al hombre a buscar ansiosamente la mayor revelación de sí mismo en el conocimiento de los otros. «Nadie conoce a nadie», dice con pesimismo y amargura esa filosofía «silopsista» de que participaba France. Estamos irremediablemente solos en medio de los que nos rodean y cada ser es un enigma para los demás. Desesperado por esa especie de muro infranqueable que aisla las almas, el hombre echa mano de todos los medios para sondear a su alrededor, en busca de esclarecimientos. Uno de esos medios, talvez ingénuo, talvez de un poder insospechado, es la grafología. Al cultivarla tan admirablemente, Asterina Exígua evidencia, por lo menos, una curiosidad filosófica y un don artístico que la habilitan, ciertamente, para más altas empresas del espíritu.

ALVARO MELIÁN LAFINUR.

PALABRAS AL LECTOR

Palabras al lector, que la autora juzgaba perfectamente inútiles, hasta que vino el prologuista con su bello decir muy moderno y muy antiguo y su escepticismo elegante, a poner suavemente en duda la certidumbre científica de los estudios grafológicos que aquí se coleccionan, la mayor parte de los cuales apareció en la revista «Caras y Caretas» bajo el seudónimo de «Asterina Exigua».

No se lo podemos permitir, ni siquiera en gracia a la espléndida largueza con que tiende su mano de artista reputado, hacia la nuestra, tímidamente audaz y desconocida. Después de todo, prologuista y autor polemizando a la entrada del libro, es quizás cosa de un superrealismo sabroso y actual, muy del gusto de nuestra época.

En realidad, esta ciencia de conocer el carácter por la escritura, no es nueva en absoluto, ya que en chispazos de intuición la presintieron más de una vez hombres de siglos pretéritos, si bien sólo los de nuestros días supieron arrancarla a la hipótesis y al tanteo, para convertirla en una rama del conocimiento humano, robándole, por cierto, en poesía y en misterio, lo que el inevitable método experimental le hacía ganar en precisión. Y bien, lector. Si en los dulces tiempos de la alquimia alucinante y oscura, yo hubiera podido aparecerte revestida de alguna virtud milagrosa que me descubriera el secreto de las personalidades — e imagina el poder de seducción que eso me diera sobre tí — hoy pides a tu librero «lo más nuevo que tenga en la materia», y, fríamente, discutes la equivalencia entre mis conclusiones y las tuyas.

Vale decir que no soy yo, sino tú mismo — porque es algo que está al alcance de tu noble curiosidad inteligente — quien ha de defenderme contra la sospecha de haber jugado con la imaginación en un terreno donde la lógica, el razonamiento y la experiencia son instrumentos de perfecta eficacia.

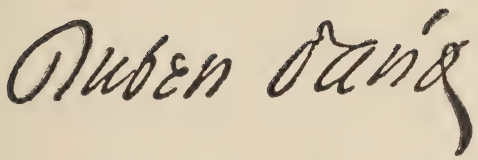
Respecto a la honestidad con que estos estudios han sido transcriptos, puedo asegurar que si se buscó destacar el perfil más armonioso de cada fisonomía, pudo la imagen resultar incompleta pero nunca ficticia ni contradictoria, debiéndoseme reconocer el derecho — tal como lo hace Melián Lafinur, quien, ligeramente incrédulo de la grafología llega sin embargo a profundizar en su trascendencia filosófica más hondo que muchos de sus cultivadores superficiales — a no llevar la agudeza del análisis más allá del límite que pudiera convertirlo en un abuso de confianza.

En cuanto al hecho de que la mayor parte de las personas que por aquí desfilan, aparezca perteneciendo a una calidad humana superior, respondo a una posible suspicacia, acogiéndome a la observación de Azorín, a quien se le reprochaba un día el haber elogiado a un escritor amigo suyo. «¿Por qué suponer, decía, que le reconozco inteligencia y originalidad porque es amigo mío, y no que sea amigo mío precisamente por poseer esas cualidades?» En verdad, ¿por qué suponer que el grafólogo hable amablemente de todas las autografías que analiza, y no que, precavido y filósofo, haya elegido para formar esta colección sólo aquellas de las cuales le fuera posible hablar amablemente?

La Autora

GRAFOLOGIAS

I



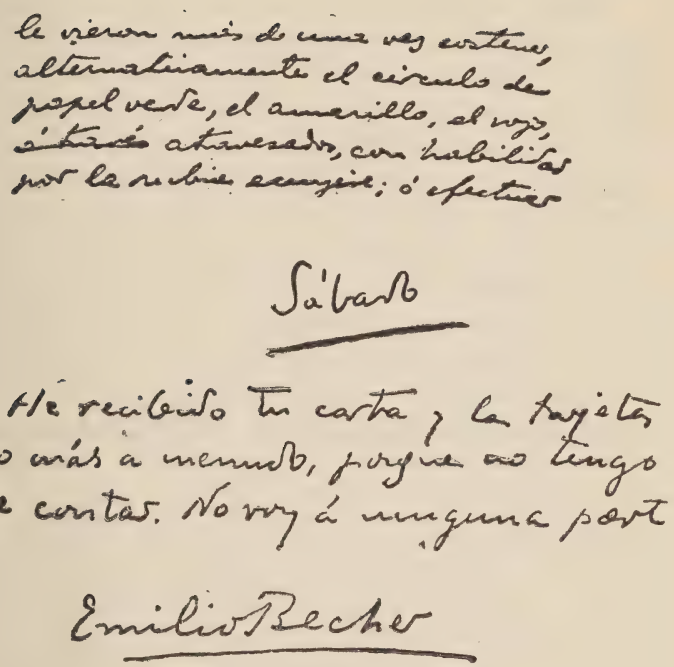
(Ruben Darío)

Quizás piensas, lector: — "¿A qué ocuparse en descifrar a uno que está ya bajo la tierra?" — Y cuando tú y yo seamos polvo, este vivirá todavía, porque estaba dotado como los que no se dejan olvidar.

Escritura aristocrática (sus manos de marqués), amor a la vida amplia y suntuosa. Le hubiera gustado ser rey: lo fué de un mundo maravilloso — oro, sedas y mármoles — que creó su fantasía. Dijo: "la primera ley del creador, crear". Y la intuición creadora y artística surge magnífica por entre los signos desenhebrados de su nombre. Intuición de belleza libre de toda turbiedad canta en la "R" inicial de un solo trazo. Cubistas, dadaístas y ultraístas, para vuestro tormento el agua pura de esta curva dulce y altiva, serena y armoniosa como el alma de la Grecia inmortal en que él hubiera amado vivir, y divinamente inquieta en su reposo como su alma de latino. Tuvo también su lógica, original como

todo lo suyo, y la supo defender bravamente (la rúbrica cimbrante y vertical.) Sensibilidad. Temperamento ávido. (Plural ha sido la celeste historia de su corazón...) Inquietud metafísica. (Ahora oyó ya, sin duda, como pedía, su "Levántate y anda".)

II



(Emilio Becher)

No conocí en la vida a Emilio Becher, y ningún recuerdo personal y preciso uno a su nombre. Sin embargo, el análisis de su escritura en dos breves páginas manuscritas, entre cuyas fechas respectivas median cerca de veinte años, perfila tan netamente su rica personalidad y muestra con tan claro rastro lo

que el vivir hostil o generoso hizo de ella, que ahora me parece sentirla entera y vibrante frente a mí, como si la muerte y el tiempo no existieran. Quizá para contradecir el verso desesperado de Hugo: "El hombre, fantasma errante, pasa sin dejar siquiera su sombra sobre el muro..."

Según su grafismo, Becher era una inteligencia potente, hecha de aguda capacidad crítica y de fuerte actividad productora, sin llegar, no obstante, a la creación genial, fuente viva del arte y de la ciencia. Tenía una penetrante concepción psicológica, una imaginación encendida pero ordenada, el juego del pensamiento flexible y gran facilidad para exteriorizarlo. Era ingenioso, perspicaz, observador, hábil para encontrar el sentido de las cosas pequeñas. Y tenía, sobre todo, una enorme cultura, fruto de aquellas inteligencias que se alimentan, a la vez, de la letra y del espíritu del mundo. Su pluma conoce todas las formas posibles de ligar los signos, como el que ha aprendido, andando, el derrotero de todos los caminos.

Con una voluntad capaz, se sintió tímido y desprendido para la ambición personal. Y no fué ni un humilde ni un orgulloso. Simplemente se apreciaba con absoluta precisión, tal como apreciaba a las cosas y a los seres. Se fué sin duda con muchos juicios de implacable exactitud sobre sus contemporáneos y sobre la justicia humana, guardados en el fondo de su conciencia por la silenciosa y superior ironía que despunta de alguna breve y afilada barra de su caligrafía. Hubo en él la contradicción que marca una clase de espíritus superiores: tenía la melancolía de todos los sueños magníficos que jamás realiza la vida, pero no era esencialmente un triste, como

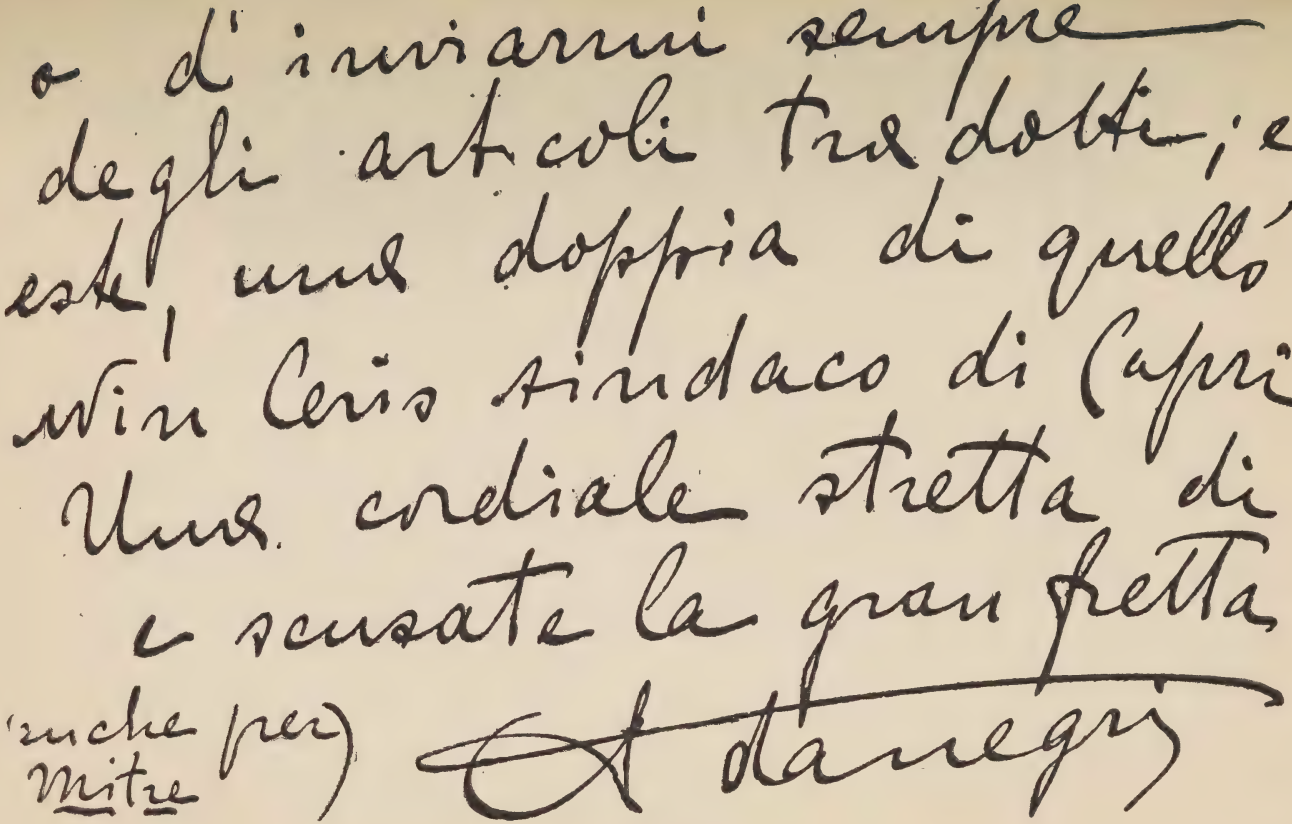
no lo son nunca aquellos que por la riqueza de su mundo interior constituyen la verdadera aristocracia humana.

Tal vez su aptitud para comprender — que en sus últimos años es infinita — sirvió para apaciguar el desencanto de su corazón con una resignada sabiduría de renunciamiento. De la sensibilidad ávida y dulce, espontánea de pasión y de esperanza que transparenta el grafismo de su juventud lejana, queda tan sólo la emotividad violenta, bruscamente traducida en decisión, en reserva, en disimulo, en hábil hermetismo defensivo. Ya no lo tientan las grandes acciones de caballería, y ante los molinos de viento de los paisajes sentimentales, sonríe y pasa, filosóficamente.

Lo único que no le dió paz fueron sus inquietudes morales. No percibía con claridad el límite entre el bien y el mal. Estaba, con su inteligencia, por encima del campo por donde corrían los arroyos de sus pasiones, y el mal debió parecerle quizá algo objetivo y circunstancial. Pero lo torturó el doloroso problema del hombre que se siente superior a sus instintos y no acierta a resolver la antinomía de su libertad y de su responsabilidad. Vuelta a vuelta la pluma hace un pozo de tinta del bucle que debió ser limpio y claro... Y al instante siguiente, el chispazo de la intuición metafísica quiebra el hilo sacudido y turbio en inquietos perfiles de idealismo. Esta alternativa de sombra y de claridad persiste sin solución entre las dos épocas de su vida que traducen sus autógrafos. Becher no tuvo la voluntad de ser perfecto, único don de milagro con el cual se cura, sobre la tierra, la angustia de sentirnos ajenos a ella.

III

La más bella letra de mujer — en su dibujo y en su significación grafológica — que nos haya caído hasta ahora bajo los ojos. Clara, cálida, expresiva, original y preciosa. Milagro de feminidad exquisita que aparea la fuerza con la acendrada dulzura, y concilia una bondad humana superior, con la personalidad de incontrastable vigor que ha traído hace tiempo el renombre universal para la dulce maestrita de Motta-Visconti. ¡Cuánto bien junto en las manos de una sola criatura! ¡Y qué admirablemente cumplido el precepto de cultivar el propio predio! Inteligencia soberana para la vida y para el sueño; grave y reflexiva, y encendida, intuitiva, creadora. La imaginación ardiente la enriquece, pero no la embriaga: los bucles y los largos perfiles se estiran sin confusión gracias al orden precavido y preciso que espacía las líneas y las palabras. Atención voluntaria en vivo alerta sobre si misma con orgullosa y noble dignidad. Voluntad enérgica, elástica e intacta al desaliento. Sentimentalidad extraordinaria, donde la pasión se purifica victoriosamente de egoísmo y de locura: Ada Negri tiene un sentido moral que le aclara el horizonte cien mil leguas a la redonda... La escritura es movida y espontánea, pero se advierte tan claro el ritmo regulador de su ardor y de su fuerza, que sólo queda la impresión de la serenidad triunfadora: la que nace, no del aniquilamiento, sino de



Ada Negri

la armonía. Nativo y poderoso temperamento de belleza. Alta cultura moral, artística e intelectual. Generosidad, franqueza, lealtad. Idealismo y humanidad. Candor y rectitud. Gracia y encanto. Ambición de amor, de juventud y de gloria, que canta y sube como una llama... En verdad que amarla debe ser parecido a la gloria. Tenerla por amiga, un refugio de frescura en el desierto de la vida.

IV

¿Vislumbras, lector, la sombra de Maquiavelo atisbando por entre esas curvas aparentemente inofensivas? Voluntad escondida — dura como un diamante — que no se exterioriza jamás por medios violentos, que aun en los extremos oculta sus garfios bajo las blanduras del halago o de la persuasión, pero a quien no detiene nada ni nadie. Abraham subiendo con el chico y la leña la montaña del holocausto, es un débil de espíritu al lado de este realizador a sangre fría que observa, deduce y aplica como una máquina de precisión. El trazo decidido y de extraordinaria firmeza hace pensar en un hilo de acero que se curva con flexibilidad pero no se enreda ni se corta, y deja adivinar el movimiento de la pluma, parco, rápido y sin vacilaciones. Hay calma en la acción, pero una ideación extraordinariamente activa y una facultad de decidirse pronta y definitivamente, que deben, por cierto, redoblar la fuerza de sus resoluciones. La sensibilidad es rica, misteriosa y contradictoria como una sensibilidad femenina. Afectividad cálida de hombre bueno, de amigo devoto y seguro, benevolencia, generosidad que no olvida nunca el bien recibido, van diciendo los signos con toda evidencia. Y de pronto, inesperadamente: susceptibilidad, frialdad, dureza, espíritu vindicativo... ¡Qué trabajo debió dar a las mujeres de su vida amorosa, este corazón de escamoteo que hoy llena el pecho

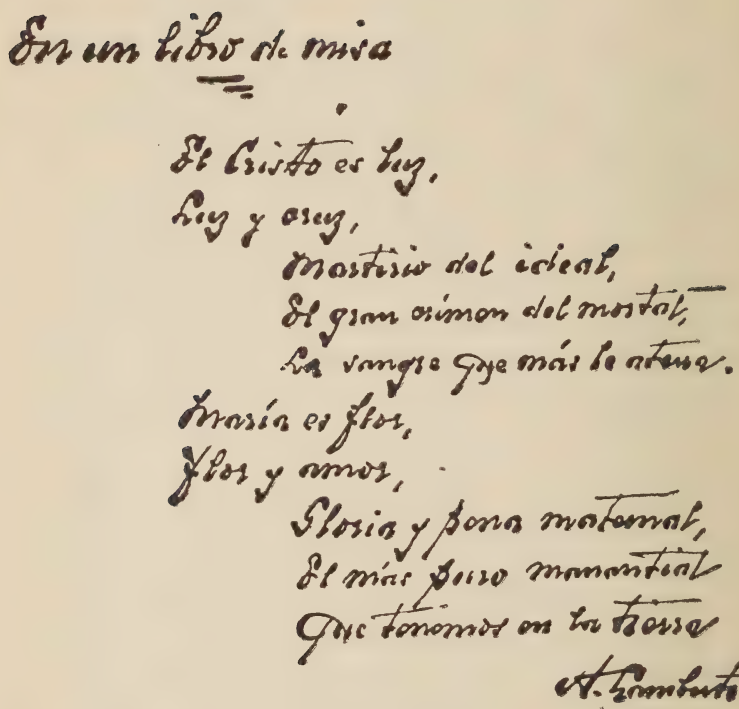
en la vida sepan siempre
valorarla y comprenderla
en todas sus manifesta=
ciones, son los deseos de
H. Irigoyen

Febrero 15/86

Hipólito Irigoyen

y mañana se va como un duende por la ventana, dejando la casa vacía y a oscuras!... Pocas veces hemos visto a la pasión y al reflexivo positivismo contrariándose mutuamente en un mismo temperamento, como se observa en esta caligrafía donde las curvas cordiales, dulces y alargadas se quiebran de pronto en ángulo nervioso e imprevisto, de igual manera como la inclinación de la escritura varía bruscamente, en la misma palabra, de la derecha hacia la izquierda, mostrando el evidente predominio de la voluntad sobre los impulsos más tiernos del corazón. Inteligencia clara donde la lógica terca, invasora, aprisiona un poco a la intuición y puede construir en falso: una admirable psicología de las multitudes, por ejemplo, que creyera que el mundo entero cabe en la multitud. Imaginación. Cultura que facilita el ligado de los signos y los simplifica. (A veces esa simplificación suele llegarle lo bizarro, como el trazo de la "p" reducido a una simple barra.) Impenetrabilidad, reserva, astucia, habilidad. Confidencial pero no franco. Seducción... Tesoros de gracia y dulzura en el modo, y una diplomacia innata, irresistible, para administrarlos. Sensualidad — ¿placer? ¿poder? — que colma su ambición. Sentido práctico. Amor propio. Te hacemos observar, lector, la fecha del autógrafo sobre el cual hemos construído nuestro análisis. Nos separan de ella cerca de cuarenta y cinco primaveras. Ignoramos las variantes con que la vida haya modificado este grafismo.

V



Antonino Lamberti

Esta escritura sobria, pulcra, parca en finales prolongados, con cada signo en su lugar amorosamente dibujado pero sin que la mano pierda jamás su voluntad de línea recta, traduce una inteligencia noble, exquisita, en que la intuición creadora se

moldea sobre un profundo sentido estético, un espíritu vibrante, provisto de una verdadera sensualidad artística, de un tiránico amor de la forma. Hay gracia, originalidad real, elegancia innata, y una terca y gozosa voluntad de agradar que no desmentirán los que evoquen, en el Buenos Aires de hace treinta años, aquel smoking irreprochable con que, invariablemente, a las ocho de la noche, comenzaba Lamberti su jornada. Hay voluntad y firmeza de espíritu que no abandonaron el timón en la hora de la borrasca. ¡Y qué debe haber sido tempestuoso ese mar de la vida de Lamberti! Los bucles y las curvas han precisado océanos de tinta para colmarse, y aguzando el oído, se oye todavía el cantar temible de las sirenas... Filosofía de epicúreo que toma su bien donde lo encuentra, y sabe, sobre todo, que el mejor de los bienes es la sonrisa en los labios, aunque a veces gusta dejarse llevar por el placer violento y fugitivo de la cólera, lenguaje de los dioses.

Ni ambicioso ni mezquino, el caudal material debió írsele fácilmente de entre las manos. Su aristocracia espiritual no le dejó sospechar lo que es la envidia. Su grafismo revela, por el contrario, una honda capacidad de admirar, de que es testimonio la positiva y leal amistad que consagró a la vida y a la obra de Ruben Darío, él, el autor despreocupado de sus "Dispersas", que, simbólicamente, no hemos visto nunca juntas. Poseyó, al lado de eso, la rara y preciosa virtud de la modestia, que no es, por cierto, la ignorancia del propio mérito: una modestia gentilísima de gran señor del espíritu, que sabe ser simple y sencillo como sabe moverse o vestirse.

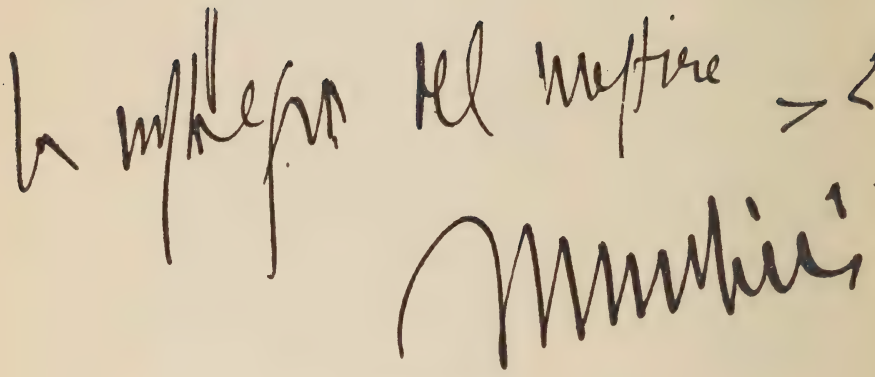
Es infinitamente raro, y precioso, ver a un hombre firmar con el decoro con que lo hace Lamberti. Observa por ahí, lector, y compara.

El análisis de su capacidad sentimental nos lleva a conclusiones inesperadas, por lo menos para los que, dos generaciones detrás suyo, alcanzamos a conocerlo envuelto todavía en la atmósfera de «homme a femmes» que sentaba tan bien a su empinada silueta de lord y a su perfil florentino. Pues su letra miniaturada e invariable que no se desordena jamás, que se niega sin cansancio al abandono y al desaliño, nos muestra una sensibilidad de grande riqueza afectiva, cordial y exenta en absoluto de egoísmo, un leal corazón constante y seguro, capaz de ternuras profundas, de delicadezas femeninas. Un bello corazón, ¿no es cierto?... Si, un bello corazón de amianto, lector. Ha amado mucho, pero sólo con los afectos tranquilos, sanos, de la amistad y de la familia, que no gastan el alma sino que la fortifican. Nadie le prendió nunca los brazos en la cruz de la pasión. Quizás la vió sólo de lejos, o próxima a él con su rostro atormentado y divino, la juzgó inelegante y peligrosa, y lleno de cordura, la apartó de su paso. Así lo imaginamos cruzando aún por el fondo de algún viejo recuerdo femenino, bello y cruel, como un duque del Renacimiento...

Un único, un total amor ha esclavizado este temperamento complicado y completo: el amor a la vida. Lamberti amó la vida por lo que la vida da, por la belleza del mundo a la cual supo gustar ávidamente, y por lo que la vida promete con la sugestión inacallable e imperiosa de su inmenso interrogante. Un fino y constante florecer de perfiles corre a todo lo largo de la escritura por entre las curvas colmadas, como una fresca guirnalda que ciñera las sienes de Dyonisos; naturaleza sensual y

mística, atada a la tierra e inquietada de más allá y de idealismo. Bajo el peso de ese don, el más terrible y magnífico que pueda hacerse a los pobres mortales, muchos destinos se van a la deriva. Lamberti respondió a él cruzando su camino como una criatura de comprensión, de alegría y de esperanza, seguro de encontrar del otro lado de las fosas, como en aquel cuento de sabrosa imaginación que no se tomó el trabajo de dejarnos escrito, al Dios gentil y buen muchacho junto a quien colmar, definitivamente, el sólo anhelo de su juventud inextinguible: Vivir. Eso fué sin duda lo que quiso premiar la vida acordándole, para sus últimos días, en vez de la placidez insensible o cobarde con que a menudo envejecen los humanos, la cálida y armoniosa serenidad que hiciera nuestra admiración y nuestra envidia.

VI



Benito Mussolini

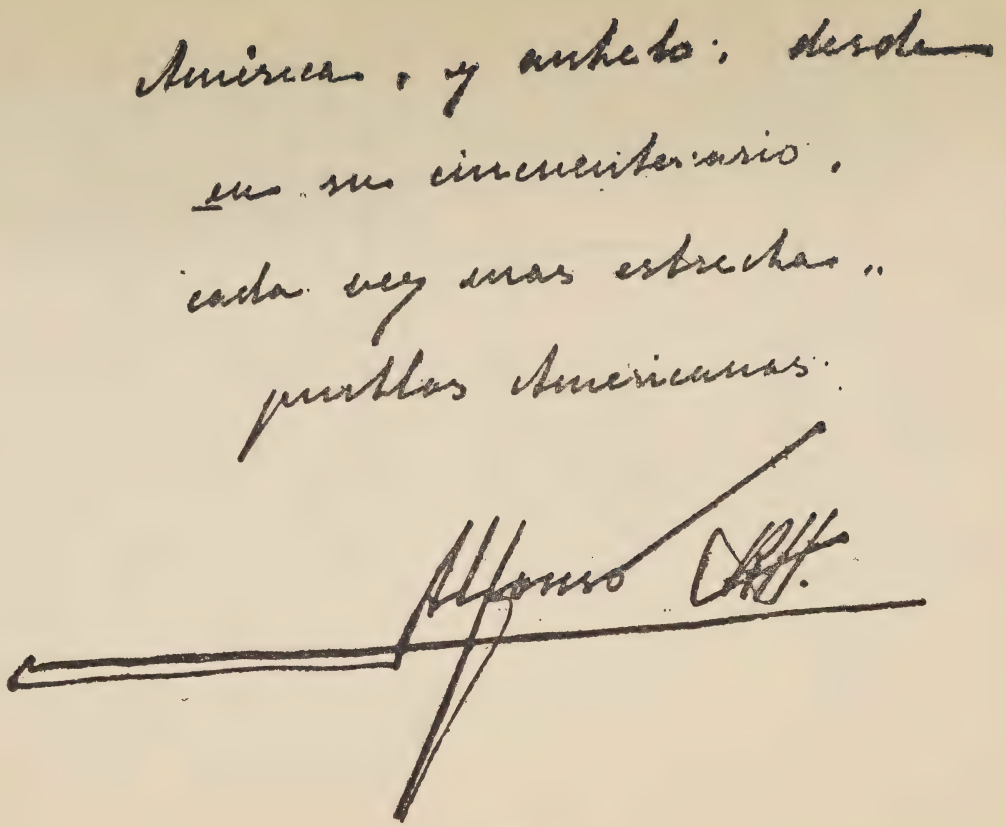
Yo creo y espero como tú, lector, en la dulce promesa de la Revolución Social, que repartirá sobre el mundo, en una primavera inaudita, pan, amor y libros, para todos igual, y a cada uno su parte. Pero con la mejor mala fé del mundo no te puedo ocultar que según su grafismo, Benito Mussolini tiene talento, lirismo, juventud espiritual, temperamento artístico, gracia, cultura y originalidad, lo que bien puede contarse entre las más bellas condiciones humanas. ¿Que es astuto, cambiante y voluntarioso? Es sincero consigo mismo, lector, y no es un cobarde ni un mediocre. Actividad extraordinaria, física e intelectual. Sangre fría que no es, precisamente, sino una enorme fuerza nerviosa ma-

nejada con una rapidez y una seguridad estupendas. El riesgo, la evidencia o la infortuna no lo dejarán nunca extático: es de los que encuentran siempre algo que hacer en un momento dado. Es claro que tan grande potencia realizadora no se pare a veces a elegir el camino, como no lo elige la chispa que se echa a beber los vientos a todo fuego..., sobre todo cuando el viento que la lleva es una imaginación latina dorada a sol de Italia: irreflexión, voluntad que se embriaga de sí misma y acentúa la acción a medida que obra sin reparar en los obstáculos ni en los límites... Emotividad vivísima, sin ternura. Prefiere que le sigan a que le alaben. No es ambicioso sino en segundo término, y la firma solitaria, sin nombre y sin rúbrica, pero más grande que el texto, muestra, sin ostentación, el orgullo de los seres superiores.

VII

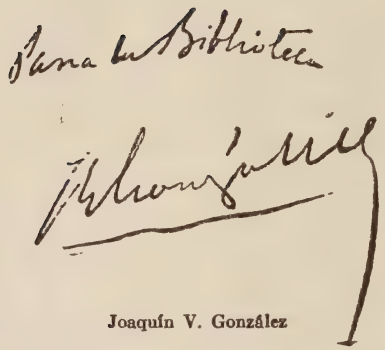
Este era un rey que bien merecía no serlo... Rectitud, honestidad, firmeza, perseverancia, actividad inteligente y ordenada, y una voluntad a quien todo puede exigírsele porque ha sido preparada para todo. ¡Qué perfecto ciudadano se pierde la República Española con el lujo inútil y trasnochado de tener rey! Alfonso XIII es un hombre normal, muy siglo XX, a quien en el fondo de su alma de sportman sano y de hombre libre, debe parecerle absurda la pequeñez carnavalesca de la pompa real.

Su grafismo transparenta dos personalidades: sin duda una real y una forjada. Al pie de su página que dice sencillez, claridad de ideas, lógica, buen sentido, el trazo de la firma, con sus rectas de bayoneta, pulcro pero poco cordial como el saludo de una mano enguantada tocando la sien, le pinta las cualidades absurdas con que hubiera podido nacer hace doscientos años: espíritu confuso, impreciso, voluntarioso, juicio que enturbian el personalismo exaltado y el orgullo, indecisión escondida bajo la prepotencia, desconfianza de los que sólo se saben fuertes por la fuerza. En suma, un rey... Alfonso XIII, que es un hombre, calza su máscara como viste su capa de Calatrava. Lo peligroso en la naturaleza humana es que siempre concluimos por ser un poco lo que queremos aparecer. Cultura, amor al confort. No crea sus ideas: elige entre las creadas. No sueña, no se inquieta. ¿Es un pecado? Para un rey... quizás. ¿El corazón del rey? La pasión de los sensuales, sin la gracia de los tiernos.



Alfonso XIII

VIII

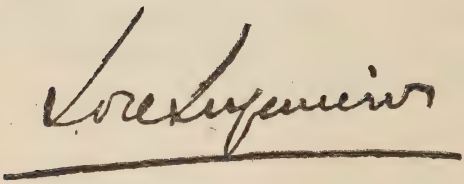


Joaquín V. González

"Cheto fuor, commoto dentro", pudo ser la divisa de esta alma inquieta, que aspiró toda su vida a la serenidad que sólo debió darle la muerte. Espiritualidad persistente a través de todos los caminos que corren por entre las sensualidades de la tierra. Sentido musical, predisposición a lo bello, tendencia a la pereza. Tal vez envidió a los filósofos del paganismo, pero no supo imitarlos nunca. Su capacidad metafísica lo arrastraba en seguida hacia regiones donde no se dan fórmulas apaciguadoras. Amaba la contemplación estática ("dormir y ver", confesó una vez, sus aficiones predilectas), y su espíritu riquísimo, de una lógica y una intuición perfectas, lo obligó a una constante actividad. Combatió su sensibilidad aguda con la razón y la firmeza del carácter, sin vencerla siempre. Había personalidad

y profunda fuerza de resistencia en su naturaleza buena, dulce y generosa. Su voluntad diplomática escondía una violencia sin aparato, y tanto como quiso y supo ser impenetrable, tendía a entregarse confiado este perpetuo contradictor de sí mismo, que orgulloso y sensible al elogio inteligente, se refugió sin embargo en el silencio tenaz que huye de las palabras vanas.

IX

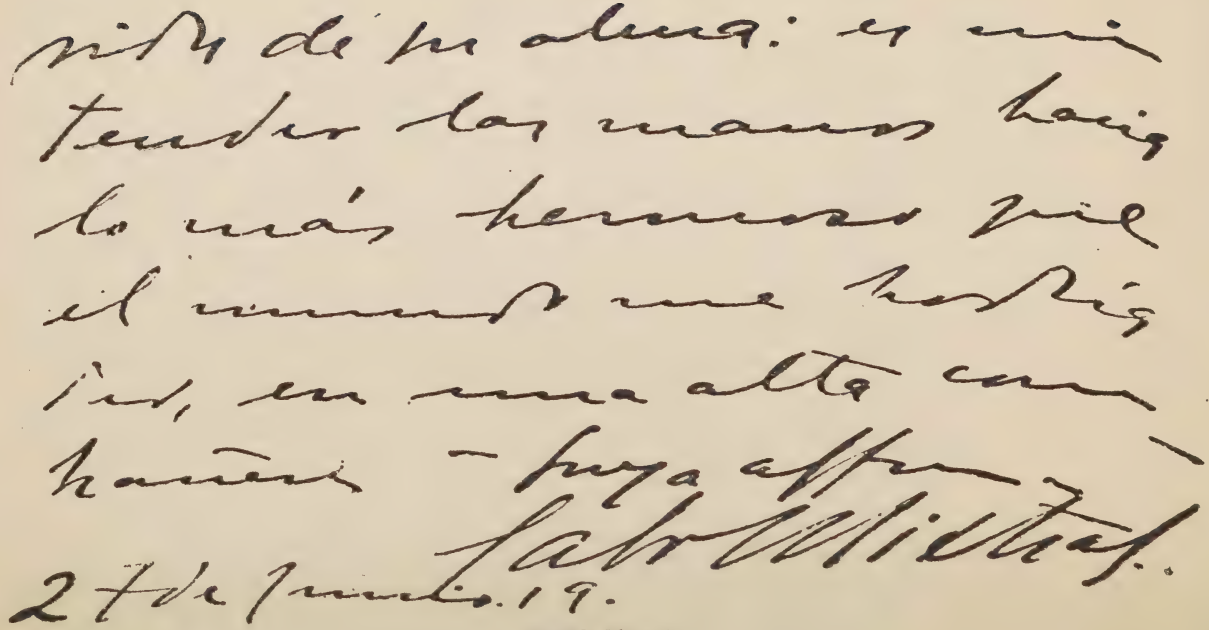


José Ingenieros

Ideas claras, independientes y originales; flexibilidad sin límites de un espíritu cultivadísimo; lógica incontrastable. La grafología no pretende descubrir el aspecto intelectual de Ingenieros: simplemente, constata. El resto de su espléndida personalidad tan discutida, tal vez se aclare ante el análisis grafológico. Sensualidad y sensibilidad profundas; temperamento hecho para la pasión, pero que se retrata dolorosa y orgullosamente como la llama en el vacío. Carácter resuelto, despótico, tenaz; violencia consciente y segura, instinto agresivo, tendencia a la ironía, vivacidad de réplica temible... En suma, todo el pertrecho del magnífico luchador que fuera Ingenieros en su vida exterior, todo lo opuesto al amoroso sediento de ternura que era interiormente. Comunicativo y expansivo en extremo, no libraba jamás su ser íntimo. Lo decían alegre: era triste. Pudo inspirar amistad, sanos afectos familiares, envidia, admiración, Y él escribió sobre la pasión de Isolda, como los condenados sueñan con el paraíso perdido...

X

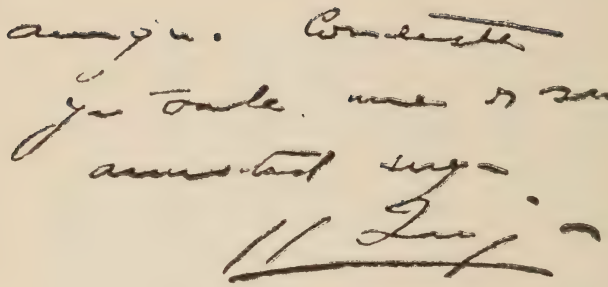
La escritura espontánea, vigorosa y escueta, desnuda sin rodeos el alma apasionada de Gabriela Mistral. Pasión en la voluntad que resucita de mil muertes, pasión en la inteligencia magnífica, en la sensibilidad ávida y profunda; pasión hasta en la desesperanza, que es en ella una tragedia fugitiva y violenta. Grande alma orgullosa e inquieta, libre de la miseria de agazaparse tranquila bajo la pequeñez humana como el gusano bajo la piedra. Libre de prejuicios, pero esclava del angustioso interrogante metafísico que atenacea los seres superiores: sed de síntesis total, anhelo de conclusiones definitivas, por sobre un temperamento organizado para vivir ardientemente la vida de la tierra... Naturaleza radiante que no es hecha, sin embargo, para la pequeña bondad tierna que aroma sus canciones de cuna, sino para el tremendo don del amor absoluto. Ni alegría ni blandura. No tiene coquetería, ni la gracia que la fragilidad presta a su sexo. Su pluma, que no fuerza nunca el ángulo — la inteligencia comprensiva no la deja ser dura — tampoco se complace en el trazo curvo, que es escueto, distendido, apoyado y afilado a un tiempo. Sal y yodo. Y tan lejos de la sonrisa, como el arco que en los retratos le baja la boca con cansada amargura. Modesta y no humilde. Resignada y rebelde. Un raro



Gabriela Mistral

pudor o la laxitud momentánea apagan a ratos su leal arrogancia combativa y la vuelven hábil, insegura, femenina... Sentido estético áspero y puro, con la sombría armonía de un cantar de bosques bajo el viento. (El arte, un velo sobre el drama de su corazón imperioso).

XI

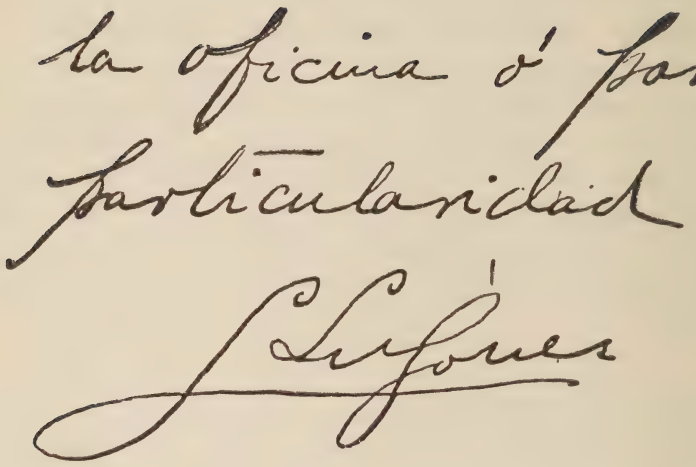


Horacio Quiroga

Una personalidad cuya originalidad extraordinaria comienza por desdeñar en absoluto el ser comprendida o admirada. Carece de vanidad y su orgullo está casi en su totalidad formado por ese sentimiento: desdén... La firma hace de ello un alarde incontestable. Si se fuera el género humano y lo dejara solo sobre la tierra, el autor de Anaconda viviría muy bien entre sus amigos del otro reino. (Son ellos, sin duda, los que le han enseñado esa astucia verdaderamente animal, esa astucia maestra, en que se embosca silencioso...) Viviría muy bien si se despojara del corazón. El corazón es humano y se venga de la helada «non curanza» del cerebro: emotividad violenta, sensibilidad viva, necesidad de afecto, inacallable; pasión con todo su cortejo infernal: susceptibilidad, duda, celos, inquietud, ardor

y desesperanza... La inteligencia precisa y flexible, con la singular espontaneidad que delata su caligrafía sumaria, y la actividad materializadora de los positivistas. Poder de creación. Sentido práctico muy hábil. La bizarría de sus ideas es indiscutible. Asi sitúa a su antojo el límite que separa el bien del mal, con lo cual obtiene un código moral de su exclusiva propiedad. La voluntad ardiente y parca a la vez. Enorme instinto de acción y de dominación. Despotismo y sensualismo. Sordas cóleras lejanas que rompen sin fragor en un „en douce" temible. Con todo, la energía es un cristal con repentinas fallas paralizadoras. ¿Agotamiento físico, pesimismo, capricho? Terco y mentiroso como los niños, contradictorio, impenetrable... No para la grafología, ¡desde luego!

XII



Leopoldo Lugones

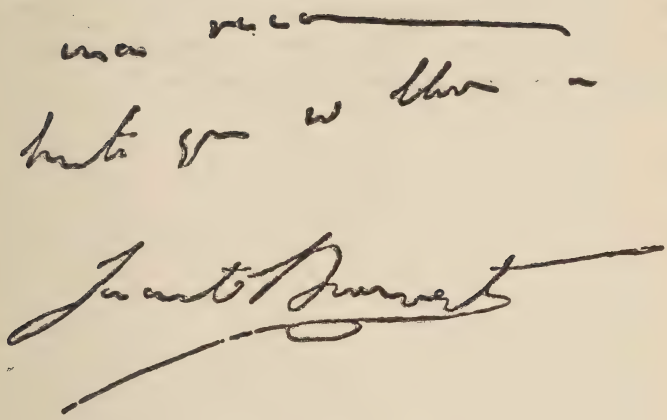
Lugones es una poderosa máquina de lógica movida por una voluntad formidable. «Spectacle magnifique» lo llamó Darío, ¿recuerdas, lector? Inteligencia de una gran potencia de razonamiento. Espíritu asimilador y enciclopedista, con una facilidad admirable para almacenar, ordenadamente, fructíferamente, todo conocimiento sobre el cual se pose su interés de investigador. Método, claridad, asociación de ideas, imaginación, aptitudes para la crítica. No sólo es capaz de entenderlo todo, de aprenderlo todo, sostenido por la fuerza de su curiosidad y de su decisión,

sino de tener éxito en cualquier camino que se vea obligado o impulsado a seguir. Cuando concibe una acción en la idea, es seguro que sabrá hallar el camino para su realización inmediata. Las barras de su "t", firmes, plenas, iguales, precediendo siempre la letra en un golpe acompasado y certero, nos muestran ellas solas, por si no hubiera otros signos afirmativos en su grafismo, la existencia, no muy a menudo demostrable, de lo que puede bien llamarse «una voluntad». Con todo eso, no es una naturaleza calma ni totalmente exenta de exageración. Contradictor tenaz, a veces, por contradecir, es capaz de contradecirse a sí mismo. De ahí nace quizás el hecho de ser, a pesar de su perseverancia y de su energía, cambiante en sus proyectos, en su línea de conducta, en su filosofía: espíritu práctico a quien no atan jamás los prejuicios ni los juicios ajenos... Hay ambición, que suele tener la habilidad de no mostrarse por los caminos del llano, pero que termina siempre por salir más alto y con más fuerza; sensualidad y positivismo. Hay orgullo, admiración de sí mismo, conciencia de su superioridad, algún chispazo de vanidad un poco despectiva... Bajo otro aspecto intelectual — aquél era el del pensador, éste el del artista — Lugones tiene facilidad y elegancia para expresar su pensamiento, pero su poder creador no es ni muy fuerte ni muy original. Lugones es pobre de intuición — las ventanas del alma que dan sobre el infinito — al punto de que hemos tenido que recorrer un buen número de autógrafos de su mano para encontrar los rasgos que la atestiguan, siquiera sea aquel que los maestros de la grafología llaman "el golpe de intuición", esa breve detención de la pluma, después de la primera letra de la palabra, que muestra al

pensamiento retardando un segundo su vertiginosa carrera de raciocinio y de deducción, para mirar alrededor, o hacia lo lejos... Lugones carece de verdadero sentido poético. Razona, pero no sueña nunca. Quizás por eso sus versos, admirablemente realizados — ¡qué cosa habrá que Lugones no sea capaz de realizar! — no nos contagian nunca de emoción. Se siente que han nacido de su voluntad y no de su instinto. Son un poco como aquellas muchachitas a quienes Martínez Sierra reprocha "no cerrar nunca los ojos cuando dan un beso..." Cuando Lugones penetra en el jardín de la Belleza — que lo atrae siempre porque es un espíritu noble — olvida quitarse de los ojos la impiedad de sus cristales de análisis. Y hasta la Belleza deja de ser bella sobre la plancha de las disecciones.

¿El carácter y la sensibilidad? Lugones tiene el corazón sensible y tierno, y a menudo lo deja gobernar su vida. Posee la rara virtud de la constancia, del agradecimiento, tanto más rara en el caso de una naturaleza hecha muy poco a esperar lo que no venga de sí misma. Es amigo fiel y devoto, comprensivo, tolerante. ¿Qué esconden entonces esos rasgos angulosos, esos finales tajantes, esas barras macizas y bruscamente cortadas que dicen violencia, personalismo, tendencia a dominar, vivacidad de réplica temible? Un poco de egoísmo y un poco de orgullo, llevan siempre a los complacientes en sí mismos, a guardar lo mejor de su espíritu para lo que les pertenece o les está unido: sus hijos, sus amigos, su círculo, sus ideas, sus actos... Fuera, quedan el despotismo, la réplica mordaz y otras espinas sin importancia. En suma, que todo está en quedar del muro para adentro, ¿no te parece, lector?.'.

XIII

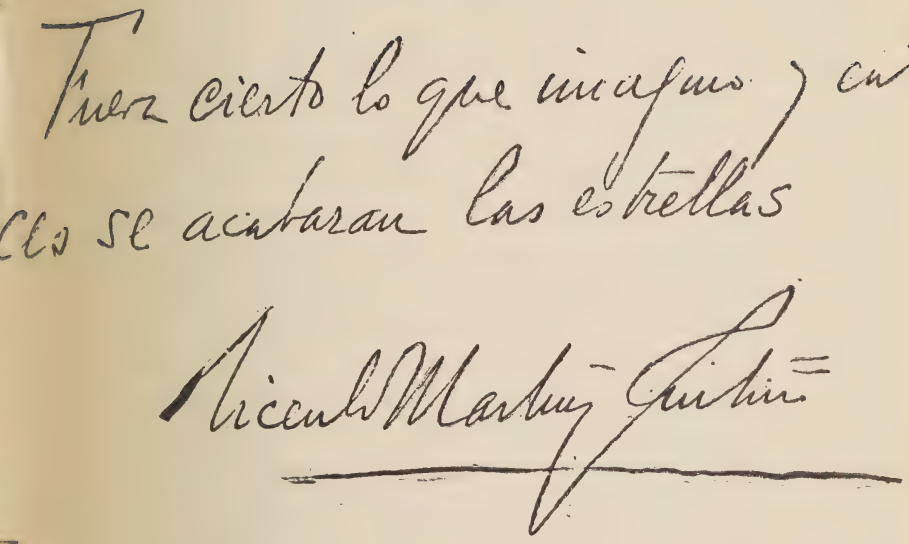


Jacinto Benavente

Grafismo original hasta la anormalidad. Gran poder de observación. Intuición creadora, lógica segura, inteligencia privilegiada. ¿Sentido estético? ¿Lirismo? No los vemos. Espíritu fino, acerado. Y sutil, sutil... Movido, tumultuoso en la superficie. Astucia en grado sumo. Agudeza de réplica temible. Sensualidad. Sensibilidad profunda, que puede llegar al desarreglo, pero sin bondad. Por otra parte, la razón formidable planea siempre por encima de la sinrazón. Tendencia innata al disimulo. Versátil e inconstante como una mujer. Voluntad muy variable, sujeta a una excesiva impresionabilidad. A veces, combatividad, violencia para defender sus ideas.

Otras veces, indiferencia porque el diablo se lleve al mundo. Desprecio por el dinero y por la fama. Desprecio del prejuicio y de toda regla establecida. Pero, ¿en qué para tan gallarda rebeldía? Intima y honda desolación, tristeza, desesperanza, dice esa firma vencida por una irremediable melancolía, a pesar de la rúbrica que defiende, y de la barra de la "t" que ataca... Toda una tragedia. La que tal vez el dramaturgo no escribirá nunca.

XIV

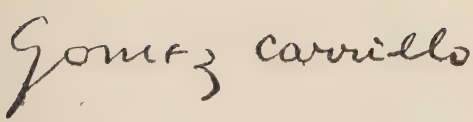


Vicente Martínez Cuitiño

Inteligencia fina y precisa a la vez, que admira como una máquina complicada y perfecta. Gusto apasionado por las ideas. Lógica juglaresca, que se place en el juego original de la paradoja o de la construcción metafísica, o se hace seria y sabia para servir a la curiosidad científica, o simplemente... al sentido práctico. Poder creador asentado sobre un vivo sentimiento artístico. Sentido musical. Inquietud estética que se traduce en normas éticas. Espiritualismo que

no desdeña los huertos fragantes del camino, y retoma, con esa divina posibilidad de renacer que guarda el alma humana, los perfiles delicados y altivos de su aspiración ideal, tras la sensualidad violenta y sin reparos de ciertos trazos a plena pluma... Capacidad de entusiasmo que es un venero de alegría interior. La voluntad vale la inteligencia: sana, fría, orgullosa en su tenacidad o en su violencia, o serpentina, hábil, pero siempre triunfadora. Confianza en sí mismo. Orgullo sin afectación, conciente del propio valer; susceptibilidad. Y la sensibilidad vale la voluntad y la inteligencia: veta profunda y cálida que recorre toda la gama de la benevolencia a la pasión... Exceso de riquezas, ¿verdad, lector?, para un rotundo partidario de las reivindicaciones sociales. Pero observa por entre las curvas dulces y cantarinas las tenazas crueles de la voluntad, con que la razón implacable triza el sentimiento... ¿Es acaso en su propia tragedia donde el talentoso dramaturgo uruguayo nutre su inspiración? Generosidad que goza en dar, pero no sabe perdonar. Justicia que desprecia la misericordia. Sed de amor que ignora que la humildad es la llave del amor... Es la cuerda del arco, siempre desesperadamente tendida, que no conocerá jamás la dulzura apaciguante de la curva. ¿Te imaginas, lector, que Dios te regalara una noche todo el oro de las estrellas, y tú no supieras descolgarlas del cielo?

XV

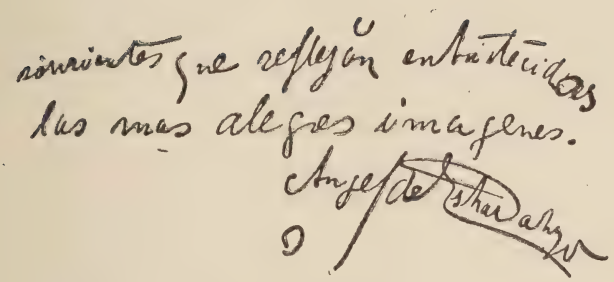


Gómez Carrillo

Unos seres nacen para dar y otros para recibir. Evidentemente. Y a estos últimos suele dotarlos tan encantadoramente el destino, que no se les sabe echar nada en cara... Este que trazaba sus curvas con tan perezosa dulzura, tenía tal gracia para pedir, que debió ser difícil negarle nada. Quizás su corazón no daba mucho en cambio, pero sonreía con tanta seducción, y sabía acariciar tan finamente... El enderezamiento de las letras niega la sensibilidad entregada y tierna con la cual se ama, pero no la bondad que bien más que el amor endulza las relaciones humanas. Su caligrafía sobria y plena a la vez, muestra que Gómez Carrillo fué un sabio viajero de la vida que desdeñaba los bagajes incómodos. Resistió a sus sentimientos para ser sólo el compañero ideal que no pesa jamás: carácter ameno, trato radiante de simpatía, gentileza benevolente, tendencia a dominar atemperada con cuidado. Tampoco padeció con el tormento de compararse con los otros. Ni orgullo ni vanidad. La inteligencia completa, de un raciocinio científico, de una intuición de artista original y preciosa, y la sensibilidad refinada

que es como un idealismo... terreno, le llevaron la inquietud hacia la belleza tangible que se burla de los oropeles y de los sueños inútiles. Después de todo, ¿vuelve de veras a levantarse el sol del otro lado del horizonte que cierra las tardes dulces y los bellos ojos?... El debe saberlo, sin duda, ahora. Paganismo instintivo, un poco por detrás de principios y conclusiones. Voluntad desigual, que trepa con ambición o cae con desesperanza. Gastador hasta el derroche. Y en todo, esa sencillez complicada y difícil que hacía el encanto de sus «crónicas» incomparables.

XVI

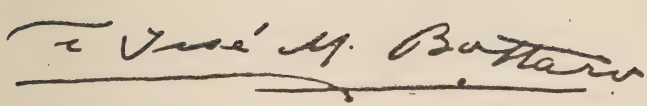


Angel de Estrada

Los muertos que se dejan la vida en obras de belleza, están siempre entre nosotros. Estrada tenía el alma dulce y la inteligencia viril de los creadores. Sensibilidad profunda, dolorosa, que buscaba esconderse y rara vez lo conseguía. Naturaleza refinada, abierta inquietamente a la sugestión de la belleza espiritual, pero amorosa de la forma material como un pagano renacentista. Fué escritor, y pudo ser también pintor y músico. Sensualidad delicada, traspasada de metafísica, que no le dió nunca paz. Idealismo. Lógica flexible y profunda, intuición aguda, perceptora y constructora de belleza. Voluntad miserable que junta para alzarse todas las fuerzas del espíritu, y las traiciona implacablemente. ¡Qué ejemplo de energía moral el de este obrero a quien el instrumento imperfecto no le impi-

dió realizar magníficamente su labor! Tristeza, descorazonamiento, sobre los cuales canta todavía la luz interior de su idealismo. Modestia y profundo orgullo de su nombre. Carácter difícil a veces, como en los que sufren males físicos. Una incongruencia: el instinto comercial en este jardín de esteta. Un matíz: la pequeña costumbre llevada a la manía.

XVII

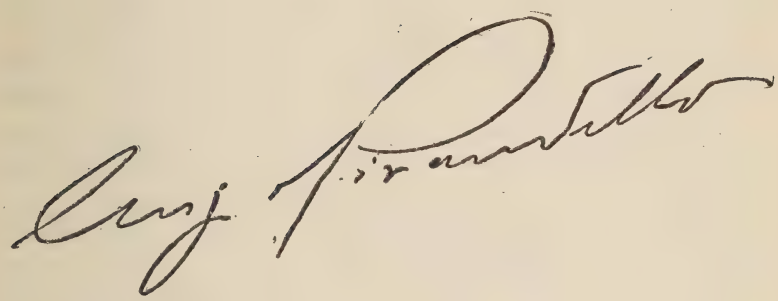


Fray José Bottaro

Una gran sencillez, desprecio de las fórmulas, cansancio de lo humano... Penetración sutil de una inteligencia honda y extraordinariamente flexible : un alma que sabe—dolorosa ciencia—que no hay cosa, entre las cosas de la tierra, que merezca el esfuerzo de la voluntad, pero que el hombre no es libre sino a cambio de sostener su voluntad encendida como un fuego sagrado. Prudente, vivaz, imaginativo, desconfiado, perseverante. Su energía, una gran fuerza moderadora despuntada en si mismo. Algunas mayúsculas tipográficas asoman por ahí el vestigio de inclinaciones artísticas, ahogadas, sin duda, como tantos otros impulsos, en el mar de su activo altruísmo y de sus entusiasmos desinteresados. Que no es por sequedad de corazón que fray Bottaro eligió el camino del desierto para cruzar el mundo. Bien al contrario. Sensibilidad apasionada. El don de dar y de darse. Las letras tienen el gesto alargado, entregado, de los que han desaprendido a guardar, de los que tienen la experiencia de que el bien de la vida es como el agua, para el puño cerrado.

Generosidad, comprensión, desprendimiento: la caridad cristiana debe ser la virtud predilecta del arzobispo de Buenos Aires, hijo del «Poverello», la que le hará olvidar, guiando su grey, el largo cansancio que su letra traiciona. Y con su expontaneidad moral y su enorme comprensión, no hay peligro que la letra mate al espíritu en la ley de fray Bottaro, capaz de perdonar de nuevo a Dimas y sonreir a Magdalena, y tender pacientemente la mano a Tomás, crédulo y lerdo de corazón...

XVIII

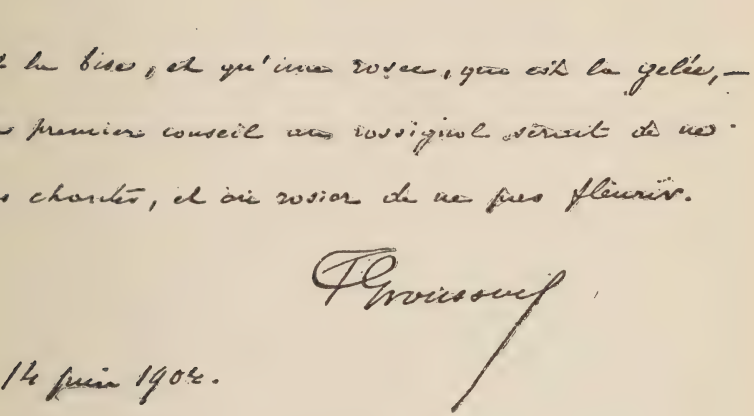


Luigi Pirandello

Espíritu investigador, Pirandello... ¿Se verá a sí mismo tal cual es, el creador del «teatro dello specchio»? Sin duda. En las marionetas de su mundo interior afila su curiosidad desmenuzadora, que no es sino la forma de un poderoso instinto de síntesis constructiva. Penetración, agudeza, fuerza de introspección y de análisis extraordinarias, y al mismo tiempo, intensas facultades de creador. Admira que, habiendo corrido el riesgo de ser Amiel, haya podido ser Pirandello. ¿Cerebralismo? Exacto. Sin ser un hombre de genio, siendo sólo un gran talento, la inteligencia es, dentro de su personalidad, como el aire, que en todas partes está y penetra hasta por los poros... La inclinación de la letra lo muestra capaz de apasionamiento extremo: inútil aptitud.

Para ciertas inteligencias no hay embriaguez ni locura sentimental posible. A Pirandello sólo lo turba la soberbia humana — como lo muestra la inicial enloquecida de orgullo de su apellido — que estrecha con su dolor y su miseria el vuelo de magnífico impulso de su cerebración alucinante. Tragedia, bajo el humorismo de sus curvas en caracol. El orgullo no le deja presentir que una construcción universal no será jamás la obra de un cerebro solamente, sino la de un cerebro y una conciencia juntos. Y a pesar del trazo fino y ligero de su pluma, su escritura no da el testimonio de una gran riqueza de claridades morales... Los matices del carácter comunes y sin importancia: terco, dominador, mudable, un poco egoísta, hábil, vanidoso... (No te asustes, lector, que poco más o menos, con o sin talento, por ahí vamos todos).

XIX

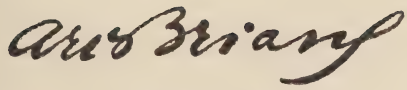


Paul Groussac

Escritura pequeña, pero movida y armoniosa, que no niega — al contrario — la imaginación y la riqueza de espíritu. Delicadeza en el corazón y gracia en la inteligencia verdaderamente femeninas, pero un sentido crítico y creador de innegable virilidad, (la aptitud crítica en la disposición y el enlace de los signos; la creación artística en la originalidad y en la belleza de las formas). Líneas rectas y unánimes: la voluntad que las trazó sin ayuda no se aparta con facilidad del camino fijado. Sin embargo, el impulso dominador no es hecho de violencia sino de energía superior, nacida de una aguda lucidez espiritual. Intuición, inteligencia sistemática y gene-

ralizadora con un impulso metafísico al que sólo le falta, quizás, un poco de anchura. Paul Groussac tiene el don filosófico, pero lo ha aplicado, por ejemplo, a la Historia, que no tiene importancia porque siempre es la misma cosa, o las lenguas humanas, que el hombre inventó para engañar, antes que a su propia inquietud interior... De cuando en cuando la exaltación rompe en un movimiento vivaz, pero enseguida, cordura, cordura... Una losa que también se cierra, implacable, sobre la sensibilidad que quiere abandonarse al apasionamiento. Los libros, amigos peligrosos, encantadores, le dieron suma cultura y le robaron sencillez. Un nada fiel — ¿los libros? — le guardó su lirismo, su juventud, su generosidad, que vibran en los finales livianos, gráciles y curvados hacia arriba como un gesto idealista. En la manera de poner su nombre: orgullo, personalidad, astucia, desconfianza y entregada alegría. ¿Contradictorio? «Je vous crois...»

XX

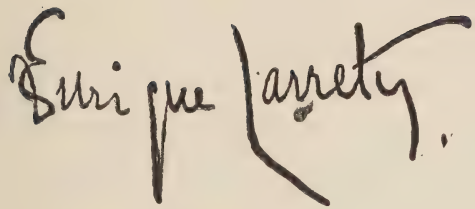


Arístides Briand

Este espíritu es de los que sabrían, trizada en briznas Francia, oro del mundo, y aventada por los caminos, reconstruírla molécula a molécula y devolvérnosla en su bien y en su mal que la hacen incomparable. Lógica de pasión que se enciende en el optimismo y se promete definitivamente a la esperanza. Todos los sueños del alma y de la sangre de la humanidad. La inteligencia flexible y poderosa, la sensibilidad exquisita, la sensualidad profunda y delicada. El gran ministro francés — nos imaginamos que bien se puede considerar ésa su profesión definitiva — obra como si la humanidad entera precisara de él, y es al contrario. Es él quien necesita de ella para el juego de su personalidad múltiple y ávida. Los que más dan a la vida son, generalmente, los que más le exigen. Calma y claridad en la razón. Orgullo. Gracia en la imaginación. Su atención voluntaria se fija en toda cosa capaz de penetrar por el entendimiento y se entrega a aquello que lo apasiona con la totalidad de su espíritu. En lugar de contrariar sus pasiones, las afina y las esclarece. Firme hasta

la terquedad en sus resoluciones, se defiende con amable cortesanía, o sonríe con bonhomía irónica, pero no cede por la persuasión que no lo lleve al convencimiento. El entusiasmo para vivir su hoy, la serenidad para juzgar lo vivido y el anhelo incansable del mañana, le guardan la juventud.

XXI

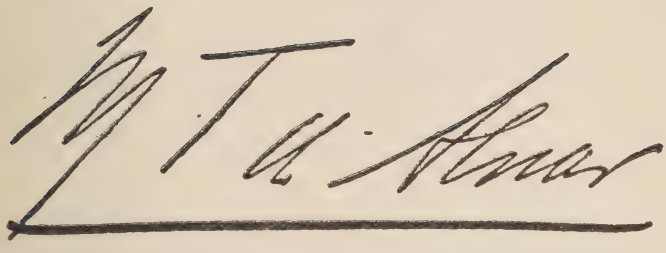


Enrique Larreta

Una admiración de sí mismo, cordial, sincera y... contagiosa, que lucha entre la viva tentación de gustarnos y la reserva altanera a que lo inclinan contradictorias tendencias de su espíritu. Brilla el orgullo en las iniciales de complicada simplicidad, como la luz contra el metal bruñido de un escudo... Voluntad y, sobre todo, tenacidad. Cultivo acendrado del "yo", como enseñaba Barrés, su amigo. Originalidad un poco rebuscada pero inteligente. Gustos refinados. Sentido estético hondo aunque caprichoso. Amor al fasto. Arte de bien malgastar el dinero. Capacidad de comprensión y facilidad de entusiasmo. Rica inteligencia de artista que conserva una rara frescura de ingenuidad. Idealismo... (Quizás sólo paganismo idealizado.) Imaginación ¡y qué imaginación! Oro y pedrería, y ponientes y auroras, y toda la noche azul chispeando de estrellas... Aunque no se posea un cobre, se es rico a dar envidia con

un tesoro así, sobre todo cuando se lo sabe administrar sabiamente. Y el autor de "La gloria de don Ramiro" posee "de la logique dans le vertige" como el genio francés que él ama y admira. Incapacidad para sentir otra cosa que el oleaje pasajero y diverso de la emoción. Quizás por eso la gloria, para don Ramiro, vino de una criatura de paz, no de una criatura de pasión... Quizás por eso sus libros carecen del fermento que hace divinas las obras de los hombres. Incapacidad de pasión... Sólo que el espíritu vibra con tal intensidad, que es como si fuera el corazón. Bondad. Maneras dulces y carácter vivo. Alegría. Juventud.

XXII



M. T. de Alvear

¿Sabrá el pueblo soberano hasta dónde el doctor Alvear le hizo el sacrificio de su personalidad, aprisionado entre la banda y el protocolo? Todo menos el sensualismo del poder, precisamente, cabe en su sano epicureismo. Ama dominar, pero no a las multitudes... Si la vivacidad del temperamento lo lleva sin querer hasta la violencia, se arrepiente en seguida y se torna voluntariamente «tres gentil»... Gustos aristocráticos, amor al lujo y a la vida fastuosa, refinado por una innata sencillez de buen gusto. Orgullo del nombre, sin gran vanidad. Placer en ser tenido en cuenta, pero desprecio impaciente por la adulación. En cuanto a voluntad, es un rico que desdeña los luises, y desmenuza su bien en liviana calderilla. Prudencia. Desconfianza. Habilidad. Diplomacia defensiva de una voluntad que se reconoce imperfecta, de una naturaleza móvil, que se

sabe sujeta a la influencia del ambiente. Inteligencia de mucha intuición, que sonríe perezosamente ante sus descubrimientos, y no los aprovecha. Lógica, la precisa y no más. El viento de pasión que voltea la "A" mayúscula, sopla, y pasa. Y vuelve... Tiene el corazón elegante y ligero. El mismo se lo ha dicho, en francés. «Coeur volage...»

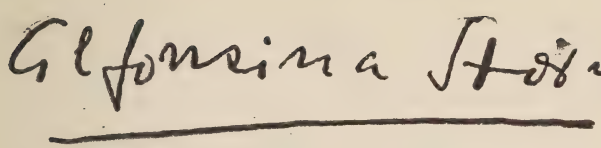
XXIII

Marco M. Avellaneda

Voluntad desigual. Por momentos la pluma nos hace pensar en una ala de pájaro herida o cansada; pero hay tal aliento de valor moral en la escritura clara, tensa y sobria, que no nos atreveríamos a ofrecerle compasión... Honestidad. Expontaneidad tranquila, casi siempre franqueza, a veces diplomacia. Espiritualismo pronunciado, sostenido por una lógica sedienta de armonía. Delicadeza. Serenidad indefensa... Buen gusto y pulcritud espiritual. Lealtad. Persistencia en los afectos. Devoción en la amistad. Gustos simples. Sencillez. Alma que amaría confiarse, pero prefiere ser reservada. Desprecio por el gesto inútil. Inteligencia rica de lógica, razonadora y comprensiva, que llega al juicio exacto deduciendo, no intuyendo. El idealismo la salva de la rutina; la imaginación, del sentido práctico que estrecha los más largos horizontes. Ni ambición, ni inquietud material. Ausencia de toda pretensión. Y en vez de vanidad, un orgullo gentil que no podía faltarle. Y una tranquila y segura confianza en sí mismo, que sólo se turba frente a los problemas del

sentimiento. Emotividad contenida. Sensibilidad inquieta, desconfiada, huyente, cobarde. La inclinación de los rasgos varía como un cielo, pero hay una incansable y cruel aspiración a la vertical... El corazón debió ser mucho tiempo retenido, encadenado. Ahora ya sólo levanta la voz de cuando en cuando... Enmudecer su corazón. Quizás sea ésa la mayor valentía que pueda realizar un hombre.

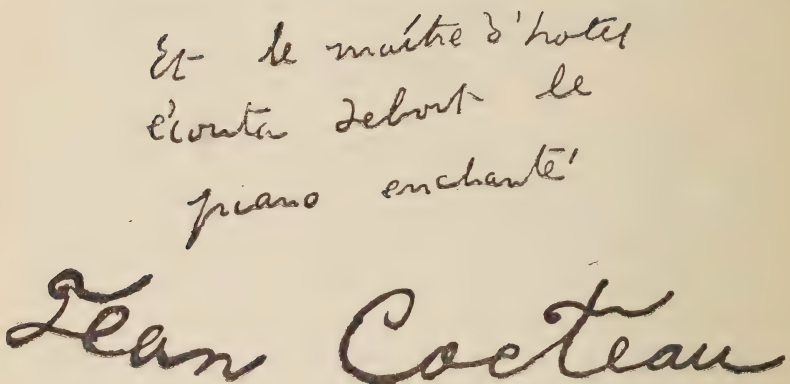
XXIV



Alfonsina Storni

Inteligencia, tanta como para pesar sobre unos hombros de mujer. La intuición y la lógica equilibradas en talento. Creación artística brillante, a veces no lo suficientemente depurada, pero siempre original. Potencia de concepción como un hombre. Voluntad, una terrible y dolorosa voluntad femenina, que lucha y triunfa contra la sensibilidad como si fueran enemigas. Voluntad que no desdeña las argucias del sexo para triunfar, pero que a veces se echa a campo traviesa y llega, de cualquier modo, aunque ensangrentándose en el camino. Sensualidad. ¡Ah, la musa pagana! Y, sin embargo, la inquietud espiritual es en el grafismo de esta criatura como un grito que sube, agudo y persistente. Su letra expontánea, de una expontaneidad sin defensa como la casa sin puertas que es su A inicial, nos muestran su instintivo desprecio por la hipocresía. ¡Verdad que lava el nombre de mujer de muchas miserias, la valentía y la lealtad con que Alfonsina Storni ha mirado la vida! Los signos dicen también ambición, deseo de ser tenida en cuenta... Ahora llegó. Ahora estamos seguros, también, de que es más inteligencia que materia, aunque ella pretenda lo contrario...

XXV

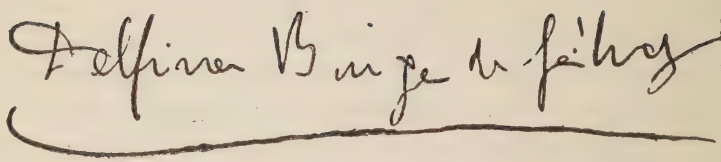


Jean Cocteau

Conmovedor, el drama de esta voluntad que sólo es el montón de ruinas de un palacio magnífico. Fin de raza: una sola vida humana no destruye a tal punto un bien que hubiera recibido intacto. Energía que angustiosamente se empeña en "querer", y el dinamo de la conciencia decidida, de la personalidad neta, cansado, incapaz, casi definitivamente vencido... El nombre en desnivel invencible y violento, a pesar de la desesperada apoyatura del rasgo, nos hace pensar en el triste espectáculo de un león a quien se hubiera aniquilado a fuerza de alcohol... Indeciso y caprichoso sensual de atormentado espiritualismo. Sensible, como una hoja

al viento, a la emoción, la atroz desigualdad de los signos da la idea de su torbellino interior. Inteligencia sutilísima, de turbadora agudeza. La imaginación, un bazar de "Las mil y una noches". Temperamento artístico. Gracia, originalidad y un fantástico sentido de lo cómico. Tristeza, desorientación, melancolías divinas al son de músicas terrestres. Capaz de vivir en lo bizarro como en país nativo, y pretendiendo apresar la verdad entre los dedos. Un hijo de Pirandello sediento de realidad, precisamente porque no está seguro de que exista. Quisiera ser muchas cosas que no le dejarán ser nunca los surcos arrevesados de su cerebro. Vacila del orgullo a la humildad con una sinceridad patética. Debe tener a veces, cuando está solo, los ojos de Caperucita extraviada en el bosque. (Extraviada en el bosque del arte, donde le salió al paso el lobo de la metafísica...)

XXVI

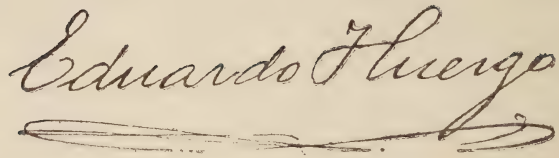


Delfina Bunge de Gálvez

Es raro este espíritu de mujer — y Guerra Junqueiro decía que las cosas raras son las más preciosas — que se mantiene equidistante de la debilidad sentimental de su sexo y del positivismo masculino. De los rasgos delicados y nerviosos, que no dan, sin embargo, la impresión de fragilidad, se desprende un idealismo limpio de vaguedades románticas. Raro, una alma de mujer que sueña sin entornar los ojos... Puede parecer a veces utópica, pero hay un profundo sentido de la lógica en sus sueños. Inteligencia fría y fina, de una intuición penetrante, de una imaginación que se teme a sí misma con un poco de cobardía. Emotiva y no sensible, desarma su corazón con su razón sin ningún trabajo. (La admiramos pero no la envidiamos, lector.) Sólo la voluntad es apasionada en ella. Con la voluntad sostiene sus ideas, y sus ideas pueden, en su vida, por sobre toda otra influencia. Es fría para el arte, y frente a la vida, valerosamente, acierta

a separar en tres partes, bondad, verdad y belleza, algo que nosotros no hemos podido desentrañar nunca de un solo interrogante doloroso y obscuro... Orgullosa y tímida a la vez, y con una tendencia no combatida hacia la ironía, a veces la lealtad de su juicio la torna un poco cruel, como si no poseyera, como posee, tan honda capacidad de comprensión...

XXVII

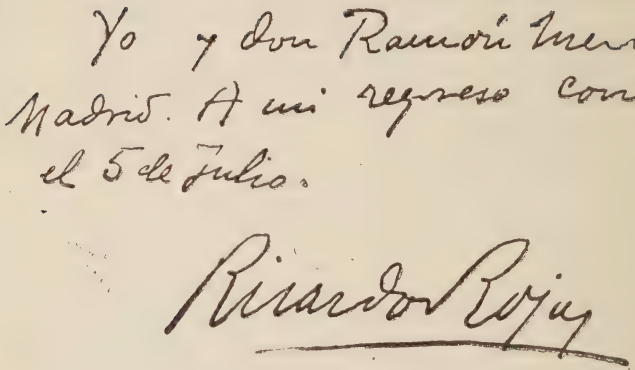


Eduardo Huergo

Anchos márgenes, letra grande, palabras espaciadas. El doctor Huergo ama el lujo, que es el placer de las cosas bellas, caras e inútiles. Y lo demuestra: posee un profundo sentido moral, artículo que casi no tiene aplicación en la vida moderna, y no se encuentra en cualquier almacén de ultramarinos. Rectitud y honestidad. Simplicidad. Sencillez. Noble franqueza que con tranquila responsabilidad está siempre detrás de su nombre. Diplomacia sin turbiedad como en el claro bucle de su rúbrica, y desconfianza cortés, sin malos pensamientos. Lealtad congénita. (Y la lealtad es, precisamente, la virtud más cara y más aristocrática). Carácter igual, de una firmeza rara y preciosa: el más tenaz poder de persistencia en la suavidad y de energía en la serenidad. Inteligencia calma, razonadora, de facultades ponderadas, donde la imaginación no enturbiará jamás el juicio, como la voluntad no se deja llevar nunca por la fantasía. Sensibilidad y

afectividad medianas, pero nada expansivas. Inhabilidad para demostraciones que no sean matemáticas... Un matiz de vanidad en la "H" inicial es quizás el reflejo de una juventud persistente, tal como la espontaneidad moral con que al cabo de una vida colmada y ejemplar, nos pidiera sencillamente: "Quiero conocer mis defectos, porque todavía me siento a tiempo para corregirlos".

XXVIII

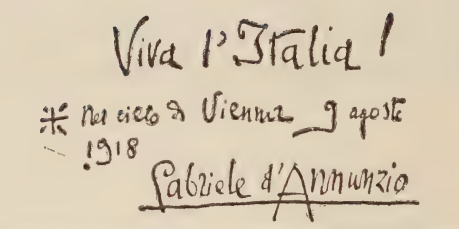


Ricardo Rojas

Naturaleza vivaz, entusiasta, generosa, confiada. ¡Qué armoniosamente dotado para enfrentar la vida, el espíritu del rector de la Universidad! Sólido poder de raciocinio en la base, y lírica exaltación en las líneas, como en las más bellas construcciones humanas. Lógica suma. Espíritu de análisis. Intuición. Inteligencia cultivadísima en la que caben a la vez el crítico y el artista, aunque éste suele ser un poco desdeñado en el correr tras de otras disciplinas. En realidad, todos los paisajes son horizontes de belleza para su espíritu pleno de claridad y de inquietud. De ahí lo cambiante de sus proyectos: le cuesta decidirse entre todos los objetos que cauti-

van su interés. Como aquel personaje de Geraldy, el rector de la Universidad sueña con todo lo que no tendrá tiempo de ser. Voluntad desigual, tenaz cuando se decide. Ni ambición, ni positivismo. Gran vivacidad de carácter, que es gracia y suele ser violencia. Desordenado y minucioso. Sensibilidad. Bondad nativa que ignora el egoísmo. Sensualidad de artista, que no le impide espiritualizar su vida. Tiene orgullo de su nombre. ¿Y quién no lo tendría?

XXIX

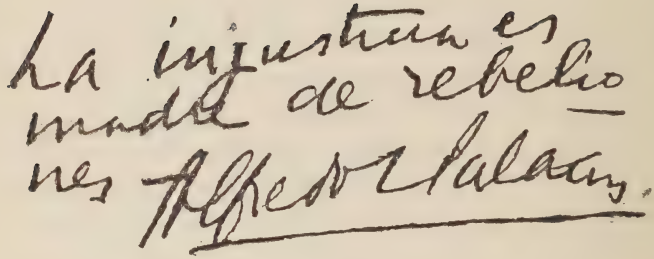


Gabriel d'Annunzio

Sabio, refinado amor propio, sensual y precioso. La página no es sino un marco — bellísimo marco — para hacer resaltar el nombre. El mundo entero no es sino un paisaje de fondo para la soberbia vital e instintiva del "yo" dannunziano. Talento de vigorosa originalidad, que hace de él uno de los tipos representativos del genio en nuestra época: escritura clara, sencilla, armoniosa, de una serenidad triunfal en la distinción exquisita de su dibujo. Grande y múltiple cultura, que va más allá de una simple vestidura intelectual, por lujosa que ésta pueda ser: es d'Annunzio poeta, dramaturgo y orador, o mecánico y piloto por tierra y aire en "vicendas" de locura ejecutadas con técnica maestra, o arqueólogo y anticuario o legislador, o cualquier otra cosa... Con todo, la voluntad es pequeña, miserable, en este realizador, capaz de libertar pueblos, e incapaz de

contrariar siquiera el más pequeño de sus instintos. Genial... pero con algo de obscuradamente complicado en su sencillez. Algo como un pedal prolongado que enturbia sordamente el son musical. ¿Sobra de inteligencia, exceso de refinamiento? Creador... ¿pero de qué? Sensualidad y cerebralismo, y ninguna inquietud espiritual. Dueño del don maravilloso de transmitir el pensamiento en sus formas más seductoras y persuasivas, nunca le interesó arrastrar a los hombres sino por los caminos de la tierra. "Goza, que la vida sólo es del hombre por placer", parece aconsejarnos su grafismo de gracia preciosa y "voulue". Y nosotros, sin saber por qué, pensamos en aquel otro que allá al fondo de los siglos, se hizo matar para decirnos: "Sufre y espera".

XXX



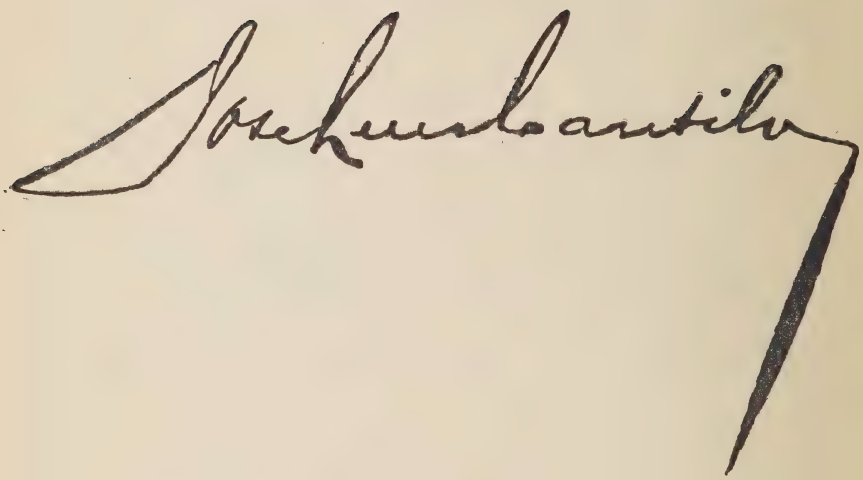
Alfredo L. Palacios

¡Qué letra terrible! Ríos de tinta. Mazas amenazadoras. Veamos... Al doctor Palacios le sobra, para ser poeta, una sensualidad violenta y positivista (y el poeta es la mitad del apóstol.) Le falta para ser filósofo (y ésa es la otra mitad) un poco de serenidad. Ni poeta, ni filósofo, tampoco tiene mucha perseverancia. Con razón un día se cansó del apostolado, y se fué. Debemos agradecerle doblemente las buenas ideas que supo hacer prácticas, porque lo hizo a golpes de energía, y de prisa. Inteligencia rica en lógica y en razonamiento. (Los razonamientos lo incomodan poco cuando quiere hacer su gusto). Sensibilidad que se oculta o se materializa. No es ambicioso. Un poquito de vanidad: amigo del aparato, le gusta aterrorizar, como con ese autógrafo

abracadabrante extendido sin duda en honor de alguna almita ingenua, de esas que antes coleccionaban tarjetas postales, como las de ahora coleccionan boquillas. Parece que nos va a apagar el sol... y no pasa nada.

Todo paró en las anchas alas del chambergo y la corbata voladora.

XXXI

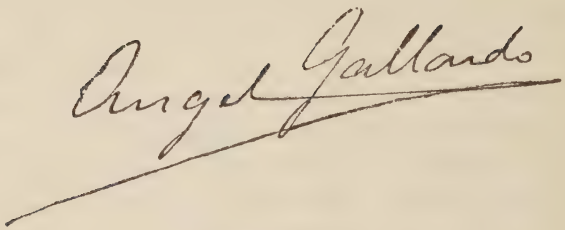


José Luis Cantilo

El doctor Cantilo se admira un poco a sí mismo, pero es una vanidad simpática, una vanidad sincera, confiada, sana, infantil, próxima a la naturaleza, en una palabra. Ah, la naturaleza... Sin duda pensabas que eran calumnias de "La Fronda", lector. Y no es así. Es algo espectacular, panorámico, grandioso, la naturaleza del gobernador de Buenos Aires. Son las selvas de Africa, aquellas "tinieblas ecuatoriales" de que hablaba Stanley... Nosotros no nos animamos a entrar. Nos conformamos con mirar desde lejos esos perfiles que sólo pueden llamarse perfiles en

consideración a esos plenos... Aptitud para disfrutar de todos los bienes sensibles. Terrible lucha de conciencia creyente contra el demonio, el mundo y el resto de sus enemigos. En cambio, es un carácter muy igual, de ideas definidas que no turban las impresiones del momento. La perseverancia lo llevará siempre a donde haya resuelto. Mucha voluntad. No la voluntad que labra el túnel en la montaña (falta la intuición creadora que abre vías), pero sí la que a camino abierto, llega irresistiblemente. Inteligencia. Lógica. Sentido práctico. Entusiasmo encauzado por la cordura dentro de lo posible. Sensibilidad. Benevolencia. Egoísmo suave que cede ante el deseo de admirar. Tendencia variable al despotismo, lo que no le impide obedecer. Violencia atemperada de dulzura — una dulzura un poco cálida, casi diríamos pecaminosa... — Pero no exageremos, lector, las tintas sombrías. También gusta el gobernador de Buenos Aires de los placeres puramente espirituales: amor a la conversación, tendencia a la broma. Eso sí (y entre nosotros), aquí ya no tiene tanta gracia.

XXXII

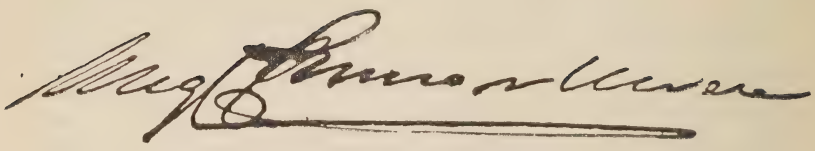


Angel Gallardo

La lógica y la intuición se equilibran aquí admirablemente. Además son fuertes y sanas. La inteligencia del doctor Gallardo es el instrumento perfecto para comprender. (Por cierto que hay inteligencias que sirven para todo menos para eso). El doctor Gallardo posee el precioso don de poder juzgar sin apasionamiento. Sus ideas son claras y calmas. Tiene espíritu científico. Pero algo más valioso que haber reformado a Edmond Perrier debe el doctor Gallardo a su inteligencia: es su filosofía. Aplicando a los hechos humanos su aptitud para ordenar y para sintetizar, ha llegado a conclusiones prácticas que envidiaría Diógenes, filósofo definitivo. Conoce a los hombres, lo cual es más útil que conocer a las hormigas. Y si no ha hallado la paz, llega por lo menos a la serenidad provisional de saber que la paz no es de este mundo. Hay bondad, ausencia de egoísmo, generosidad inagotable, gran capacidad de afectos en su naturaleza expansiva sin exaltación. La sensibilidad

se endurece un poco, de cuando en cuando, como un cerco que se cubre de zarza espina para impedir el paso... (Conocer más a los hombres, es amarlos menos, lector.) Y su voluntad es todavía inteligencia: absoluto desdén por dominar, desprecio a imponer sus ideas por la fuerza o la violencia, junto a una silenciosa, terca, acerada resolución de vivir su vida por sí y no a cuenta del mundo. Hábil, penetrante, y difícil de penetrar. Sencillo y sin vanidad. Orgullo empañado de melancolía en la rúbrica, que se afirma en una combatividad defensiva que odia herir. Ciertas mayúsculas exquisitamente simples y originales muestran que en el doctor Gallardo el sabio mató sin duda a un artista.

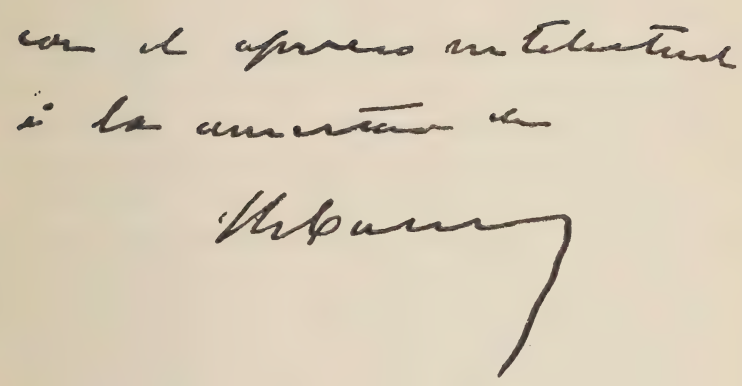
XXXIII



Miguel Primo de Rivera

Lector, quizá tú y yo somos como aquella madrileña que adoraba el chocolate al punto de lamentar que no fuera pecado mortal beberlo, para redoblarle el sabor; y ahora soñamos con la delicia de que estas líneas nos costaran cien mil pesetillas de multa... Lector, el marqués de Estella quiebra hasta el dulce bucle de la "I", una letra que todo el mundo ha respetado siempre, por duro que haya tenido el genio. Y en sus afán de hacer sonar su voluntad como un látigo nuevo, es capaz de quebrar el eje terrestre y hacer saltar los polos... Su potencia de resolución admira como esas máquinas monstruosas que funcionan a enormes presiones y cuya seguridad está atada Dios sabe a qué frágiles resortes. Nunca me he podido explicar para qué las construyen, porque generalmente acaban en accidentes del trabajo. Inteligencia rica y responable. Lógica envolvedora, amor y habilidad para el sofisma. Todo eso es un lujo inútil, lo mismo que su diplomacia afinada de astucia: a quien tiene lo más no le hace falta lo menos. Capacidad de pasión realmente extraordinaria. Sensibilidad y emoción. Su susceptibilidad debe ser temible. No es franco, por supuesto. Es activo, culto y bravo.

XXXIV

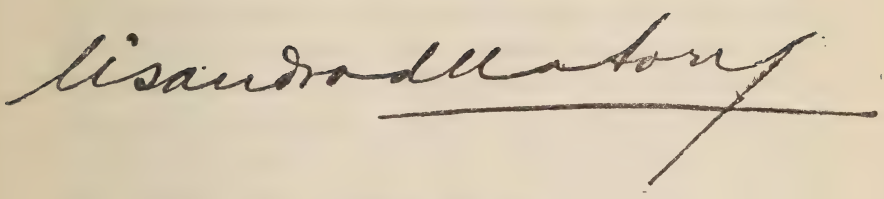


Ramón J. Cárcano

Inteligencia violenta y rica, aguda, rápida y potente, donde la cultura se hunde en la amalgama perfecta de la asimilación. Y de una astucia verdaderamente temible, de un "saber querer" maestro, que junta Maquiavelo al Viejo Vizcacha... El carácter activo, expeditivo, dinámico substituye con ventaja a una voluntad sana y entera. Y no nos gustaría atravesarnos en el camino de estos pequeños signos fugaces sin suavidad, simples sin transparencia, que dicen, sin la menor duda, algo distinto de lo que parecen decir. Su combatividad es cosa seria sirviendo a su ambición; espiritualmente, es el goce perfecto de una inteligencia donde el entusiasmo

retiene la juventud. Hablando, debe ser neto, claro, evidente, incontestable — aunque se le pueda contestar... — exacto — aunque su verdad sea sólo su sutileza... Combatiendo, es irónico, tajante, certero. Encuentra inútiles las perífrasis. No lo atan sus ideas, ni las ajenas. Agudeza para penetrar en los hombres, poca aptitud para llegar al sentimiento profundo de la vida. Ninguna sensibilidad moral. Indiferencia supina por el "qué dirán" de afuera, por el "qué dirán" de adentro — mudo y pertinaz testigo. Sensibilidad mediana, sin ternura, y de irritable emotividad; y la benevolencia un poco interesada, como la de los chicos. No abundan las curvas lánguidas y blandas de los perezosos, de los voluptuosos, de los glotones, sin que asome el renunciamiento hacia ningún sibaritismo en su letra pastosa, afilada sin perfiles. Su pasión vencedora debe ser el instinto de dominio, señalado a la vez por veinte rasgos.

XXXV

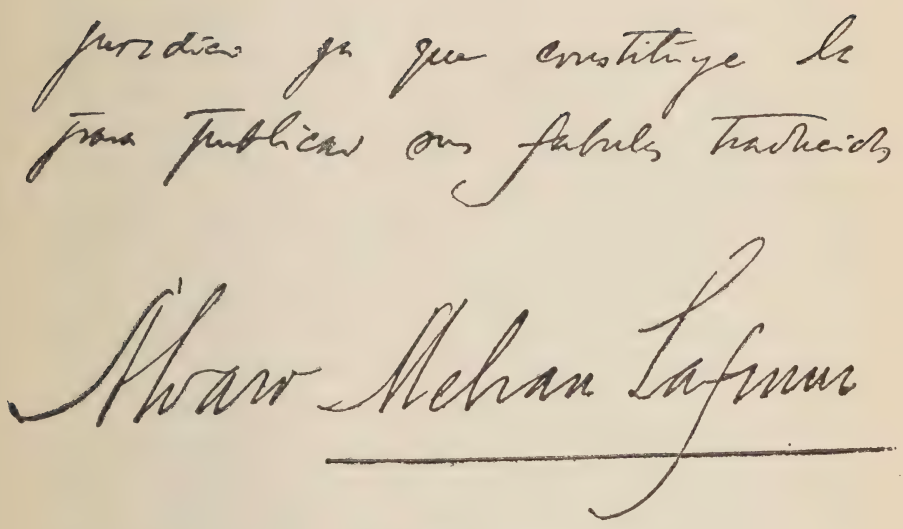


Lisandro de la Torre

¡Y es probable, lector, que cuando algún hombre de prensa llamaba al doctor de la Torre "hábil político", tú creyeras en la vacuidad inofensiva y obligada del lugar común! Helas... Observa la firma. No sólo están en minúscula las iniciales del nombre, sino que el nombre entero parece como si quisiera desaparecer bajo la enmascarante simplicidad de los rasgos. ¿Modestia? ¿Sencillez? Astucia, fina astucia criolla, lector. Junto a esta firma carmelita, la doble rúbrica instintiva descubre a la vez la personalidad y el orgullo, tal como la barra de la t, vibrantemente en alto sobre la letra, traiciona un instinto de dominio que llega al despotismo, más o menos disimulado. Precavida y graciosa, la barra suele aterciopelarse en curva, y sin dejar de decir lo que dice, porque no puede callarlo, dice también dulzura y seducción, porque quiere decirlo... Si a esto agregamos inteligencia y sensualidad, cuando menos resulta ahora que también el doctor de la Torre lo

seduciría el miraje de las consagraciones plebiscitarias... Aunque, en verdad, no está hecho para soportar el vaivén de las olas democráticas: con mucha sensibilidad y vivo amor propio, es susceptible en vez de ser impasible, y siendo impresionable como una mujer, tiene la cólera justiciera como los dioses. Gran poder de razonamiento y de análisis, pero exceso de fe en su penetración del corazón humano. Es reflexivo, sin ser calmo: peligrosa posición espiritual. Activo e indeciso a la vez, su voluntad es insegura, salvo cuando se calla, cuando se niega, cuando se abstiene o cuando se va. Tiene buen gusto, una elegancia desdeñosa del rebuscamiento, es serio y suele estar un poco triste.

XXXVI

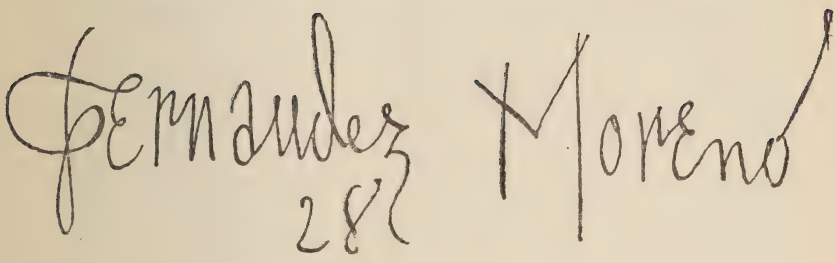


Alvaro Melián Lafinur

Hay sin duda mucho del "sujet variable, ondoyant et divers" de Montaigne en este hombre moderno, libre, ávido, ambicioso, cuyo lirismo no ignora el sentido de las posibilidades reales, que ama la vida brillante, como lo atestiguan los márgenes lujosos e inútiles enmarcando su página por los cuatro costados, y que es, curiosamente, a la vez, el intelectual refinado y artista de sus mayúsculas de amoroso trazado, y guarda todavía, a pesar de su extraordinaria flexibilidad de espíritu, un concepto

del honor como en los viejos y bellos tiempos aristocráticos... Viva sensibilidad moral, y una graciosa altivez, cordial y ceremoniosa a un tiempo, en su letra afinada y elegante, que nos evoca al momento la curva dulce y tersa de su prosa. Inteligencia de talento creador y crítico «tour a tour» marcando el balanceo de su naturaleza inconstante, incapaz de atarse definitivamente a nada. Su voluntad glosa al incrédulo y «se acuerda de no creer» pero si su terquedad despunta, hay que matarlo o dejarlo, como al chiquillo de la gallega... El carácter desigual y contradictorio de los emotivos profundos, y de tan delicada susceptibilidad al halago y al reproche, que no le decimos, «et pour cause!» que es muy vanidoso... Cuando se olvida de sus abuelos los conquistadores, expansivo y vibrante, irradia juventud y frescura. Su persistente sensibilidad de hombre bueno es un poco como el cielo sobre ciertos paisajes: una presencia distraída y lejana. Alegremente, triza el oro de su corazón para pagar las fiestas de la sensualidad y del orgullo, y costaría quizá mucho trabajo hacerle creer que amor quiere decir también angustia...

XXXVII

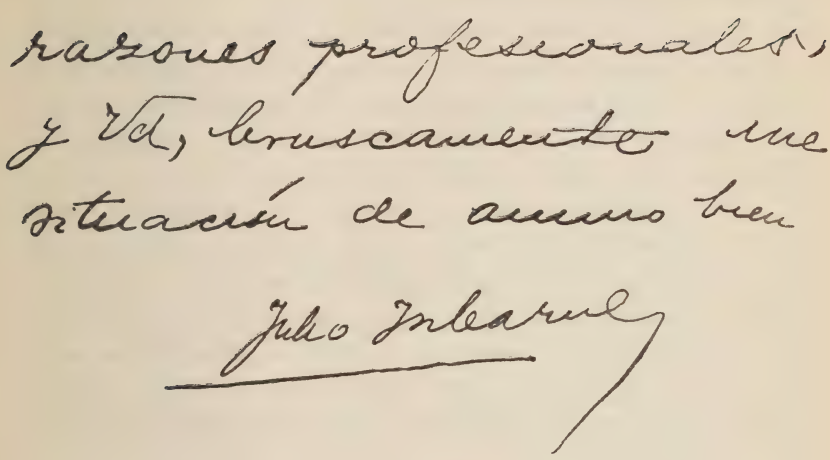


Fernández Moreno

¿Usará ya el poeta libreta de cheques? Su grafismo se verticaliza de un tiempo a esta parte, lo mismo que las mayúsculas del nombre se hacen un poco fatuas... No temas, lector. Es que el poeta es feliz y ríe con gracia burlona. ¡Todavía, a Dios gracias, le basta el oro de sus sueños! Inteligente creador de intuición soberana, de lógica magnífica que se derrocha principescamente, arrastrando la indolencia de una voluntad incapaz de seguir más allá de un tiro de piedra... ¡Pobre poeta, volviendo a casa bajo el sol de enero, tras de su vana aspiración de sentido práctico! La imaginación triza el hielo de la lógica y ya estamos otra vez en música: los signos sueltos, floridos, estilizados van cayendo uno a uno como gotas cristalinas... Es la canción inacabable. Divino impudor de poeta que nos ha cantado uno a

uno los besos de la amada y los escarpines del hijo. ¿Y la sensibilidad? Hay bondad, infinita gracia para hacerse amar y para pagar el amor ajeno, capacidad de pasión que no tiene tiempo de amar... ¿Y la sensibilidad? ¿Se habrá refugiado allá en la aldea infantil, junto a la abuela toda temblona y pueblerina?...

XXXVIII

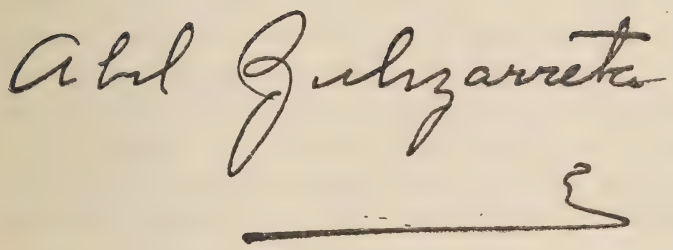


Julio Iribarne

Nadie hubiera sospechado, en este antiguo revolucionario, la sensibilidad invasora, delicada, exigente como la de una mujer, la afectividad dorada al fuego de la ternura, lujo del corazón masculino, que delata su escritura espontánea, apasionada y dulce. Verdad que la hondura del sentimiento no enturbia su inteligencia superior, ni le roba, lo que es más interesante, la osadía juvenil, la ambición gozosa, la valentía y la resolución que cantan en la firma ascendente, rubricada con bravura. Voluntad imperfecta sostenida por el carácter, que es la nobleza de la energía humana. Temperamento ávido de

todo sabor de la vida, que vigilan el juicio claro y el orgullo. Capaz de dirigirse a si mismo y de guiar a los otros, posee el sentido del orden con la intuición de la armonía. Su naturaleza radiante, pródiga de sí, va al encuentro de los otros con una generosidad dinámica que nunca tiene pereza para tender la mano en ayuda. Leal con sus ideas como con sus amigos, no se le cansa el espíritu de ser curioso, animador, pronto al recomenzamiento. Su combatividad es idealismo práctico y no personalismo — negado en absoluto por una autografía donde se busca en vano el trazo de un sentimiento egoísta. Idealismo que cree, sin ningún trabajo, en la belleza de vivir, en la posibilidad de la dicha sobre el mundo, en la realidad objetiva del bien que nace de su esfuerzo. Un idealismo tan veraz, que bien merece de la vida el encantado respeto que despiertan los ojos maravillados y serenos del niño a quien estamos contando un cuento.

XXXIX

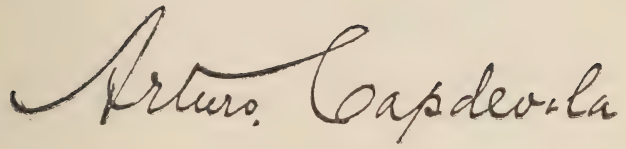


Abel Zubizarreta

Riqueza equilibrada de razón e intuición que hace las inteligencias superiores. ¿Cómo diablos, con ese peligroso tesoro, escapó el doctor Zubizarreta al dulce veneno de la cultura literaria? ¡Con sus cartelitos de cruz verde debiera repartirnos la receta! ¡Mil veces más útil que no ser mal educados, es ser capaces de despreciar la belleza estupefaciente del libro por la del mundo, y los ensueños crepusculares por la vida luminosa! Honestidad intelectual y moral. Voluntad de dominarse a sí mismo. El superior goce humano de sentirse responsable, de no acogerse cobardemente a la negación culpable de su libre albedrío. Vigilancia de la imaginación que espacia las líneas y los signos evitando la obscuridad y el desorden. Por otra parte, el doctor Zubizarreta se muestra sobrio hasta en la alegría y el amor propio, que son en él vivos, sanos, puros y veraces como los

pensamientos de la infancia. Buen temple para disfrutar de la vida: ni místico ni asceta. Y cuando la vida lo eleva o lo distingue, es feliz sin vanidad y sin hipocresía. Leal en la amistad — oro y hierro de Vizcaya; — afectivo sin dulzura pero fiel y constante. Naturaleza abierta que ignora por igual la desconfianza y el engaño, parca en dar y justa sin debilidad. La energía, como la sensibilidad, siempre bajo el dominio de la razón. Opiniones obstinadas — con razón o sin ella... — y dominador si lo dejan. Vagamente diplomático, cuando el corazón se lo exige, pero soñando con una sociedad en la cual se pudiera ser más franco de lo que es, todavía...

XL

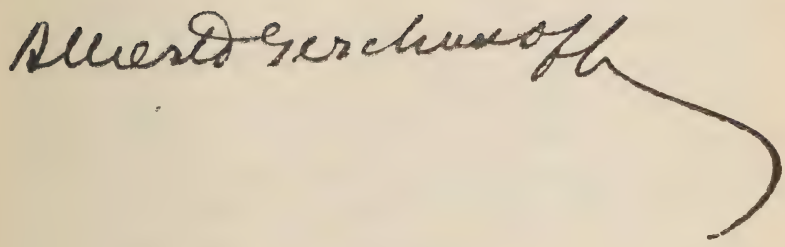


Arturo Capdevila

Sensibilidad profunda y ancha a la vez, como para deslumbrarnos con tanta riqueza inesperada. Bondad, cordialidad, entusiasmo, pasión... Es decir, llega a la pasión el poeta, pero no persiste en ella, porque un viento de inquietud le impide detenerse... ¿Hacia dónde va? Su lógica reposada y dulcísima busca la armonía con la gracia ciega del niño que busca construir. Intuición e inteligencia superiores. Creador, creador... ¡pero qué ansia secreta, acaso inconsciente, de crear otra cosa que la obra pasajera! Aventurero encandilado que entrevió el rostro de la belleza infinita, la intuición predestinada le fabrica un ensueño que perentoriamente necesita afirmarse en realidad. ¿Hacia dónde va con su audaz metafísica que quiere llegar a las nubes sin desarraigarse de los cálidos jardines de Schaharazada? ¿No sabe que aquel que recibió la vista y no vió, será llamado a cuenta? Obstinación, pertinacia, voluntad. Ingenuidad y frescura. Alegría. Modestia: poco se cuida del mundo. Tiene otro mundo: "Una

ciudad de puertas de oro hacia la aurora dicen que hay..." Espíritu cultivadísimo en fondo y forma, gustos artísticos refinados con la nobleza que orna de original sencillez sus mayúsculas. Pulcro y minucioso, y despreciando las reglas de la vida común, a veces debe resultar difícil seguirlo... Y a veces, también, el poeta se acuerda de que es hombre y tiene un genio insufrible. Ve en lo que paran sus filosofías, lector.

XLI

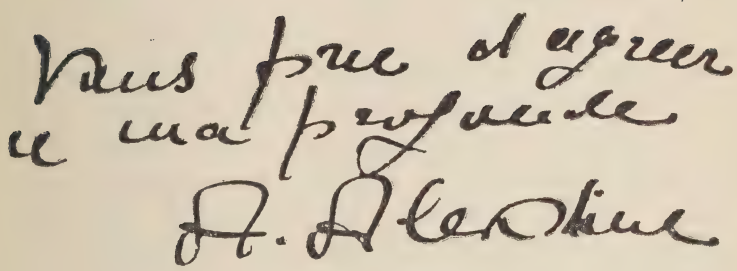


Alberto Gerchunoff

Esta escritura armónica y personalísima que esculpe los signos con cálido relieve y los deja al mismo tiempo sobrios y netos, es Gerchunoff prosista, que ama la metáfora original sin absurdo y el ropaje poético sin rebuscamiento, pero al ropaje o a la metáfora prefiere el término exacto que expresa con claridad la idea. Ardor latente, contenido por una naturaleza donde nada desentona. El talento le impide ser un hombre de genio: es demasiado equilibrado para dejar nunca fermentar el granito de locura que lleva dentro y que le haría un héroe o un aventurero. Inteligencia perfecta de facultades excepcionales y equivalentes. Un poeta que piensa como un filósofo, un soñador que construye como un hombre de acción. ¿Idealismo? Sería un idealista si no creyera tanto en las posibles bellezas de la realidad... Diremos que es un idealista positivo.

Sensibilidad riquísima. Afectivo, benevolente, la pasión con que sería capaz de amar dora con un poco de melancolía su optimismo de criatura sana y feliz. Sagaz y fino de espíritu, hábil en la dialéctica y la paradoja, amante de la conversación como lo prueba el montón apretujado de palabras que consigue hacer entrar en su página, sabe ser admirablemente "uno para cada uno de los demás"... Magnífica voluntad multicolor — calma, imperativa o vivaz, — tenaz y orgullosa, de la cual, con todo, se burla a veces el corazón imprimiéndole un leve balanceo de indecisión. Refinamiento, gracia y sensualidad en sus gustos estéticos. Amor al lujo, fuente de belleza, y entre los bienes materiales que le gustaría poseer un día, la pereza, llave de mundos maravillosos.

XLII

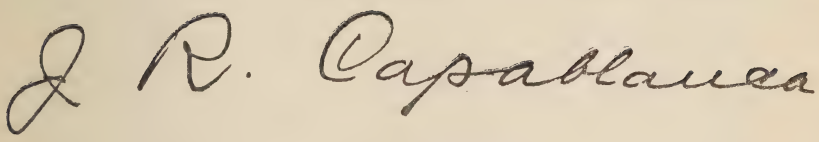


Alejandro Alekhine

Una gran fuerza flexible e inteligente: ésa es la primera impresión que se desprende de la página del maestro Alekhine. Naturaleza de luchador, con la decisión pronta y la acción enérgica de los militantes. Ardor, ambición, vigor, "entrain", audacia; cualidades motrices que el espíritu consciente y hábil administra sabiamente. Eso dicen las líneas sinuosas y ascendentes, los trazos apoyados a golpe de pluma (debe ser el mismo golpe neto y sonoro que sesga los alfiles o hace saltar los caballos sobre el tablero). Lo dicen también las barras de la "t", que, no satisfechas con apresar la letra dentro del gancho de los tenaces, vuelven a cruzarla con una recta violenta, maciza y harponada, delatora de una voluntad formidable. Inteligencia amplia, cultivada de una manera libre y desigual que le guarda toda

su originalidad. Lógica potente e inesperada; intuición clara, con vagos instintos artísticos, gran reguladora del pensamiento y de la acción. Gustos aristocráticos, admiración de sí mismo que sería injusto reprocharle a su naturaleza vehemente y entusiasta. Violento no incapaz de dulzura. Para lo que no tiene ninguna capacidad el maestro Alekhine es para el ascetismo. La "gourmandise" y otras asechanzas por el estilo, dan cuenta de su voluntad en tres jugadas. La inteligencia y la voluntad son divinas; quizá por eso el hombre se enorgullece tanto de ellas. El final de la página — los finales son traicioneros — haría repetir a Nietzsche su "Humano, demasiado humano"... Verdad que ese final muestra también la apasionada sensibilidad que las primeras líneas escondían.

XLIII

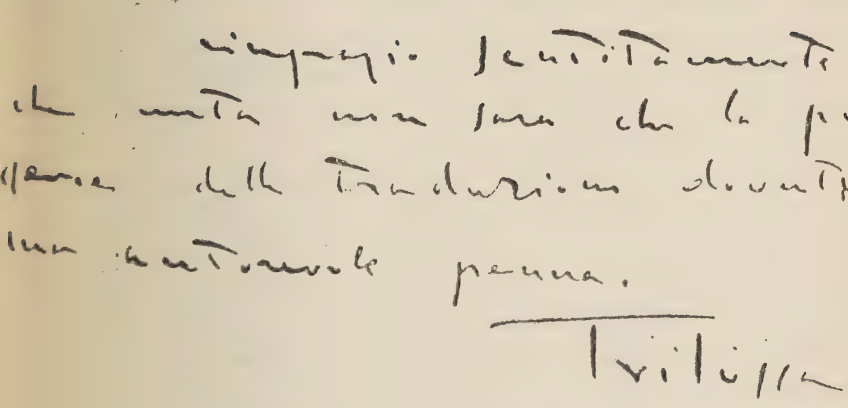


J. R. Capablanca

El maestro Capablanca, tiene dos maneras de ser inteligente. Una sajona, parca, fría, recia, segura. Y otra latina, toda dorada de imaginación intuitiva y gozosa. Cuando pone en marcha el doble juego de su máquina, debe producirse fácilmente aquella reacción espiritual a la vez inesperada y rotunda, que asombra a sus admiradores del tablero. Inteligencia original, tal como su letra ancha y maciza que resiste sin desordenarse los golpes rítmicos de la intuición, no así los perfiles inquietos ni los largos plenos de su individualismo exigente. Personalidad, egoísmo reflexivo y tranquilo de quien vivió lo suficiente para saber que en este mundo cada uno es su mejor amigo; lo que no excluye la bondad que afirma, típicamente, la "n" en forma de "u". La voluntad y el carácter, también un poco complicados de exotismo. Ironía y vivacidad, en vez de fuerza, en las barras de la "t", frágiles y desiguales. Pero, ¡ojo! a los perfiles tensos como un acero, a la energía honda y elástica que pinta las letras en relieve, a la

temible resolución que esgrime como una maza la barra de la "p" o de la "q"... Pues asimismo, se cansa a veces y echa todo al diablo y el diablo que lo entienda, entonces, con su flema británica y su impresionabilidad de tierras cálidas... Sensual y sentimental, levemente ambicioso, y con un sentido práctico formidable. «Made in U. U. S. S., I wonder!»

XLIV



Trilussa

En esa página que parece trazada por el ala de un pájaro, tanto es móvil, expontáneo y caprichoso el rasgo, está todo entero el poeta delicioso y original que no vaciló en cruzar el océano, para venir a recitarnos, en su impecable frac de hombre de mundo, sus fábulas llenas de gracia y de frescura. Frescura, gracia, originalidad, alegría, buen humor, gustos artísticos intensos y refinados, inteligencia creadora desbordante de intuición, cortesía exquisita, don de simpatía voluntariamente cultivado: son las encantadoras condiciones visibles al primer análisis. Todos los que tuvieron el gusto de tratar a Trilussa, han de reconocer en ese retrato su propia impresión.

La inteligencia eminentemente intuitiva. No hay verdadero artista sin riqueza de intuición, y Trilussa es casi un intuitivo puro. Sin embargo, no le faltan la reflexión y el poder deductivo que la completen; sólo que, con una originalidad muy aristocrática y muy suya, Trilussa le da más importancia a ser ingenioso que a tener talento. No la ignora, pero se ríe bien de la lógica y de sus rieles de acero: un salto de su intuición maravillosa, y es capaz de descubrir un mundo. ¿A qué seguir, entonces, el otro camino más pesado y más tardo?

La intuición procura un gran don de síntesis, que hace el juicio claro y seguro, sobre todo cuando hay, como aquí, calma, sangre fría y ningún desorden en la imaginación, ni nada de exaltación cerebral que turbe la nitidez del espíritu. Es admirable como estos poetas saben a veces ver más claro que los simples mortales, ¿no es cierto? Este sabe ver — naturaleza fina, hábil, dotada de gran penetración — y sabe además, ocultarse: hay disimulo, reserva, impenetrabilidad... ¿Astucia? Pero mira un momento el movimiento fugacísimo de la pluma que junta dos o tres letras en un solo rasgo. ¡Toda la astucia de la raza, lector! Y pregunta si son astutos los romanos. Hay también un poquito de sentido práctico: no es avaro — si lo fuera no usaría márgenes tan amplios — pero tampoco es amigo de tirar su dinero. El dinero es algo de mucho valor cuando se posee, en tan alto grado, tendencias aristocráticas, amor al lujo bello — que es el más caro — y gustos artísticos exigentes que satisfacer. Es claro entonces que a menos que se carezca en absoluto de egoísmo no debe quedar mucho para dar a los demás... Sigamos. No hay excesiva vanidad... (la vanidad es

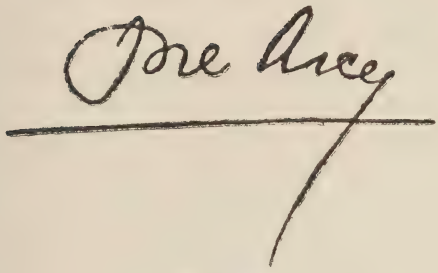
despreciable por antiestética) y si hay orgullo — un inevitable orgullo de superioridad — es tan leve y tan gentil que se hace perdonar fácilmente, sobre todo cuando se siente capaz de protegernos a todos bajo la generosa techumbre de su „T'' inicial... La firma, por lo menos, es de una simplicidad notable. Trilussa firma sin rubrica como los reyes. Idealismo, pero un idealismo artístico, en nada desdeñoso de la materia. Todo lo contrario: sentido estético profundo, sentimiento de la forma, sensualidad. Le gusta todo lo que es bueno, y le gusta a conciencia, decididamente. "Gourmet'' más que "gourmand'', sin dejar de ser las dos cosas, yo no diría que goza de la vida, ¡la saborea! Y es curioso; este esteta, este sibarita, es también, cuando la fantasía se lo pide, un combatiente de primer orden: coraje de espíritu, entusiasmo, ardor, vivacidad, ambición, resolución... ¡Vaya si está bien pertrechado para la lucha! Hasta la filosofía de la derrota le ha sido concedida, y ya es tener. Verdad que la fantasía no le pide siempre las mismas cosas... Este poeta es cambiante y versátil como una mujer, a veces audaz, lleno de bríos, con plena conciencia de sus fuerzas, y de pronto, como se apaga un fuego de artificio: descorazonamiento, tristeza, melancolía... ¿El por qué? Vaya uno a saber. Quizás el capítulo de la sensibilidad lo explique. Es siempre el piso más interesante de la casa, y suelen estar encerradas allí las siete mujeres de Barba Azul.

Y llegamos. Y resulta que esta escritura vertical, tercamente vertical cuando no se vuelca hacia la izquierda contrariando la inclinación normal de los temperamentos afectivos, esta escritura de sensual alto relieve y de emotividad impulsiva, nerviosa y

pasajera, nos revela una naturaleza fría y sin ternura, incapaz del más mínimo abandono, de todo entusiasmo irreflexivo: una superficial sensibilidad de filósofo y de epicúreo, que se emociona muy raras veces con el corazón, que no se apasiona jamás. ¿Te parece, lector, que hace falta algo más para ser de cuando en cuando un poco triste, a pesar de que la vida es bella? Ser incapaz de amar, y saberlo. Dicen que es uno de los suplicios de los condenados en el infierno.

Ahora, que no poder amar no implica, precisamente, no saber hacerse amar. Es una tremenda injusticia que sea así, pero así es. Gusto incontenido de agradar, seducción consciente y placentera, gracia, dulzura... — van diciendo los signos. Y al mismo tiempo: instinto de dominio, despotismo, terquedad obstinada, ironía, réplica viva, crueldad sonriente... ¿Es contradictorio? Obsérvese al lado de las curvas graciosas y amables, los finales agudos, los trazos rectos, afilados como la hoja de una espada, — y sobre todo, esas barras de la "t", curvas, descendentes, apoyadas, y sobrepasando la letra... Es una traicionera manera de ponerle la barra a una "t", evidentemente. Nos trae a la memoria aquella advertencia de una dama francesa a su amiga, que oyera una vez Stendhal en uno de los caminos de Roma: "No te vayas a enamorar de Fabio Vitteleschi: más vale que te prendes de un salteador de camino real. Con su aire dulce y mesurado es capaz de atravesarte el corazón con su puñal y decirte con una amable sonrisa: — "¿Te hago daño, mi querida? ¿Verdaderamente?"...

XLV

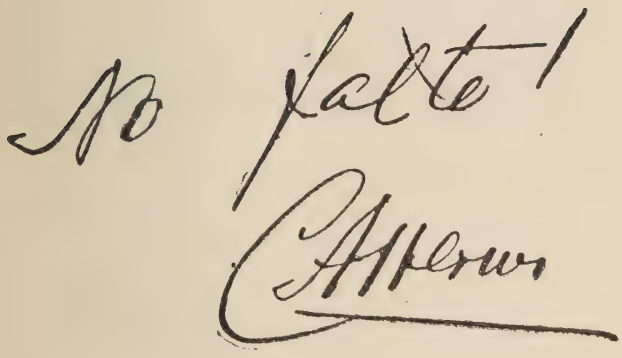


José Arce

Curioso y complicado, por contradictorio, el grafismo del doctor Arce, con todo que a primera vista parece ofrecer un problema grafológico sin asechanzas... La barra vertical de su rúbrica quebrada en ángulo con una violencia sin reparos, dice desconfianza y susceptibilidad, y, al mismo tiempo, una independencia de espíritu que se burla de la crítica o del aplauso ajeno. El subrayado horizontal del nombre pide perentoriamente ser tenido en cuenta, y la curva fastuosa y complacida de su inicial, atestigua que sabe tambien llegar a la dulzura y a la seducción para no pasar desapercibido... ¿En qué quedamos? ¿No será, en el fondo, que su sensualidad — que es vasta — ama el halago del mundo, y su razonamiento de firme lógica se lo muestra como un bien deleznable y efímero? A lo mejor... Además de contradictorio, es un contradic-

tor tenaz, que sostiene su opinión contra todas las mareas. Tiene una naturaleza vivaz, con una exaltación que sólo el sentido práctico atempera, una energía temible para defenderse, como debieran tenerla todos los susceptibles (así los curan o los matan), y ni diplomacia ni astucia, con lo cual su combatividad ha de ser como los temporales del mar contra las playas: trabaja, pero no construye... Es muy inteligente, y un realizador perseverante y activo. La imaginación turba un poco, a veces, su claridad de juicio, e intelectualmente debe ser sobre todo un asimilador, porque le faltan originalidad y poder creador, y su intuición es mediana. ¿No le dijimos ya que carece de astucia? Desde luego que no nos cree... Tiene una sensibilidad tierna, sin hondura en la emoción, que se apasiona sólo por materialismo. Sin duda por materialismo, también, a pesar de su viva imaginación, no le alcanzan las inquietudes metafísicas... Y su mal genio, que no le impide ser un espíritu alegre y expansivo, no llega a destruir tampoco el real fondo de bondad y de humanidad que hay en su carácter, transparentado en su escritura expontánea donde abundan las curvas a la par de los ángulos...

XLVI



Coroliano Alberini

Una recia inteligencia, recia, y flexible, y cultivada, puesta al servicio de una terrible voluntad. (Debiera ser al revés). ¿Es bueno siempre el doctor Alberini? ¿O se conforma con ser fuerte? Tenacidad formidable. Audacia temeraria. Tremenda ambición escondida. Desafía a todos los poderes del cielo y de la tierra esa barra que desciende, como si cediera, cuando aun la voluntad conserva toda su energía. ¡Qué inútilmente se empequeñecen las últimas sílabas, tras de aquellas mayúsculas gigantescas y amenazadoras! Diplomacia decorativa. ¿Pero qué hace el doctor Alberini en la Facultad de Filosofía, con semejante capacidad de acción, y la balanza perfecta

de su razonamiento? Nosotros ya habríamos conquistado el Polo o el Himalaya... Verdad que esas empresas demandan una capacidad paar el ensueño de que carece el doctor Alberini. Su espíritu positivo necesita de la realidad como los pies necesitan el suelo para caminar. Su sensibilidad y su sensualidad, le matizan la vida, pero son la rueda, y no el motor, en esta naturaleza rotundamente dinámica y personalista. Desconfiado y orgulloso. Un poco de melancolía, que lo redime de su amor por las cosas de este mundo.

XLVII

Consideran como disciplinas extrañas —
"Caras y caretas" es responsable
en parte de que yo escriba...

Arturo Cancela

Mayo de 1925

Arturo Cancela

Sensualidad y — ¡por supuesto! — melancolía... (Sensualidad, una de las más hondas fuentes de la tristeza humana). El movimiento tardo, a pesar de que nace de una fuerza violenta; el dibujo pastoso, opaco, macizo, recargado de tinta, de pereza, de inercia. La dirección de las líneas sin defensa hacia abajo, y todavía las palabras rompiendo la recta para acentuar el descenso por su cuenta. Sensualidad, melancolía... ¿Y el humorismo de Cancela? Su tendencia a la broma está en las curvas que giran hacia la izquierda por delante de sus "m" minúsculas: complejidad, depresión que busca libertarse. Ni alegría, ni optimismo, ni ligereza, ni filosofía. ¡Estos humoristas! (Verdad que el humorismo de Cancela

lo descubrieron los críticos.) Lo que nosotros descubrimos, en cambio, es una valiente, noble e intuitiva inteligencia, luchando por entre este jardín de sombras. El espíritu está como un pájaro con las alas ligadas, pero, ave al fin — para la libertad las alas — se rebela contra la sujeción al suelo: la mano que se siente incapaz de aligerar la pluma, ensancha los signos, por lo menos, o los separa, buscando claridad; se vuelve atrás y retoca los trazos turbios para hacerlos comprensibles, en un conmovedor anhelo de limpidez... ¿No es bello, eso? Firmeza, fuerza de resistencia, lógica y terquedad. No es un desarmado en la vida. Duro a la emoción, con una sensibilidad contradictoria y contrariada. Una tremenda voluntad apoya los ángulos y los finales; una blandura sensual los aterciopela. Susceptible, reservado, y de una vanidad que llamaríamos sutil sino fuera absurdo, ilusorio, decir que hay nada sutil en esta letra de terrible materialismo, que excluye definitivamente la fresca levedad de los perfiles...

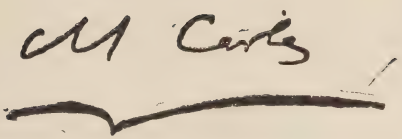
XLVIII

Alfonso de Laferrere

Difícil de encerrar en una limitada silueta esta psicología contradictoria y de extraordinaria variedad de matices. Talento que los signos afirman rotundamente: temperamento artístico de sutil delicadeza, inteligencia creadora de gran capacidad de concepción, audazmente intuitiva, fresca de vida y jugosa de cultura. Y una voluntad débil o nula, que sólo saca de ese maravilloso instrumento el goce interior de una música íntima y silenciosa... Temible sensibilidad espiritual. Autocrítica esterilizante que desmenuza la actividad. Inconstancia de los eternos indecisos, de los eternos buscadores, que diluye también las energías de su corazón... Antipatía física instintiva y sin piedad — como las fuerzas instintivas — por la tontería, la fealdad o la miseria humanas. La indiferencia, glacial. La ironía, cruel. Da con placer, más por aristocracia de espíritu que por humanidad. Nada sentimental, se defiende con clarividencia implacable de su debilidad emotiva.

La pasión es un abandono y un cerrar los ojos que esta letra no conocerá nunca. En último caso, sólo amará en francés, ya que los castellanos hemos olvidado, entre el "usted" artificial y formulista y el "tú" familiar y sabroso, la gracia señorial y un poco distante del "vous", con que su corazón gusta tratar aun a los que le están más cerca... Se juzga espiritualmente por sobre el nivel común, y lo está. Tiene orgullo y vanidad. Carece de sentido práctico y de toda avidez positivista que le procurara — si no lo tiene — el oro necesario a su gusto refinadamente exigente. Conociéndole, se puede llegar a perdonarle su volandera aspereza de nervioso, y a comprender la rica y peligrosa conjunción de cualidades que hacen de él un inadaptado superior.

XLIX

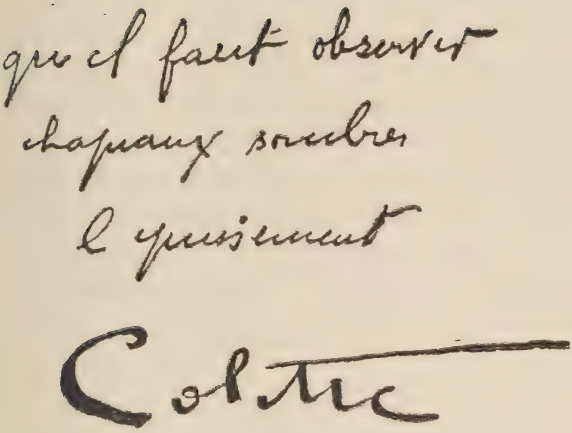


Manuel Carlés

Pocos espíritus dotados como el del doctor Carlés para actuar sobre las masas populares: movido, tumultuoso, con una imaginación llena de recursos, con una voluntad de acción impresionante. Instintivamente soñamos al doctor Carlés con la camisa negra y la banda cruzándole el pecho... Verdad que si no se le deja gastar en alguna inofensiva función democrática el Niágara de energía que revelan las barras de sus "t". Dios sabe qué derivativo terrible nos asolara. Además es fino de inteligencia, astuto como los viejos criollos de su simpatía y capaz de jugársela al más vivo; controla sus ideas y forra su idealismo de buen sentido práctico. Complacencia en sí mismo (la rúbrica caudalosa enmarcando el nombre), vanidad, amor a la pose, (la "M" con los palotes excesivamente distanciados) cualidades que suponen la necesidad de ser amable, para que todo el mundo lo encuentre encantador. Con lo cual, los amigos del doctor Carlés son otra multitud. Versatilidad, disimulo, exquisito

don de gentes. Sensibilidad. Sensualidad. Amor al dispendio: no ha conseguido aprender a economizar. Amor — ¡y cómo! — a la buena mesa y a la buena vida. Gustos no muy complicados pero sí muy decididos. "El jardín de Epicuro y el Estado moderno" es el título de un libro que algún día escribirá el doctor Carlés. Y no profundizamos el análisis porque no es cuestión de que mañana, en el atrio del Pilar o de Santo Domingo, el presidente de la L. P. se encuentre con un auditorio que le sonríe mefistofélicamente en la pretensión de conocerlo tan bien como su ayuda de cámara, y entonces... ¡adiós mi plata! como diría el doctor Carlés.

L

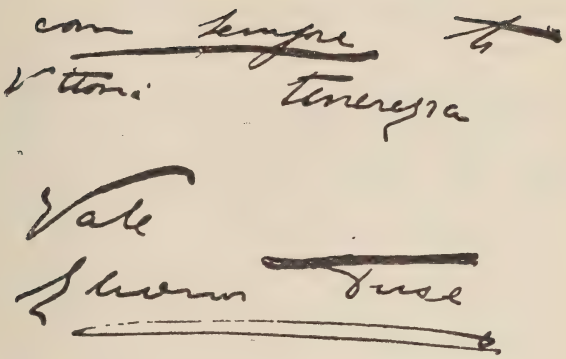


Colette

Sensual y sensitiva, Colette, flor de París, es el demonio de lo imprevisto con su caligrafía voluntariosamente vertical, donde a cada paso las letras, acostadas como bacantes incapaces de tenerse en pie, siembran el ardiente desorden de la pasión. Originalidad... «¡et comment!» Y nada de disimulo: una frescura "gavroche" para traducirnos a la letra las vueltas de su paisaje inesperado. Buena y mala, brava y tierna, caprichosa y genial, sabia de viejas sabidurías y fresca, primitiva, ingenua e inconsecuente: junto a los plenos apoyados sin retención de ninguna especie, traicionadores de un tempera-

mento tumultuosamente instintivo, los perfiles fríos, finos, penetrantes, como la mirada del observador agudo y de implacable sinceridad que es Colette. Eso sí, que los pefiles de Colette no suben nunca buscando el aire puro de las cimas... La voluntad, enérgica en todas sus variantes, da una fuerza brutal a sus instintos de liberación y de dominio. Instinto artístico y creador de una espontaneidad y de una maestría que rara vez se encuentran juntas. Odio por la rutina. Odio apasionado por lo vulgar, y sin poder desprendérselo totalmente nunca. Maniática de los pequeños "riens" e indiferente a la tienda que la abrigará esta noche, pobre vagabunda rebelde, que lleva su tirano consigo y no lo sabe. Y es frágil, insoportable y deliciosa a la vez, como su "Cherí" inolvidable.

LI



Eleonora Duse

¿Un alma de artista? Sí. Y una artista exquisita, de inteligencia superior, con una voluntad ardiente de tornar realidad su instinto de belleza. Capaz de raciocinio perfecto, la intuición le da una luz aguda y dolorosa. Pocas mujeres pudieron ser menos "engañadas". Curiosa, inquieta, activa, aventurera. Soñadora capaz de realizar todos los sueños... Sí, todo eso. Pero una "ánima de passione" por sobre toda otra cosa. La vida del corazón mandó imperiosamente en ella y transuntó su vida entera. Poco diplomática, era móvil, cambiante, inasible. Orgullosa y prudente — cuando podía, — amaba confiarse, y era esclava, cuando amaba. Don de amor, don de dolor. Alegre,

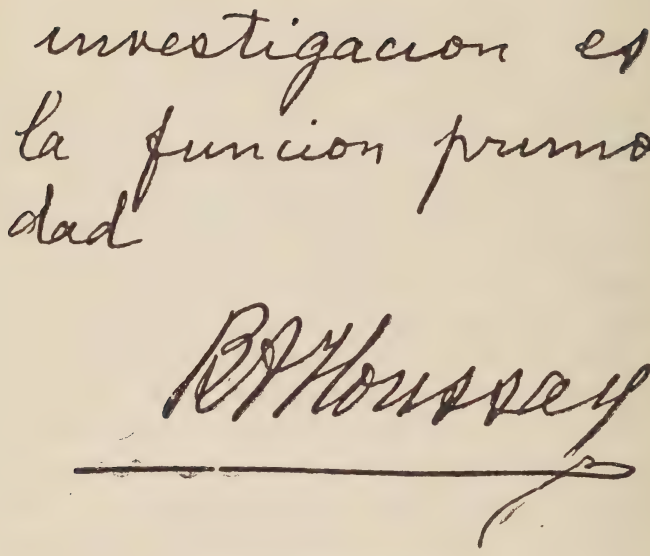
encendida en el goce de vivir, los rasgos se empañan repentinamente de trágica melancolía. Está toda entera en ese sugestivo balanceo de ambición y de cobardía que el mundo comprendió poco, llegando a preguntarse con impaciencia qué pedía aún, con las manos cargadas de laurel y su dolorido gesto de descontenta. Ahora sabemos lo único que en toda verdad pidió a la vida. Generosa, comprensiva, tenía una bondad brusca, que era también pasión, como la doble llama de su entusiasmo o de su cólera, que contradice a, veces, la gracia de sus mayúsculas originales y preciosas, limpias de toda vulgaridad.

LII

Sarah Bernhardt

Diplomacia femenina... con toda la fuerza del pleonasmo, en estos trazos sutiles donde la astucia va como el terciopelo, envainando el acero. La inteligencia es flexible, nutrida y equilibrada como la mejor inteligencia masculina, con poderosos instintos de creador. La ambición y la voluntad, indomables. Pero hay algo inconfundiblemente femíneo en la letra de esta mujer que supo ser un "realizador" al mismo tiempo que un "animador", pero no pudo nunca ahorrar al mundo la música inquietante de los nervios frágiles: es la gracia, acompañando a la fortaleza; el capricho, enmascarando la sabia voluntad que no ignoraba lo que quería, y no retrocedió ante los obstáculos más inesperados... El capricho quiebra a veces las curvas y le roba dulzura. La sensibilidad es de un espejismo asechante: inclinada hasta la pasión, muerde apenas la superficie. Quizás no amó nunca a nadie para poder amarlo todo. Y no se entregó jamás totalmente. Llevaba la inquietud que no deja armar la tienda. Espiritualismo ávido, que no saciaría una larga vida ni impediría vivir al sentido práctico. Desconfiada. Trataba de ser buena. Y aun dando, tendía siempre la mano para tomar. Le hubiera gustado ser, además de Sarah, Cleopatra, Teodora...

LIII

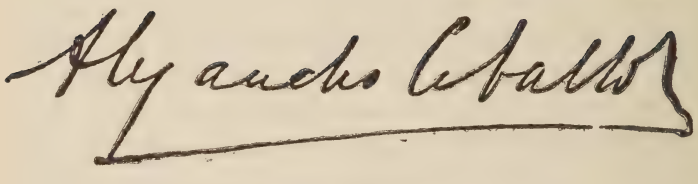


Bernardo A. Houssay

Actividad reposada y serena que no excluye el apasionamiento intelectual, sino que, por el contrario, lo delata. Salvo un limpio orgullo del nombre, exteriorizado en la firma, que agranda las letras sin deformarlas de vanidad y las subraya con un trazo neto, ninguna sujeción a las influencias del mundo exterior. Libre de ambición personalista, de una gran sencillez, y desintoxicado de complicaciones espirituales por la cultura especializada, su inteligencia

clara y precisa polariza en la curiosidad atenta, reflexiva y excluyente del sabio, hechizado definitivamente por la verdad como el artista por la belleza. "El maestro Houssay", dicen los muchachos de Fisiología, sin que los coarte la juventud sobre el rostro del maestro. Capacidad de análisis y de sistematización. Ordenado, metódico, minucioso. Lógica en el plan y habilidad en el desarrollo. Imaginación sensible sólo a lo real, que no sospecha que también existe lo maravilloso. Espontaneidad moral e intelectual. Rectitud hasta cuando se equivoca. Por cerrado que sea el bucle de sus "e" o de sus "l", deja siempre la luz necesaria a su instinto de claridad espiritual. La calma y la reflexión moderan la expansión de su sensibilidad, pero no la generosidad y la devoción de sus sentimientos amistosos. Leal, pero no franco ni confiado. Le gusta también en la vida el formulismo del laboratorio. Energía variable que suele decaer con algo de depresión. Los ángulos innecesarios dicen, además de firmeza, severidad para juzgar a los otros, lo cual puede ser grave en el doctor Houssay, que es mal psicólogo, carece de intuición y obtiene, de sus investigaciones en el corazón humano, conclusiones mucho menos acertadas que de la desendocrinia de los ratoncitos blancos...

LIV

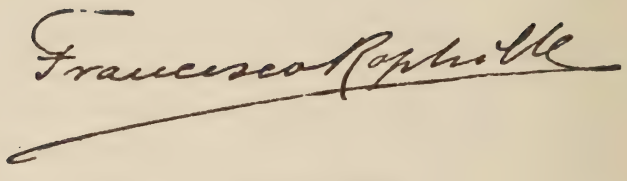


Alejandro Ceballos

Pocas letras como ésta que se alejen tanto del dibujo aplicado que niega la personalidad, como del grafismo voluntariosamente original y sabiamente caprichoso con que la grafología nos demuestra que la cultura es, casi siempre, el naufragio de la sencillez y de la sinceridad. Inteligencia clara, precisa, y adaptada. Los signos de una gran flexibilidad de espíritu y de una viva sensibilidad intelectual, muestran su riqueza completa, que la disciplina científica acapara, encauzándola por los heroicos caminos que llevan a la renuncia de tantos horizontes bellos e inútiles. Frescura moral, juventud persistente, lealtad, sencillez. Energía, perseverancia, positivismo. ¿Pero positivismo de qué? ¿Con qué se aprisiona la imaginación de este hombre joven y talentoso que se rehusa al romántico, encendido ideal que mereciera ser suyo, y no corre tampoco tras las conquistas materiales de la vida? Ni idealismo ni vanidad, ni la avidez del oro ni la ambición personal. Firmeza y decisión varoniles luchando contra una naturaleza

móvil al extremo, donde el juicio penetrante pero desconfiado, no está nunca totalmente seguro de haber hecho su elección definitiva. Felizmente no conoce ni la pereza ni el ensueño — los dos grandes paralizadores de la energía humana — con lo cual su inquietud y su indecisión no cierran el camino a su actividad inteligente y desinteresada, que va construyendo su vida de ser humano libre, responsable y social, a la espera de poder detenerse un día a construir su propia filosofía. Bondad simple y sin gestos. Gran sensibilidad y poca ternura, sin otro signo de egoísmo que el de su terca resistencia a la emoción, que da firmeza a su carácter pero le roba gracia y dulzura. Franco sin contemplaciónes, es posible que sepa mentir — ningún hombre bien educado lo ignora — pero estamos seguros de que no sabe engañar, helás!, y engañar es una dulce, fina, exquisita ciencia de amor...

LV

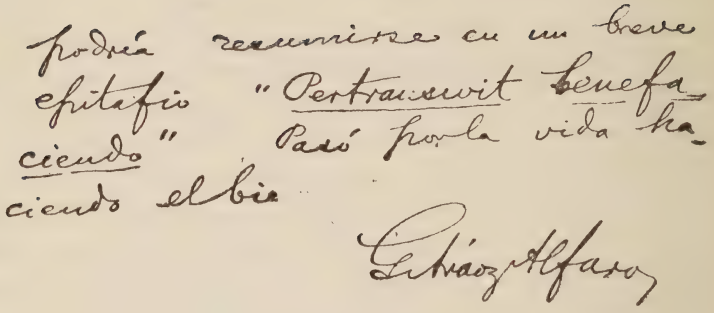


Francisco Rophille

La caligrafía expontánea y expeditiva del director de la escuela de Medicina de La Plata señala una contradicción marcada entre el espíritu científico y antiromántico, perseguidor tenaz de la evidencia, y la imaginación encendida, radiante, ingenua y fresca, de una vivacidad veinteañera, creadora sin reatos de magníficos paisajes inverosímiles. Son en realidad dos grafismos perfectamente distintos, superpuestos a veces en el mismo autógrafo. Predominan el razonamiento, el sentido crítico, la rápida y segura asociación de ideas que cristaliza en un respetable sentido práctico. Pero es precisamente a la vera de alguna audaz e inesperada ligazón de letras, que la lógica se quiebra como un hilo demasiado tenso y la pluma suspendida en un minuto de elegante indecisión, deja entrar la ola de luz de la intuición y restablece el equilibrio... Que en efecto, la cuestión no está en saber sino en comprender como acaba de recordarnos Keyserling. Y esta inte-

ligencia curiosa y atenta, que sale al encuentro de las ideas con su imaginación peligrosa y su atemperante instinto de análisis, debe alcanzar anchamente a comprender, como lo prueba la claridad persistente de la escritura y la síntesis vigorosa y original que simplifica los rasgos. Hay positivismo, lealtad, sentido de la justicia, amor al orden material y moral. Hay desconfianza. (Y hace bien. ¡Con los juegos que debe jugarle a este señor la imaginación!) Idealismo incurable, a pesar de todo el buen sentido del mundo. Sensualidad y amor a las formas bellas. Juventud espiritual, amor a la broma, amor al gesto, ¡y cómo! (Le hubiera gustado, estamos seguros, ser también Cyrano...) Amor de sí mismo feliz y desamargado de egoísmo y de envidia. La desconfianza, la ironía y una voluntad de defensa ágil y vivaz, podan sin deformarla una delicada afectividad, expansiva, tierna, fiel y susceptible. Tiene el genio vivo, el carácter ligeramente bizarro, y el corazón generoso y sin astucia. Dice optimismo, actividad inteligente y noble ambición humana, su escritura siempre rápida, decidida y ascendente. Todo lo cual prueba como puede, aunque falte el resorte de una rotunda voluntad, realizarse un destino a base de decisión, de energía y de claridad moral: la misma que entona su flexibilidad de espíritu en un orgulloso sentido de la responsabilidad.

LVI

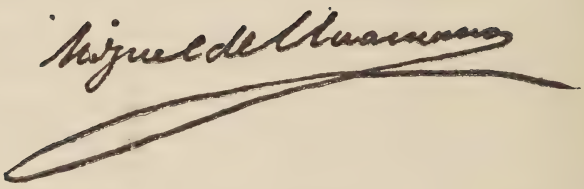


Gregorio Aráoz Alfaro

Estamos a punto de afirmar que el doctor Aráoz Alfaro no es un hombre vanidoso, cuando advertimos la "G" inicial de su nombre, traicionera en su espontaneidad como ciertos chicos bien educados, pero irresistiblemente vivaces... Inteligencia viva, fácil, imaginativa, iniciadora, intranquila. Cultura, lógica, sentido práctico. Tacto para percibir en seguida el perfil tangible de sus asociaciones ideológicas. Exceso de inquietud mental y sentimental para ser tranquilamente sólo un maestro o un investigador. En realidad, un positivo, que a primera vista parece un romántico idealista, porque también hubiera podido serlo. Tendencia a encauzar el paso por caminos reales, desdeñando fuerzas propias capaces de vencer las cuestas áridas, solitarias y tónicas que llevan, precisamente, a planos de superior altura. Espíritu fino, delicado,

que debe sorprenderse a sí mismo, de cuando en cuando, atravesando la sombra de repentinos túneles de materialismo. Afectividad y bondad innegables en una autografía cuyo dibujo no es sino un incansable juego de curvas. Verdad que da también la impresión de algo ligero, fugaz, inapresable... Dulzura en el trato, gentileza en la respuesta, calor en la promesa. Después, un poco de olvido, a través del movimiento febril de su vida interior, transparentado en el ritmo nervioso y rápido de la escritura. Un concepto de la justicia en extremo soluble a la imaginación, con lo cual suele parecer generoso cuando quizás no es sino diplomático... La voluntad débil, lo que hace mayor el mérito de quien, por amor de sí o de los otros, quiso realizar tan bella obra, que sólo pudo nacer si un tesoro de tenacidad, de perseverancia y de activo entusiasmo substituía a la precaria energía volitiva.

LVII

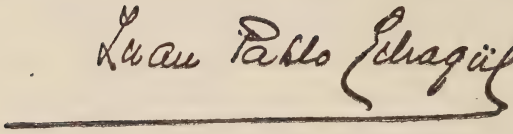


Miguel de Unamuno

Capacidad metafísica, inteligencia creadora, rica sensibilidad dócil a la energía de la voluntad, y el muy español sentido de lo trágico: don Miguel debió ser un filósofo. El genio endiablado no le dió nunca la tranquilidad necesaria. ¡Qué genio! El alambrado de púa es la imagen más cercana de sus ristras de puntas, donde la "o" es un triángulo atormentado y cada movimiento de pluma suena como una interjección. ¡Toda la filología griega para desconocer — precisamente — lo que quiere decir serenidad! Colérico, nervioso, susceptible, generoso y mezquino, positivo por sensualidad, utopista por frescura de alma, con su ternura contenida y su violencia incontenible, Unamuno es un espíritu desordenado y grande, en el cual la contradicción es el signo de una profunda vitalidad espiritual, y le da un ritmo de áspera armonía. Oculta o decora su espontaneidad con astucia, pero si llega a blandir la evidencia, es de franqueza brutal y tira con las ideas como si fueran piedras.

Tenacidad, ardor interior; una palpitación de ardor sin reposo; una ansia buscadora que nunca está contenta, segura ni apaciguada. Gustos estéticos menos refinados que en el francés, menos delicados que en el italiano. Su caligrafía es la caligrafía típica del español, en quien la violencia del temperamento destruye a menudo la gracia y la dulzura. Quizás a veces no le sea fácil exteriorizar todo su sueño. Pero es de los que ponen tanta fuerza, tanta fé, tanto valor en realizarlo, que suele darse en ellos el milagro de que su obra valga más que ellos mismos.

LVIII

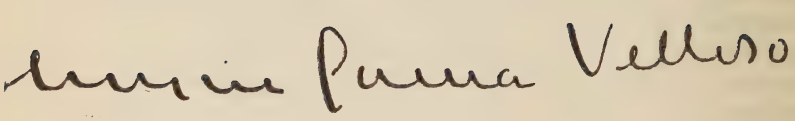


Juan Pablo Echagüe

Sensibilidad mediana. (La elegancia de Jean Paul desprecia la pasión que descompone el gesto). Bondad profunda. Dulzura imperiosa. Le gusta ser tenido en cuenta. (Y le gusta de veras...) Sus ideas le han sido siempre lo más amado. Inteligencia completa. La lógica y la intuición se responden matemáticamente con rítmico balancear, que nos ha recordado el martilleo tónico con que Jean Paul esculpe la frase cuando habla .Naturaleza calmosa y reflexiva, sus entusiasmos son ríos lentos y tranquilos que no desbordan jamás. Sentido crítico muy puro. Nitidez, sentido de la realidad. Jean Paul odia la paradoja, desdeña la sutileza, y hubiera sido un mal diplomático, a pesar de su porte y de su cortesía exquisita, por su amor al empleo del argumento, sin restricciones. Gustos artísticos. Instinto creador. ¿Qué lo detuvo?... Pereza. Sensualidad... A veces un poquito de melancolía. No es ambicioso: ¿filosofía? Nada de misticismo ni de aptitud metafísica. Su voluntad no

tentará nunca el gran esfuerzo, la empresa heroica o audaz, pero es de una fortaleza terca, invencible, para el trágico cuotidiano: la tenacidad que eriza de arpones todos los rasgos. Originalidad voluntaria sobre sencillez nativa. Y a pesar de la inteligencia viril que desdeña la sutileza, ciertos rincones femeninos en el carácter: gracia, capricho...

LIX

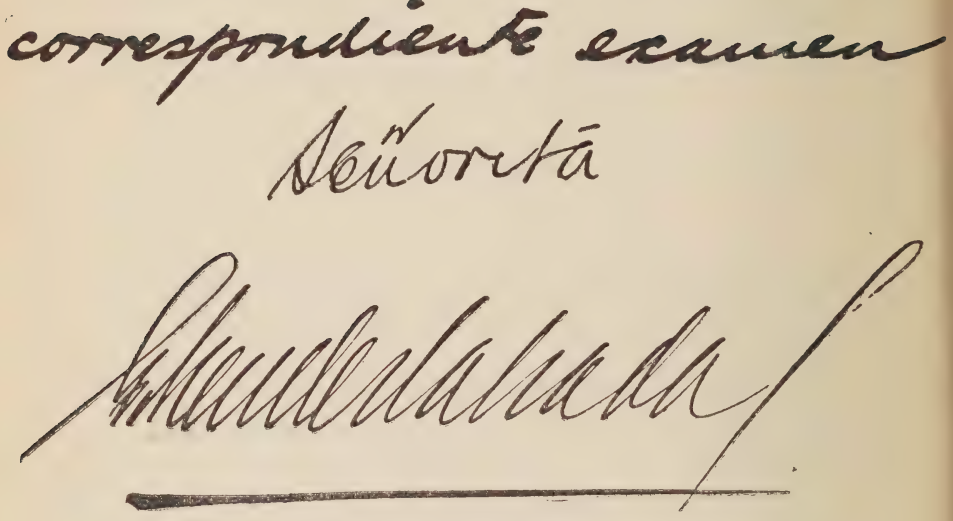


Enrique Garcia Velloso

Sin la menor duda que el destino lo creó a García Velloso para crítico de arte: sentido estético de primer orden, simplicidad, sentido de la mesura, poder deductivo. Poder creador, pero menos manifiesto. (No podía faltar en quien mayor número de actos teatrales estrenó en Buenos Aires). Poca capacidad de apasionarse, para no enturbiar el razonamiento... Ni orgullo ni vanidad — ¡a pesar de ser autor dramático! — lo que le permite juzgar con independencia, aun a los del oficio. Tampoco hay exaltación ni imaginación desordenada. Tiene voluntad — sin la cual no se es mucho tiempo crítico de arte en América. ¡helas! — y es más bien franco. — (Más bien franco, y a veces de indiscreto...) Modos dulces, que se truecan en firmeza si es necesario. ¿Tú le conoces, lector, y encuentras extraño que no le hallemos una gran sensibilidad, cuando tantos le deben más de un... favor? Pues no siempre los más sensibles son los más bondadosos. Y aquí falta totalmente el egoísmo. Por otra parte, la sensibilidad que la grafología

niega a Velloso es la del amor tierno y encendido, no la emotividad profunda y humana que delatan sus minúsculas expontáneas y desiguales. Generosidad radiante, que no sabe guardar nada para sí, ni negarse jamás a los otros... Y eso que usa una rúbrica que dice desconfianza. ¡Qué sería si no lo dijera!

LX

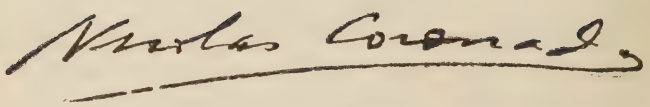


Enrique Méndez Calzada

Curvas anchas y constantes, el trazo afilado detenido a veces en maza por un enérgico movimiento de contención, y, frecuentemente, los finales largos que recuerdan, según Crépieux Jamin, el gesto del que da: una bondad profunda que la reflexión quisiera administrar, una generosidad de alma bien hecha, una sensualidad humanizadora. Y por encima de ésto, un carácter que ama la complicación como se aman el vino o el opio, y no entrega nunca con buena voluntad las señas de su corazón. ¡Cómo si la riqueza sentimental no fuera el más valioso de los

bienes espirituales! Indudablemente que no tiene el sentido de la simplicidad este señor que tortura voluntariamente su letra clara y reposada — juicio y serenidad — para darnos una firma endiablada de desconfianza tras de la cual lo adivinamos sin encontrarlo, o construye esa "e" artificial y trabajosa con que retarda el ritmo ya de por sí lento de su escritura... Tendencia al disimulo, — uno de los más sagrados derechos del hombre, desde luego. — Ya Sócrates enseñaba desde su pórtico de Atenas: «Conócete a ti mismo.» Es decir: "Ten cuidado de que los demás no lleguen a conocerte mejor que tú, y a saber de tí más de lo necesario". Pero ¿por qué ocultar el bello horizonte que perfila esta caligrafía de criatura joven, noble y capaz? Inteligencia serena, sólida y bien nutrida. Marcada tendencia al raciocinio. Espíritu asimilador, observador, analítico, hábil para comparar y para deducir. Poder creador de expontaneidad y de vigor medianos, pero con una buena dósis de originalidad y mucho sentido estético. Gracia, cultura, imaginación. Humorismo intelectual: el corazón serio y ansioso. ¡Estos humoristas! Para acertar con el lado cómico de la vida, hay que comenzar por reirse de la propia sensibilidad. Y en esta vida de hombre que juega con las ideas y convierte la barra de la "z" o de la "n" en un guiño bienhumorado, el sentimiento es una fuerza contenida, pero sincera, persistente y respetada. La voluntad, finalmente, es sana, ordenada, perseverante, y se defiende con valentía y con orgullo de la pereza y de la indecisión, — la voluntad sin la cual todo destino humano es un espejismo más o menos angustiado, y que da a éste la aspiración alta y fecunda sin hacerlo un ambicioso.

LXI

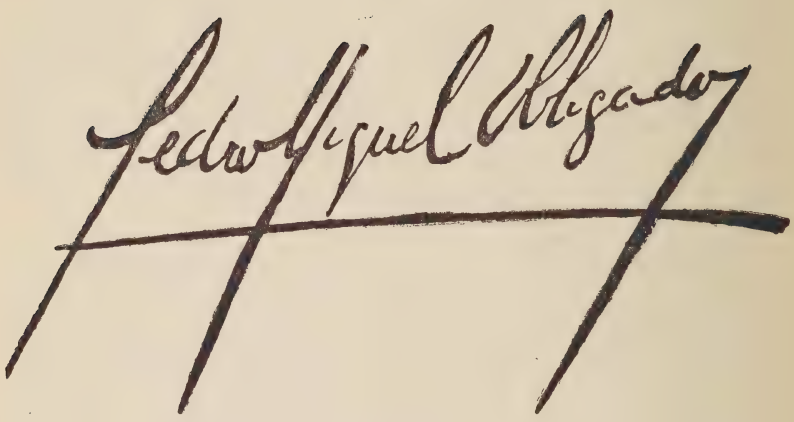


Nicolás Coronado

"El problema de la responsabilidad o el alma misteriosa de Nicolás Coronado". Tragedia... para el grafólogo, que como cualquier periodista de orden común, debe buscar el rápido camino de la síntesis que ahorra espacio. Tragedia, "et parce que"... Si esta teoría de filos, contrafilos y puntas disparados en todas direcciones, que brutaliza las curvas dejando apenas a la bondad alguna pequeña cuerda en que ahorcarse, nos descubre a una criatura impulsiva y nerviosa, brava y combativa por instinto, como la ola o como el viento, los signos acusan también una inteligencia vivísima, audaz, lúcida y orgullosa, en virtud de la cual muy poco le será perdonado, porque no hay inocencia que alegar con ella. ¿Alors?... En realidad, el temible crítico negativo no es tan feroz como lo pintan sus víctimas. Es un poco malo, desde luego, (él mismo lo reconoce, advirtiéndonos sin embargo que, de un tiempo a esta parte, experimenta cierta loable tendencia a mejorar) pero el grafólogo conoce gentes mucho más malas todavía. Lo serio, lo lamentable, aquí, es que este señor es malo con

fruición, con un goce espiritual pleno y consciente, con toda la contracción de su pequeña voluntad fugaz, violenta e irresistible, con toda la gracia de su sensibilidad cruel, apasionada y sensual... La gracia con que — vaya a saber por qué — lo imaginamos en la infancia, ocultando, bajo su tierna palidez y su blando mirar desarmado, a un alevoso destripador de nidos... Además: modos de mirar propios y libres de prejuicios históricos o legendarios. Cree en el bien y en el mal con la misma indiferencia lejana con que creemos que la tierra se mueve. Capricho e inconstancia, y una real originalidad de espíritu.

LXII

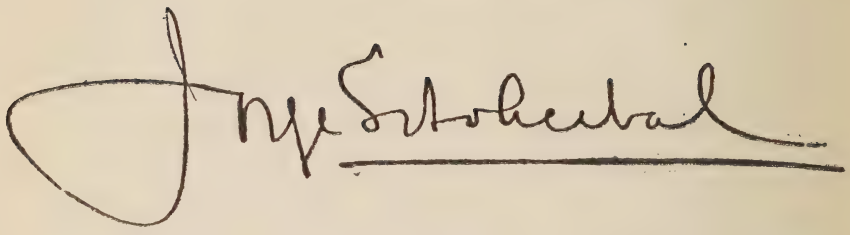


Pedro Miguel Obligado

Entretenidísimo y muy indiscreto, por cierto, es escudriñar por entre la caligrafía de un poeta, teniendo abierto, al mismo tiempo, sobre la mesa, el libro de sus versos. Con este «Hilo de Oro» comenzamos por enredar al prologuista, que lo llama "historia de una melancolía". ¿Melancolía?... Cuentitos de poeta. Obligado no tiene pizca de triste ni de descontento. Pregúntale si quiere morirse, lector. Pregúntaselo a boca de jarro, sin darle tiempo a entonarse líricamente... Sus mayúsculas envolutadas y sonoras dicen actividad, satisfacción, ligereza. Y es lujosamente inteligente, sensual y voluntarioso, aparejo con el

cual no se llora la vida, sino que se la goza. "Que todo se muere, que la vida es triste, que no vendrás nunca..." ¿Y ese temperamento ávido, de violenta explosión, esa imaginación desorbitada, ese capricho imperioso, que deben darle siempre lo que quiera? ¿Y su audacia, su ambición, su personalismo rotundo? "La mujer lejana e imposible"... Artificios poéticos, como el idealismo sin consecuencia de sus perfiles que los plenos guillotinan con brutal franqueza. Y si no tiene cerca lo que ama, lo olvida, con su sensibilidad desordenada, inconstante y vehemente. Es generoso, expansivo y locuaz. Espiritualmente, es más rico y más original como hombre que como artista. Y ni humilde ni sincero... "Pasa el cortejo obscuro. Un hombre dice — lo que yo he sido: ¡tan poquita cosa!" Puede ser que el hombre ignorante lo diga. El poeta no lo cree, ni está dispuesto a dejar que lo creamos. Lo descubre la firma, temible de orgullo y prepotencia.

LXIII

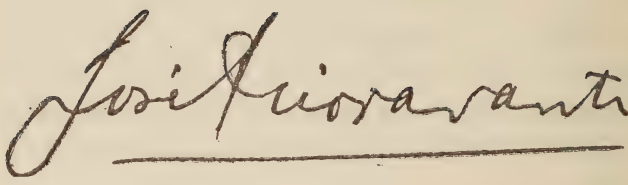


Jorge Soto Acebal

Intuitivo para los sueños, lógico y fuerte para el pensamiento, sensible pero práctico para la vida. ¡Bien curiosa y bien moderna alma de artista, cuya visión de belleza no toca ni en la metafísica ni en el romanticismo, pero no parará nunca tampoco en la pereza contemplativa y esterilizante ni en la melancolía! Uno que no se siente de paso en la vida, ni juzga que la pobre valga menos que la Eternidad... Es incapaz de odiar, de amar con pasión, de ensombrecer de avidez la promesa de sus deseos o de sus esperanzas. Su goce de vivir impertubable viene sin duda de todo eso, y, además, de su sensibilidad intelectual, mucho más viva que la de su corazón. Ojos curiosos, hechos a vagabundear por todos los horizontes del mundo. Espíritu crítico — a veces cáustico, — flexible, atento y abierto a las ideas de los otros, tanto como a su propia sugestión interior. Una cultura que va mucho más allá

de su paleta. Actividad, ardor, positivismo y lealtad. Ningún excentricismo. Independencia de espíritu. (En amor y en arte debe gustarle viajar solo, como a Amado Nervo). Sutil y hábil, si su espontaneidad le da tiempo, y muy capaz de mentir, si es necesario. Tiene una encantadora generosidad de impulsos infantiles. Es bondadoso pero no tierno, y rotundamente volitivo y dominador. Y este pintor poeta que tantas veces supo sorprender el secreto misterioso de la hora sobre el paisaje, ignora, por ejemplo, el secreto de los nervios femeninos y la manera de resolverlos...

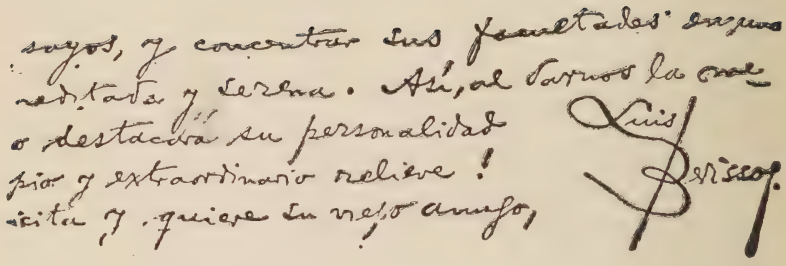
LXIV



José Fioravanti

Temperamento espiritual rico y vigoroso, todavía con inquietudes de mar en el principio del mundo, trasunta esta letra de expontáneo relieve, desigual y desordenada, que irradia un personalísimo atractivo de juventud y de simpatía. Imaginación intensa y genuina, segura en su fuerza, indecisa aún en su dirección. Su intuición debe ser, a veces, un instinto fuerte y oscuro, difícil de traducir con palabras; quizás por eso ha preferido concretarlo en la obra de sus manos. Se lo ve escucharla con ansiosa y sensible atención como cuando, sin levantar la pluma, inconcluye el último palote de la "m" o de la "n" para alcanzar más rápidamente la letra que sigue. Un movimiento análogo se marca en la "v" de la firma, donde el impulso intuitivo alza las letras finales antes que cortar el enlace: prefiere por ahora las ideas que concreten su sensación, a las que insinuen o persigan su ensueño... Su lógica potente, desentrañada de complicaciones ajenas a su inquie-

tud interior, es una cosa pura, ingenua y respetable, con el valor esencial y eficaz que ya vendrá a robarle el refinamiento integral de su cultura. Ciertamente, es un espectáculo nuevo el que debe contemplarse con los ojos límpidos e invasores con que este espíritu se dirige a la vida y al mundo. Su originalidad de artista creador reside en que, siendo dueño de un gran poder de asimilación y de una aguda sensibilidad intelectual, su sinceridad y su sencillez innatas le impiden acrecentarse con formas que no respondan a su vibrante realidad subjetiva: simplicidad de su escritura natural y legible, donde la curva estética no es nunca extravagante ni artificial. Hemos hablado a la vez del artista y del hombre que son, en Fioravanti, una sola persona. El hombre, además, tiene el carácter nervioso y vehemente de los impresionables, una sensualidad primitiva y un poco brutal, la sensibilidad susceptible, buena, generosa, desigual y poco tierna. Y sabe confiarse y sabe mentir, con la gracia inocentemente calculadora de los chicos.

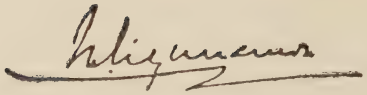


Luis Berisso

Una imaginación rica y delicada esculpe esta autografía personalísima, cuya originalidad nace a la vez de la riqueza de las fuerzas espirituales y del vigor que las encauza. Sensualidad, intuición creadora, idealismo, capacidad de entusiasmo, de admiración y de curiosidad, — todo lo que conserva la juventud del alma y le guarda su posibilidad de ensueño y de lirismo. Y junto con eso, un fuerte sentido de la realidad, una mentalidad precisa y positiva que busca lo exacto en la vida y en el pensamiento. Una grande flexibilidad de espíritu equilibra su apasionado temperamento intelectual que defiende la idea con ardor y con desinterés, por el propio placer de defenderla, pero está atento y abierto a toda sugestión exterior en que afirmar su penetración analítica y su criticismo independiente y severo. Un buen gusto exigente le hace amar las formas bellas como la

exteriorización indispensable de las realidades o de los sueños. El sentido estético refinado que construye sus iniciales armoniosas, no desdeña tampoco las minúsculas por despreocupación o por pereza: pequeñas, gráciles, sensitivas, clarísimas, las destaca el relieve del trazo fino y limpio, acabado prolijamente con la paciencia de un miniaturista. Y dicen la pulcritud, el amor al orden material, la delicadeza moral y el cuidado meticuloso del detalle de un espíritu esencial y formalmente elegante. El carácter altivo y franco, el genio vivo. La sensibilidad tierna sin dulzura, de emotividad susceptible y profunda; expontánea y vibrante en el gesto, y extraordinariamente tranquila, generosa y constante en el sentimiento. La firma, dibujada con amor, tiene una prestancia antigua de perfume señoril y romántico. Ama el ser vista y no confundida: como el blasón de los caballeros de siglos mejores, dice orgullo, y detrás del orgullo, lealtad y nobleza, para sostenerlo. Y acaso fué por desdeñosa aristocracia que no luchó por su nombre propio de artista en esta dulce y promisora América agropecuaria, quien tan altamente dotado en el cerebro como en el corazón, prefirió llamarse simplemente en la literatura argentina, el amigo de Lamberti, el amigo de Lugones, el amigo de Ruben Darío...

LXVI

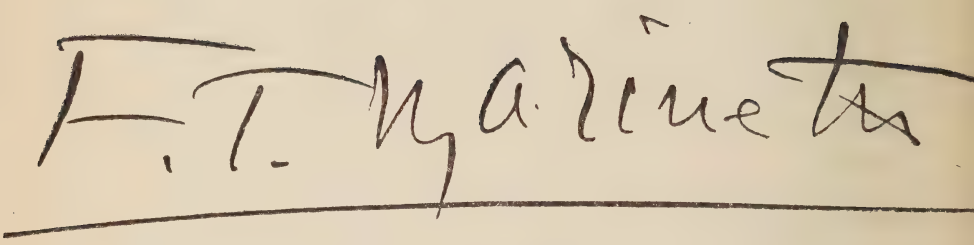


Martiniano Leguizamón

Esta escritura pequeña — ésta, no todas — revela fineza en la inteligencia a la vez paciente e inquieta, y el gusto por la investigación científica, no aquella sistemática o de gran vuelo, sino la sagaz y acertada búsqueda del detalle y la minucia, que muchas veces sirvió luego de base a los grandes forjadores de síntesis. El autor de "Montaraz" no es, sin duda, un sabio: es un lector incansable y curioso, como lo prueba la enorme cultura libresca que marca su letra con los signos inconfundibles del intelectualismo. Sólo que el "opio de Occidente" no parece tener efectos paralizadores sobre este espíritu emprendedor, a quien la voluntad débil aleja del esfuerzo prolongado, pero cuya energía fragmentaria y desigual da un magnífico ejemplo de labor y de propio dominio. Instinto creador débil pero naturalmente entusiasta. Buen gusto que no llega a ser un gusto artístico. O es, en todo caso, un gusto artístico de coleccionista... Un algo de amor por las ideas hechas, que en estética son siempre dañinas, aunque meritoriamente se las haya hecho uno mismo. Y si el grafólogo se detiene, sobre todo en el aspecto inte-

lectual del análisis, es que ése es el tono dominante, absorbente de esta caligrafía... El carácter vivo y terco. Muy sensible a la emoción, que no es, en suma, sino vitalidad nerviosa. Y muy poco sentimental, sin ninguna duda. Emoción, generosidad liviana, un poquito de egoísmo y grande amor propio: este señor debe ser celoso. Es decir... ¿Cómo admitimos, entonces, su innegable optimismo?... Decididamente, los grafólogos no sabemos nada.

LXVII

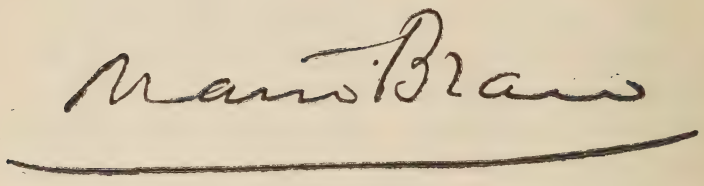


F. T. Marinetti

Lector, a lo mejor la grafología te da una silueta de Marinetti, bólido poliédrico, más substanciosa que los sudorosos reportajes de los cronistas. Atrapa esta síntesis pasatista. — Líneas de dirección cimbreante, "o" y "a" bien cerradas salvo descuido: diplomacia, disimulo. Escritura grande, donde no aparecen signos del orgullo de raza: amor al aparato. Las letras separan sus rasgos y se ensanchan. ¿Vanidad? Marinetti hace con cualquiera de sus letras lo que los vanidosos hacen sólo con las mayúsculas... Deseo dinámico de llamar la atención. Yo. Yo. Le molesta pasar inadvertido, sentirse importuno, incomprendido. Es emotivo, impulsivo, exaltado, pero sonríe estoicamente ante la crítica como una persona elegante que ha entrado por descuido en un campo de abrojos. Intuición estética que se va y vuelve. El rasgo se simplifica líricamente a veces. Otras se torna

inarmónico y la simplicidad hace pensar en el sintetismo confuso de un dibujo infantil. Es probable que los niños quieran expresar algo con su "Da, da...", pero vaya uno a saber qué, y si no se están riendo de nosotros... Originalidad creadora y un sentido práctico rotundo, franco e ingenuo, para sacar el mejor partido de sus hallazgos. Seguramente que los «ismos» están un poco desviados de la filosofía de la belleza que hace del arte otra cosa que una farándula de fantasmas... ¿En suma? "Non domandar lettor, ch'io non lo scribo. Pensa oramai per te s'hai fior d'ingegno..."

LXVIII

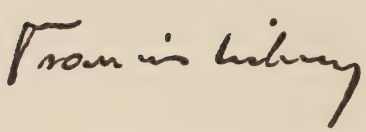


Mario Bravo

Nos cuesta convencernos de que con esta letra apasionada e inquieta, Mario Bravo escriba sin aburrirse cien páginas sobre "La Revolución Rusa y la Constitución de la República Socialista Federativa de los Soviets". Nosotros no las hemos leído, ¡por el amor de Dios! Pero las tenemos aquí a la vista, en un ejemplar con dedicatoria que pescamos por ahí, en caza de autógrafos. Tres líneas — la dedicatoria — cálidas y desparejas, desbordantes de una emotividad vencida a todos los vientos, de una intuición ardiente y dolorosa... Y con todo eso, todavía no ha aprendido el maestro que no somos sobre la tierra más que una sola humilde clase de criaturas humanas, bajo dos únicos tiranos: el amor y la muerte... Mal constructor, generoso, imprevisor y lírico. La exaltación le anula el sentido práctico. Sencillez y franqueza. Si desconfía la inteligencia, el corazón se burla de ella y se entrega sin darle razones. Tacto y flexibilidad sirven su deseo innato de estar

de acuerdo. No envidia al águila que se consuela, con la altura, de lo solitario de la cima. Sensibilidad intelectual profunda. Voluntad que sabe querer pero no sabe decidirse. ¡Qué inquietud por la paz del mundo! ¿Y la propia serenidad? Naturaleza demasiado compleja, no le vale aplicarse el instinto de sistematización de su pensamiento profundo, siempre con los fuegos encendidos. Amor a la belleza. Orgullo. Sensualismo. Materialidad e idealismo. ¡Oh contradicción, superioridad del ser humano! "Soy como Adán, y busco ferviente el paraíso — soy como Adán, y huyendo del paraíso voy"...

LXIX

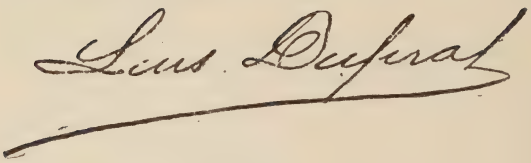


Francisco Uriburu

Se necesita toda la indiscreta curiosidad de la grafología para animarse a escudriñar en el espíritu de quien ama ser, con alma y vida, indescifrable... Reserva, prudencia innata y adquirida, instinto y voluntad de resultar impenetrable: la puerta en las narices del curioso sin el menor disimulo. Veamos... Fineza y astucia incomparables. Toda la vieja y sabrosa viveza criolla, civilizada de Mediterráneo. Lógica aguda, que quiere ser sólo sentido práctico, y triunfa brillantemente en el hallazgo inesperado. Sutil, y no paradojal. Manera rápida, pintoresca y personal de contemplar las cosas: independencia y originalidad de juicio. Tendencia a la burla y a la ironía. Perspicaz, indiscreto. Temible espontaneidad. Viveza. Viveza... Espíritu asimilador, capaz del éxito en todos los caminos. Hará lo que haya que hacer — si quiere — bien hecho y pronto. Ahora, que no siempre quiere... Pereza, nonchalance, rebeldía a toda sujeción, que se convierten en vivacidad y rapidez de acción, aguzada la voluntad por la ten-

dencia al menor esfuerzo. (Marchar presto, para acabar antes). Carácter vivo, dominante. Valor y sangre fría. Previsión y minucia en el desorden aparente. Poca sensibilidad. Ni vanidad, ni orgullo. Y de una sencillez absoluta. Escuetas, instantáneas, terminantes, sus dos mayúsculas iniciales dicen: "¡Déjenme de zonceras!" con tranquila impertinencia nativa.

LXX

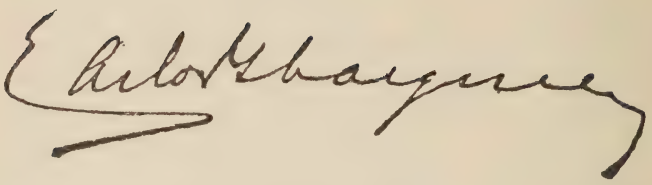


Luis Duprat

Espíritu claro, firme, leal y sereno, con una irresistible inclinación a lo verdadero. Un leve personalismo le hace comenzar por apegarse a sus ideas, pero, rápidamente, surgen la sed de exactitud, el poder reflexivo, la imparcial severidad. Rara vez — sólo en naturalezas de superior temple moral — se da en un imaginativo y un sensible, como en este caso, tanta riqueza de buen sentido. En cambio, monseñor Duprat desconfía de su intuición y la maltrata. Y la intuición es la más femenina de las fuerzas espirituales: necesita el halago y la confianza de su dueño... La inclinación de su escritura prueba su afectividad tierna; las curvas dulces, su bondad; la claridad y la parquedad de sus rasgos, el dominio de la conciencia delicada sobre el corazón. El giro de ciertos bucles señala un leve matiz de egoísmo, que le hace amar con redoblado placer a los que son suyos. Mas ¿qué reproche pudiera hacerse contra ello? Afectividad, fidelidad, perseverancia: la madera

con qué se fabrican los mejores amigos. La voluntad firme y sana, e imperceptiblemente diplomática... Enérgico, activo, diligente. La barra de la "t" alta, corta y fuerte de los dominadores, se curva con gracia, como pidiendo excusa. Hay gracia, simpatía, gentileza aun en la estrictez de su sentido de la justicia. Hay optimismo, amor al bien decir, al limpio bien vivir. Un cierto empaque cortés nacido de la imaginación noble, de la reserva orgullosa, del amor a las formas bellas y tradicionales de la vida, le da quizás algo de un abate francés que no fuera ni frívolo ni ligero, y poseyera, junto a la elegancia de su espíritu distinguido, un sentido muy claro del bien y del mal...

LXXI

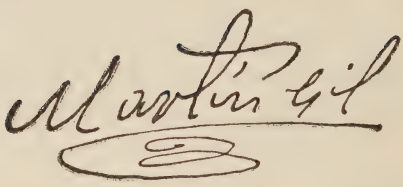


Carlos Ibarguren

El doctor Ibarguren tiene la condición espiritual del maestro: esto es, una de las menos ilusorias posibilidades de realización de la fraternidad humana. Su grafismo irradia el calor de un buen fuego de hogar abierto a los que pasan. Simpatía efusiva por las cosas y por los seres. Tendencia definida al orden, a la claridad y a la sencillez. Una lógica inteligente que se sobrepone a su intuición y a su imaginación y da una nitidez matemática a las operaciones de su pensamiento. En su espíritu de rica cultura, el optimismo es una fuerza dinámica, fresca y generosa. No se le hubiera ocurrido nunca inventar la torre de marfil, y sus cuartillas de conferenciante deben parecerle, simplemente, una cosa útil, sencilla y agradable como la sobremesa familiar. Activo y constante, es sensible a la belleza, aunque con escasa fuerza de originalidad para crearla. Su temperamento afectivo es variable, siempre lejos de la indiferencia. No es orgulloso, pero sí sensible

al halago inteligente. Su voluntad es una firme energía, consciente y bondadosa, donde la dulzura suaviza vagas inclinaciones de preponderancia y de terquedad. No desdeña la diplomacia, pero siendo inclinado a comunicar sus entusiasmos intelectuales — el menos egoísta de los exclusivismos, en suma — ama persuadir como otros aman engañar. Lamenta ser confiado, con arrepentimientos tardíos... De algo no debe arrepentirse nunca. Y es de ayudarnos a pensar que Dios es bueno, el mundo bello y la vida encantadora. El hecho de que no fuera verdad, no tendría ninguna importancia.

LXXII

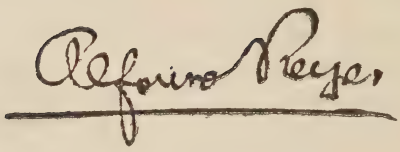


Martin Gil

Martin Gil tiene la escritura desigual por las cuatro dimensiones que caracteriza a los emotivos. Varían el ancho y el alto de las letras, la dirección, la inclinación y el espacio, el largo de los finales de palabra y la fuerza con que la pluma apoya el rasgo... Nos imaginamos que han de variar también el papel y la tinta, cuando en su espontaneidad extraordinaria, Martín Gil se levanta y se va, y vuelve a su carta sin terminar, mañana, o pasado mañana... Espíritu extremadamente móvil, impresionable, cambiante en sus proyectos, sujeto con facilidad a la influencia del ambiente. Su carácter personalista rechaza esa sujeción. Pero ya se sabe que no luchamos sino contra lo que nos domina. Martín Gil tiene la terquedad y el espíritu de contradicción defensivos de los blandos de voluntad. Vivacidad espiritual. Imaginación. Más que un razonador es un intuitivo. ¡Curioso matemático éste que se las arregla tan bien sin la estrecha red de los logicistas! Bondad instin-

tiva, ternura que se contiene. Sufre cuando se obliga a una negación o a una palabra violenta, más que aquel a quien van dirigidas. Trato amable, gentileza, lo que no impide que suela irritarse. (En cuyo caso le aconsejamos echarle la culpa a los nervios, como las mujeres, que estará en lo cierto). Diplomático sin astucia. Sentido estético sin refinamiento. Sentido musical. (Ciertas curvas nos explican la beatitud en que le sorprendimos la otra tarde, bajo la Novena Sinfonía...) Contento de sí mismo por comparación. Y buen humor, entusiasmo, optimismo. Por cierto que a nuestro astrónomo no le ocurrirá nunca lo que a aquel otro que por llevar la vista fija en el cielo se cayó al pozo. Este mira hacia la tierra todo lo necesario para encontrar el mundo agradable y la vida llevadera...

LXXIII

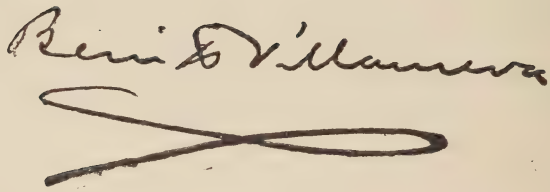


Alfonso Reyes

Una sensualidad sin remordimientos. Todavía debe ser el chiquillo feliz que mientras duerme la casa bajo el sopor de la siesta del trópico, se desliza, sin ruido, camino de los melocotones de la huerta maravillosa y prohibida... Y no maravillosa por prohibida, que el bien sencillo y pacífico, al alcance de la mano, también le halla buen gustador. ¿Será por eso que aparece toda su caligrafía desordenada de sonrisas? Bondadoso y bien humorado a toda hora. Amoroso en la amistad y gentilísimo en la manera, y sabio para ignorar los purgatorios de la pasión, que matan la risa y ahondan la cara en máscara de tragedia... Juraríamos que el embajador de este Méjico ardiente de aguafuerte goyesca, tiene aún la carcajada pronta e infantil de la juventud que dura siglos. La inteligencia de un griego cultivado y sutil, llena de inquietud para la vida, que da el goce de la idea y el de la sensación, y con una filosofía de rotunda indiferencia para todos los problemáticos

"más allaes". Una mala voluntad de paso tardo y caprichoso, pero capaz, como ciertos borriquillos serranos, de hacer leguas llevando el mundo a cuestas. Es un inconstante que nunca vuelve atrás. Ama el lujo para poder vivir la vida con sencillez. Es vanidoso y generoso al mismo tiempo y de tan intrincado modo, que ya no se sabe si da por amor al que pide o por hacerse amar del que recibe...

LXXIV

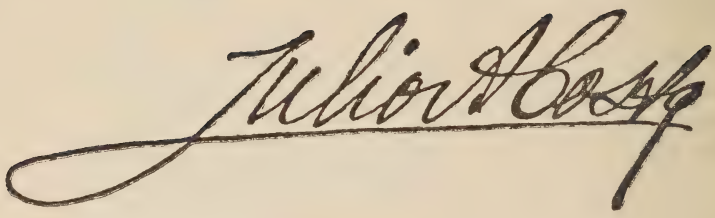


Benito Villanueva

En grafología, la rúbrica "en bucle" significa energía combativa y habilidad reunidas. Lector, te remito al "Diario de Sesiones" de los tiempos pretéritos. ¡Cuántos padres de la Patria añorarán en estas horas borrascosas aquel timón que nunca erraba el puerto!... Sigamos. Inteligencia. Lógica maciza, asociación de ideas, temible golpe de intuición. Rectitud. Honestidad. Voluntad serena, ligera y elegantemente pesimista. Sensibilidad que el buen gusto y el sentido práctico podan con cuidado. Un poco de apagía. Mucho de sensualidad. Diplomacia. Parquedad de manifestaciones. Afable impenetrabilidad. Modestia. Desconfianza. Tendencia a dominar sin demostrarlo... Y a todo esto, lector, ¿no son esas condiciones buenas para una política más interesante que la del gobierno? ¿Desentrañaremos el secreto de ese signo original que salta de la última

sílaba del nombre a la inicial del apellido, como el grito entusiasta de una lógica que hubiera hallado la piedra filosofal? Esta letra de hombre, que no descubre nada de lo que los hombres llaman "ambición", ¿oculta acaso algún ambicionar más codiciable que tú y yo no sospechamos? ¿Qué dices, lector?

LXXV

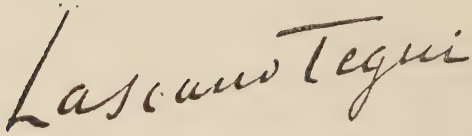


Julio A. Costa

Soberbio espectáculo de amor propio el de esta caligrafía complacida y radiante, donde la inteligencia consciente y gozosa luce como una promesa de perpetua juventud. Orden, energía, claridad, precisión, y una intuición estética y original de la vida que gusta espiritualmente las ideas y sensualmente las formas. Se nos ocurre que así pudo escribir un griego, lector de Platón, que escuchara también a Epicuro. Animador de los otros por convicción y por placer, hay egoísmo y generosidad a la vez en su naturaleza personalista, dotada de un enorme poder de atracción y del instinto absorbente y seductor de convertirse en el centro espiritual de los que le rodean... En inteligencia, curioso; en voluntad, entusiasta; en sensibilidad, apasionado: siempre la cualidad aguijón que impulsa a vivir hondamente. (Eso sí, que en amor, debió dar como un niño y exigir como un dios, sin que nadie se quejara: privilegio

de las criaturas encantadoras...) Placer en el esfuerzo y en la lucha a plena luz, bajo los ojos de la multitud, pero con una reserva alerta que no se abandona a la confianza ni a la confidencia y prefiere sentirse fuerte y solo, allá desde donde se ven "chicas las cumbres y grande la llanura". Bravo, imperturbable y penetrante, con el juicio audaz y seguro que hacía aquel temible "replicador" favorito de las barras parlamentarias, pone siempre elegancia en el gesto, altura en el ataque... y te dice lo que tú no quisieras oir, lector, sin ningún reparo.

LXXVI

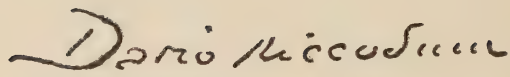


Lascano Teguí

Escritura sinuosa y viva de los mentirosos expontáneos y desenfadados. Escritura ascendente, presionada y ligera, rápida, simplificada, desdibujada por la prisa... Ardorosa, desbordante actividad de alma y de cuerpo. Podrá no ser siempre bueno lo que está haciendo, pero siempre está haciendo algo. Dinamismo intelectual, imaginación, iniciativa, fantasía, cultura, desorden intuitivo y preciso como una disciplina, que se encarga de resolver por la invención y sin prejuicios, todas las dificultades de la vida... Sentido moral totalmente lírico, y poco de aquello que los psicólogos definen como "la percepción neta de las semejanzas y las desigualdades de las cosas"... La sensibilidad rica de sencillez, de sensualidad y de ternura, que da al hombre un corazón de mujer. También de mujer la vanidad graciosa y sonriente, y de niño la sin par petulancia... La bondad expontánea, encendida y gozosa. La maldad más gozosa todavía, tanto que probablemente ya no es maldad sino sólo buen humor y

mala crianza, y ganas de hacer barullo como el chajá, el más simpático de los bichos criollos, que lleva la púa en el ala y suena alerta mientras el asno duerme. Y con un espíritu de ricas facultades estéticas y una inteligencia capaz de una alta y justa ambición, de sus líneas en trampolín salta tan sólo la alegría de vivir, como el payaso que se fué a las estrellas...

LXXVII

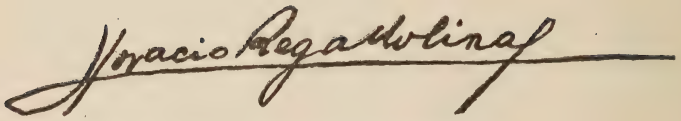


Darío Niccodemi

Cultura de espíritu... ¿Para qué sirve la cultura del espíritu? Para interpretar la vida, desde luego. Veamos cómo la interpreta Niccodemi. En primer lugar, un gran sentido de la belleza. Desde temprano debe haberle sido accesible su mundo maravilloso. Sus facultades le permitieron gustarla, luego crearla. Es decir, crear es actividad, y Niccodemi es un perezoso... Recogerla, diremos, y así hablaremos con exactitud. Es más fácil y más tentador ser como el lago, que tendido e inmóvil copia la gracia del ave fugaz o la nube que pasa, que ser como la tierra obscura del bosque, por ejemplo, que se desangra callada y transforma la bellota en encina... Lánguido, sensual, "nonchalante", italiano. Niccodemi es un perezoso a pesar de sus muchas obras. De su riqueza interior saca sólo la moneda pequeña con que paga su vaso de vino a lo largo de la ruta. A lo largo de todas las rutas. Niccodemi es eso: un viajero. Viajero del arte, del cual gusta la gracia e ignora la inquietud. Viajero de su sensibilidad que prefiere al amor, la emoción, y se va tras de las dulces bocas y las trenzas rubias, como Nervo, antes de que el

Kempis se las envenenara. (Niccodemi aun no ha leído al Kempis). Viajero de la vida, para quien el sueño, construído a base de una rigurosa lógica del capricho, para siempre en alguna realidad tangible... La voluntad fuerte, a condición de que el esfuerzo sea corto. El carácter violento, la manera gentil. Y en amistad, incapaz de sacrificio, de sinceridad y de rencor.

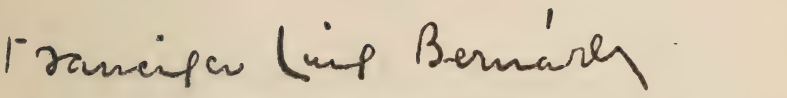
LXXVIII



Horacio Rega Molina

Sensibilidad clara, un poco replegada sobre sí misma. Un corazón que es simple, simple, y se engaña a sí mismo para probarse que no lo es. Una criatura a quien deslumbran sin dificultad los juegos del hada imaginación, y cree que llora porque quiere la luna, y no sabe que su tristeza se consolaría muy bien con un cartucho de caramelos. (O un barco de papel. O un buen amor...) Sobre la H aparatosamente construída para hacer resaltar todo el nombre, los signos se alinean con incansable sencillez. Ausencia de inquietud, ¡y es lástima! Es lástima que las bellas alas de su sueño le sirvan, a menudo, sólo para viajar alrededor de su cuarto. Inteligencia asimiladora con gran poder de observación, una curiosa capacidad de observación, estática y libre de curiosidad. Sentado detrás de un vidrio, mirando llover, debe serle siempre una postura predilecta. Con un poco de fermento metafísico, hubiera quizás sido un contemplativo. Sólo es un soñador. Algo de timidez, que empieza a desperezarse en vanidad: con su linda modestia de ayer entre las manos, lo imagina, mos como a un niño que contempla absorto el juguete que amaba y que ya no lo entretiene...

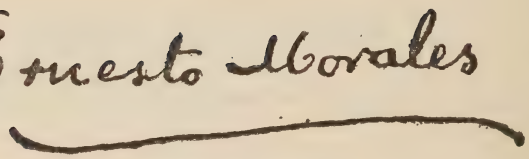
LXXIX



Francisco Luis Bernárdez

Juventud ambiciosa, maduramente ambiciosa. Juventud de ojos abiertos que sabe perfectamente a dónde quiere ir... Sabia juventud que no sabe si tiene corazón porque es toda inteligencia. Sensibilidad intelectual y artística supliendo a la otra, que es bien precaria. Incapacidad de pasión y de desesperación. (¡Algún bello genio protector junto a su cuna, sin duda!) En cambio, la más divina capacidad humana: comprensión. Profunda aptitud para comprender, y una serena voluntad que desdeña la violencia. No sabemos si el poeta de "Alcándara" será muy ortodoxo. Pero lo desafiamos a que niegue el libre albedrío. Es un ser libre. Y él lo sabe. Debe saberlo. Con su espíritu crítico y su equilibrio mental, encuentra el primer juez en sí mismo. Quizá por eso su ambición, caldeada de entusiasmo feliz, se desenturbia de crueldad y de injusticia, No precisa cruzar por encima de los otros para pasar. Estética y autocrítica le apartan el pie de los lodazales. Exacto sentido de la realidad. Y como comprender es perdonar, una bondad generosa que se traduce en alegría comunicativa.

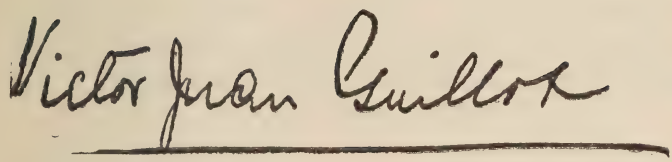
LXXX



Ernesto Morales

Modestia, honestidad, egoísmo: un trabajador que marcha por su camino solo y recto, que marcha sin cuidarse de los demás, ni para dar ni para pedir. El egoísmo suave se endulza en las curvas de una bondad tranquila. Su grafismo nos lo muestra parco en gestos inútiles, con una noble consideración de si mismo que le da la conciencia de su propio valer sin la menor ostentación. La intuición lucha con l' rutina, y es una intuición inteligente pero no artísa tica; su creación debe traducirse en una expresió- fría y un poco amanerada. Hay mucha claridad en las ideas; sólo que esperamos en vano el relámpagn deslumbrante del entusiasmo vencedor de las mediao luces. Por lo menos, para cosechar originalidad es el jardín de la belleza, es preciso, justamente, sen un poco loco, y liviano y ágil para saltar los cercos. r. Y Ernesto Morales posee una gran cordura. Se nos ocurre que debe creer todavía en viejos fantasmas en que ya pocos creen, y respetar viejas cosas que ya nadie respeta. Y que debe ser franco, leal y seguro, como sus minúsculas claras e iguales, que dibujan siempre una "e" donde va una "e"...

LXXXI

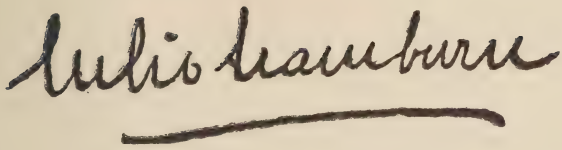


Victor Juan Guillot

De Víctor Juan Guillot, hombre de letras y... diputado por la mayoría, la casualidad nos pone en las manos una serie de autógrafos de épocas distintas. Y de ese análisis cronológico y bien documentado, sacamos estas conclusiones edificantes. Puede estar tranquilo el autor de "El alma en el pozo". Ya tiene menos sensibilidad de la que tenía, y con el tiempo, la esperanza de perder la que le resta. No hay como la democracia para destruir aristocracias. El nos dirá que aun no ha tirado su corazón al río. Pero las curvas de una bondad expansiva no impiden que los signos se vayan enderezando decididamente hacia la vertical. Resta la emoción que nos acreditan el trazo nervioso y el desigual tamaño de sus minúsculas. Pero ya se sabe que la emoción es el canto de las hojas bajo la brisa... El sentido artístico, el gusto por lo bello, se marcan todavía en las líneas armónicas de las mayúsculas. Y nada más. La actividad y el entusiasmo traen ahora un viento de inquietudes lejanas a la belleza. La

intuición brilla en relámpagos; luego la lógica se hace perentoria y triunfa el sentido práctico. La imaginación corre, pero por antiguos senderos. Idealismo que no intenta ponerle puertas al campo, por ejemplo... Dulzura y bondad, que el genio aviva y suele romper su cólera. Capacidad para ver con amplitud, rapidez de acción, aptitud para organizar, para guiar, para dirigir... Bellas cualidades. Con esa cuerda suele ahorcarse a un soñador.

LXXXII

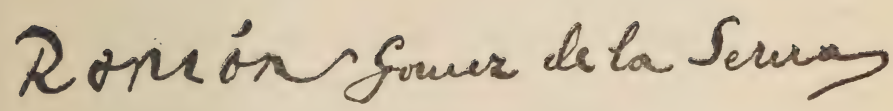


Julio Aramburu

La mano que traza esa línea concisa ama indudablemente la simplicidad: ni un solo rasgo inútil, apenas los necesarios. Pero a veces la simplicidad resulta obscura y sin color, como la persecución "a outrance" de la verdad, suele ser el principio de la ceguera espiritual. Este espíritu aparta tenazmente la hojarasca de las apariencias, y frente a las cosas desnudas, cree conocerlas a fondo... Y olvida que para hallar el sabor profundo de las cosas, como el de los frutos, es preciso hincarles los dientes, los dientes de la intuición que le faltan precisamente al autor de "Jujuy". Espíritu asimilador, de gran poder analítico y ninguno de síntesis, con una confianza digna de mejor causa en las excelencias milagrosas del razonamiento. Sensibilidad variable a la sugestión, que suele desaparecer como por escotillón al empuje del sentido práctico. Posee, sin embargo, una capacidad pasional muy pronunciada, que se ignora quizá a sí misma, gracias

a la tendencia que inclina pronunciadamente los gustos hacia los placeres y alegrías de la tierra... Naturaleza expansiva, de innata benevolencia capaz de la más noble devoción de amistad. Modestia real que no impide saberse valorar con justicia, preciosa cualidad en quien realmente vale alguna cosa.

LXXXIII

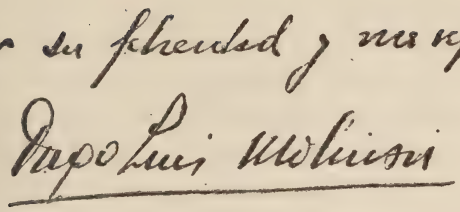


Ramón Gómez de la Serna

Curioso espécimen de vanidad éste que agranda desconsideradamente el apelativo que le es común con cualquiera del mundo, y deja en la sombra los patronímicos que le son propios... Una vanidad ingenua y solapada a la vez, como la de los chicos y la de ciertos hombres muy inteligentes. Gustan llamar la atención, y lo consiguen, pero sobre todo y precisamente, por la deliciosa e inimitable frescura de sus procedimientos. Aparte la vanidad, que es formidable: Talento. El pensamiento claro, rápido y flexible copia el juego elástico de sus perfiles y sus plenos. Observador sagaz, y audaz descubridor de los perfiles inesperados de las cosas. La imaginación y la originalidad existen y se mueven, pero algo las espolea hasta hacerles, a ratos, perder el ritmo y la armonía: es decir, la sinceridad. La caligrafía de la palabra "Ramón" da el ejemplo. Ante su trazo final presumido y extravagante, se tienta uno de decirle como en el chascarrillo: "Acórtele usted un poco la cola al tigre, don Ramón"... Aparte

la vanidad, decíamos: Sentido crítico. Instinto artístico. Cultura. Carácter bravo y sensual, en que late la violencia bajo la gracia y el buen humor. Ni sincero, ni confiado. Y de franqueza brutal cuando se le antoja. Voluntad fuerte que ante la emoción o el capricho tuerce violenta y repentinamente el camino, como la dirección de los rasgos su pluma. Quizá la mayor originalidad está ahí, en la sensibilidad rica, vibrante, insegura, seductora y peligrosa... Su corazón es una greguería fantástica, que debe dejar curiosidad y escozor al pasar, como el aguaviva.

LXXXIV

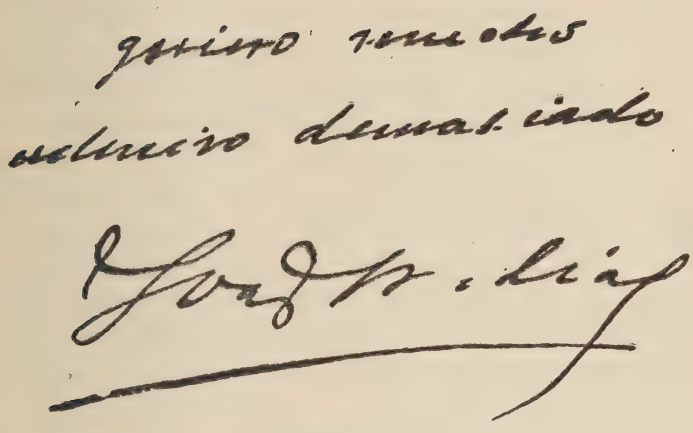


Diego Luis Molinari

El señor diputado Molinari es un original "a outrance". Su alfabeto cuidadosamente complicado y extraño nos explica el porqué de las cosas bizarras que suele pedirle su imaginación... Como, por ejemplo, la inocente ferocidad con que, en tiempos de terrible memoria, pretendía exigir, en su secretaría de Relaciones Exteriores, la especie desconocida del empleado público puntual y contraído. O aquella famosa "boutade" de exiguo gusto contra la presidencia de más puro cuño francés — elegancia, gracia, mesura — que nos haya podido conceder el destino... En bien de la tranquilidad pública, vuelva el doctor Molinari al palote y perfil que le enseñaron en la escuela, sobre todo ahora que nosotros, pérfidamente, descubrimos el misterio de su caligrafía artificial: clara inteligencia brillantemente nutrida y rica sensibilidad, y un carácter "pointu" capaz, sino se lo poda, de aislar una alma de toda simpatía

humana. Naturaleza reconcentrada que desconfía y no inspira confianza. Benevolencia desfigurada por la causticidad. Timidez y vanidad, una en contra de la otra: atracción por los honores y la consideración del mundo, pero con un orgullo que odia mostrarse en los caminos por donde se va a buscarlos. Firmeza, terquedad y una audacia curiosamente apoyada en una cierta desconfianza de sí mismo. Reserva y disimulo, defensivos de una impresionabilidad delicada. Activo y ordenado. Y a veces melancolía, pesimismo, depresión vencedora... También, si es capaz de amar y de sufrir, ¿por qué diablos le gusta al doctor Molinari andar vestido de zarza espina?

LXXXV

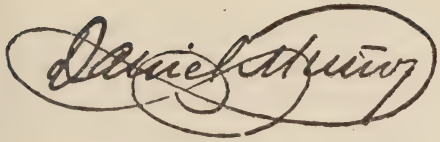


Joaquín de Vedia

Una gran sensibilidad y un genio de truenos y centellas. Don Joaquín debe ser de aquellos que tienen "un mal momento pero un buen corazón" con quienes van a empedrar el infierno si no alcanza con los bien intencionados... De lo que nos alegraremos mucho. Porque no es la suya la escritura desesperadamente angulosa de los coléricos legítimos, que son los primeros en sufrir y en lamentar su intemperancia. Sus renglones tirados a cordel y sus minúsculas iguales, nos obligan a denunciar su íntima e imperturbable calma de Júpiter Tonante, burlándose socarronamente del mundo detrás del cerco aterrorizador de sus nubes. Es demasiado vivo,

don Joaquín... Como es demasiado inteligente para no ser siempre un poco el espectador — y, por lo tanto, el paralizador — de sus impulsos sentimentales. Con lo cual el gran corazón le cabe en el bolsillo. No lo conducirán nunca a la locura ni a la muerte por amor, ni siquiera al sacrificio, por supuesto... Vanidad y orgullo. Susceptibilidad. Egoísmo y personalidad. Actividad y generosidad precarias. Espíritu pasivo a pesar de su gran riqueza nativa y su cultura. Su sentido de la responsabilidad es una pereza industriosa en trabajar lo menos posible. Con su inteligencia recia y sutil y su voluntad capaz, sólo utilizó el oro flor de su espíritu, que se recoge con tender la mano. Para llegar le faltó ambición, y le sobró ligereza para tomar la vida y sibaritismo para gustarla. Y prefirió jugarse al azar, como una puesta arriesgada y embriagante...

LXXXVI

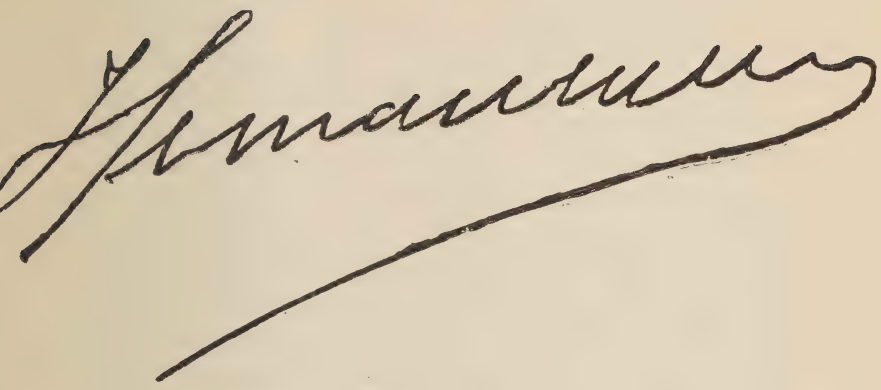


Daniel Muñoz

Escritura inarmónica, pero llena de sabor, vivaz, rápida e indiferente a los cánones. La inteligencia es en ella espiritualidad lúcida y penetrante, cultura, experiencia, conocimiento de la vida, de los hombres y de las cosas. Y filosofía, desde luego... La voluntad desigual, terca por convicción de su debilidad, mediocre, en suma, pero suficiente a su ambicionar tranquilo, que sobre el papel sin rayas conserva a igual distancia los renglones, sin alterar su leve movimiento ascendente. Es alguien que ha seguido su camino sin gran pasión pero sin lasitud, con la calma incomparable de los que si no llegaron siempre a dominar la vida, fueron siempre capaces de comprenderla... Filosofía, buen humor, sencillez, cordialidad. La comprensión rápida y el temperamento vivaz nos ponen con facilidad al alcance de su ironía chispeante y certera, a veces de su crítica cáustica, aderezada con una sabrosa e inconfundible socarronería criolla. Si intelectualmente es capaz de operaciones sutiles, en modos de acción prefiere lo expeditivo. Y, franca-

mente, salvo una vaga veleidad de astucia en ciertos finales de palabra, o el ligero énfasis de la rúbrica y la vanidad de la "M" mayúscula — vanidad de situación y no de instinto, — no encontramos, por cierto, "le physique du rol" del diplomático... Sin duda, este viejo amigo de la Argentina lo suplió con su sensibilidad y fina inteligencia, cual con este hallazgo de la rúbrica en red, cortés pero hermética, por sobre signos de una indiscreción femenina — como esa "o", abierta como una "v"... Verdad también que más trabajo que los tratados internacionales han debido darle, por cuenta propia, ciertos renglones del Decálogo, por ejemplo...

LXXXVII

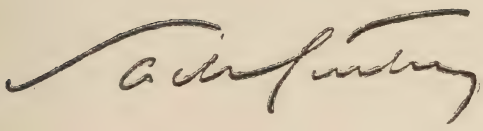


Hernan Cullen

Generosidad, humanidad y pasión en esta caligrafía de largo trazo cálido, desigual y espontáneo que descubre un mundo de perpiles diversos en sus renglones fugaces... Una naturaleza compleja y contradictoria, traducida, lo que no es común, por gestos totalmente despreocupados de artificio. Solas, las mayúsculas tipográficas rompen la simplicidad del dibujo con la evidencia del temperamento artístico, enriquecido por una sensibilidad viva y desordenada, que lo empuja inconteniblemente a ser sincero. Capacidad inagotable de emoción, sensualidad, y el don de ser ingenuo y de ser entusiasta, que eternamente hace del artista un niño. El hombre, en Hernán Cullen, es todo eso a la par del artista,

y mil otras cosas más por cuenta propia. Hábil, experimentado, comprensivo — ¡adiós la dulce ingenuidad ilusionada!, — capaz de ayudar a los otros con su enorme penetración del corazón humano, y con el espíritu demasiado cultivado para temer la soledad, se cree capaz — y no lo es, con su corazón expansivo, terriblemente necesitado de afectos y de halago — de despreciar las viejas formas que hacen humilde, pero segura, la pobre dicha humana. Ambicioso, la filosofía le embrida la imaginación, pero, tenazmente, el renunciamiento de hoy lo deja siempre dispuesto a recomenzar mañana. Sus decisiones son violentas y seguras cuando aplica a ellas su inteligencia de sabia lógica y agudo razonar. Tiene el genio vivo y bravo, impulsivo sin crueldad. Es diplomático por piedad y capaz de dar sin contar. Y su alegría suele ser el vestido de un pesimismo rebelde o resignado.

LXXXVIII

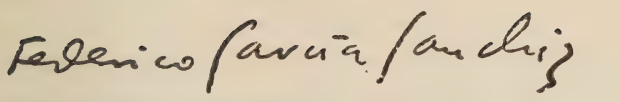


Sacha Guitry

Los trazos extravagantes en grafología, dicen a poco que se acentúen, tendencia a la locura. La extravagancia de Sacha Guitry es toda una sabiduría, y no dará con él en el hospicio, por supuesto, y en cambio lo va llevando tranquilamente a la fortuna y a la fama. Todo un aspecto del alma francesa está en el milagro. Voluntad acerada y dúctil, que se adapta con fina intuición al color del momento, pero alcanza en cada caso la curva máxima de su entusiasmo. Es el "vouloir" llevado a su perfecta ejecución, combinando la fuerza, la astucia... y la gracia. Sobre el grafismo de Guitry la gracia es un sello que dice "París". Un hombre que sirve a su voluntad como a una amante. (No todo está en complacer: "il y a la maniere", diría el delicioso "Lui" de "Je t'aime".) Casi siempre el destino, cobarde con los pobres de espíritu, se entrega blandamente a los ricos de esta suerte. Talento vivísimo y refinado con original cultura, pero nacido como el agua de la fuente en la montaña: espontáneamente y cantando la alegría de vivir. Alegría, optimismo, audacia,

fantasía. Espíritu creador e inventivo en todos los planos, y para que nada falte de las cosas que hacen agradable la existencia humana, el acicate del deseo incumplido resurgiendo con invencible entusiasmo tras del deseo realizado. El cauce de la sensibilidad es profundo, pero el agua corre ligera, ligera... Una agua que no ama volver a pasar bajo los viejos puentes y, desdeñosa del recuerdo, se va sin remordimiento hacia la nueva Primavera...

LXXXIX

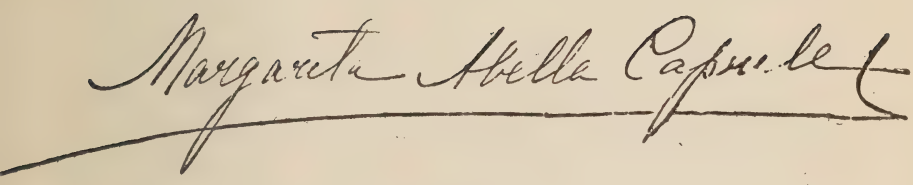


Federico García Sanchiz

García Sanchiz no es un charlatán. Precisamente no lo es, este prestidigitador de la palabra hablada que durante varios meses tuvo a Buenos Aires bajo la sortílega tiranía de sus charlas embrujadoras. Muy distinta, su página, de la caligrafía invasora de los «bavards» cuya avidez no respeta márgenes ni blancos. Es verdad que un charlar como el suyo no es otra cosa que el florecer de largos silencios pensativos... Una enorme riqueza emocional se transparenta en esa frágil ristra de minúsculas nerviosas y desiguales que la intuición corta y reanuda a cada instante, y que invenciblemente escapan a las líneas de la plana como una bandada de golondrinas por entre los hilos del telégrafo. Su sensibilidad es interesante como el mosaico inesperado del caleidoscopio: es un puñadito de vidrios multicolores y vive de reflejos. ¿Qué puede pretenderse construir con ella? Y no tiene una voluntad que valga para dirigir su carácter, pero menos todavía la aptitud de los que son felices bajo la voluntad de los otros. ¿Alors?... El vagabundaje a toda vela a través de la luz y de la

sombra de la vida. Inconstante, veleidoso, inseguro, «elegir» debe ser uno de los verbos más difíciles de su vocabulario. Temperamento artístico y creador, que desdeña, sin embargo, la obra que exije un esfuerzo costoso o persistente. Poder de concepción rapidísimo, intuición vertiginosa. Más de una vez debe haber entrevisto sistemas de toda laya, exactos y originales. Es incapaz de fijarlos en una forma severa y perdurable. Su sutileza no le oculta esta singular aptitud negativa de su espíritu, y es entonces cuando su originalidad halla el recurso de darnos sencillamente sus sueños por sueños, y no por las realidades que tal vez los valieran, fruto de una inquietud más honda y de una vida menos placentera...

XC



Margarita Abella Caprile

Curiosa esta rúbrica tan viril, con su cruz de desconfianza y desafío como una cruz de empuñadura... Delicadeza, idealismo, elevación espiritual, pero nada de debilidad, nada de bíblica sumisión. Al contrario, instintos dominadores, carácter neto y decidido, armadura ésa tan eficaz como puede serlo naciendo de una voluntad femenina, es decir, frágil, es decir, caprichosa y mudable, es decir, todo lo que tú te figuras, lector... En suma, su decisión de energía le agobia un poco la gracia, sin tornarla invencible. A veces la dirección de su escritura es rígida y promete una perseverancia insobornable. A veces las palabras se escapan de la recta que la mano persigue todavía en largos trazos finales y en el último renglón hay vencimiento, depresión... ¡Y al final asciende de nuevo el nombre en una renaciente afirmación de rebeldía! ¿Virilidad, dijimos? Lector, es toda la mujer, la eterna desolación del justo. En su inteligencia limpia, flexible y fina, el instinto

creador no es original ni poderoso. Su aptitud de belleza la hará más un filósofo que un poeta, aunque ella crea lo contrario, o en todo caso será siempre un lirismo filosófico el suyo, ya que predominan en su espíritu la lógica, el razonamiento y el sentido de la realidad, y si su corazón llega al apasionamiento, su sensibilidad es siempre un poquito cerebral. Justa, leal y fiel, pero no sincera. Imaginativa, alegre, vivaz, con una fugaz melancolía de mujer en su cielo de criatura joven y ardiente. sabe esperar con orgullo y prever el desencanto con extraña frialdad. Y por ahora, todavía, se artificializa un poco, quizá en busca de libertad espiritual.

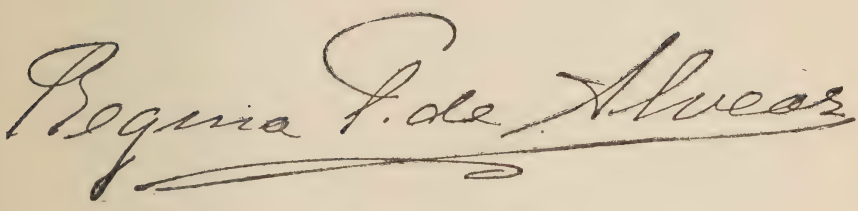
XCI

Manuela de Rosas de Ferrero

Voluntad serena y firmeza de carácter, como a menudo existen sólo en las naturalezas fundamentalmente honestas, de una rectitud dura y limpia como el diamante. Afectividad delicada y profunda: todos los afectos, orgullo de la condición humana, han debido caberle en el corazón a esta mujer, sensible hasta el apasionamiento, y de rara devoción en la amistad. Leal a toda prueba: boca que odiaba la mentira como se odia el veneno. Y ninguna ambición, ninguna angustia por las vanidades del mundo. Serenidad, serenidad... Modestia real, que no ignora el propio mérito. Nada de lo que frívolamente llamamos los grafólogos "gustos aristocráticos": aristocracia de alma, de espíritu y de gesto, bañandole la vida entera como en un resplandor interior. Sensibilidad estética bien cultivada. Intuición y lógica abundantes y proporcionadas, como en toda inteligencia de valer. Prudencia, idealismo. Jovialidad,

apacible alegría habitual, que no perturbaba su claro sentido de la realidad. Naturalmente generosa, conoció, sin embargo, el valor del dinero. Y con la gracia de su dulce coquetería femenina y el aroma de su valor moral, su grafismo nos la muestra, a través de los años, como una flor delicada y preciosa prendida al viejo tala bravío que fué su padre.

XCII

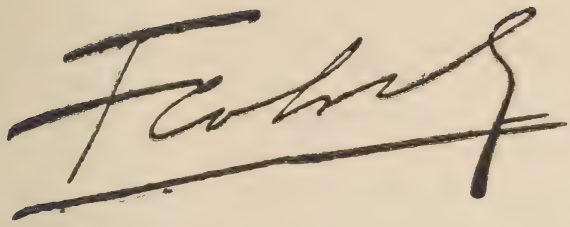


Regina Pacini de Alvear

Escritura fina y nerviosa, trasunto de un espíritu vibrante, extraordinariamente sensible al panorama del mundo, rico en su curiosidad inagotable y en su capacidad de entusiasmo. ¿Encontrará la vida buena o mala de vivir, la señora de Alvear? De algo estamos seguros: nunca ha dejado de encontrarla interesante. La melancolía y el desencanto, el zumo áspero y enervante de la filosofía pesimista, son las cosas más alejadas de su caligrafía activa, fácil y decidida, donde la imaginación tiene siempre veinte años, y es capaz de pedir la luna, y más capaz todavía de ir a buscarla, si no se la traen. Confianza en sí misma, subrayada con brío por sus largas y finas barras. Ambición. Orgullo y alegría. Tenacidad Naturaleza que se emplea toda en la persecución de lo que desea. Emotividad. Exaltación clarificada por la inteligencia — lo que no impide, ¡helas!, que el carácter se le ponga bravo, a veces: — y posee una sensibilidad apasionada y generosa, pero no cierta

dulce, suave, humilde bondad femenina, sin la cual se puede igualmente ser dulce y buena, desde luego. Espiritualidad, gustos refinados. Hábil y combativa, la vence su espontaneidad sentimental. Cierto trazos de astucia en su letra abierta y clara dicen tacto, penetración y aquel "savoir faire" incomparable que celebraba un viejo diplomático, asiduo comensal de nuestra legación en París: "Yo no sé qué poder maravilloso le hace adivinar a la señora de Alvear la voz que uno prefiere escuchar a su lado en la mesa, y el rostro que uno prefiere mirar en frente..."

XCIII

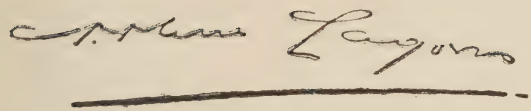


Francisco Traba

Apasionado en las ideas. Apasionado en la amistad y en el amor. Apasionado, pero inconstante. Y algunos otros matices femeninos en la sensibilidad espejeante y profunda del secretario de redacción de "Caras y Caretas". Emotividad, impresionabilidad vivísima, susceptibilidad celosa y tierna. Incurable necesidad de confiarse, de descansar en otro; y el orgullo que lo defiende con todas sus fuerzas contra esa tendencia y le ha ido formando, poco a poco, una capacidad defensiva de reserva que va hasta la mentira rotunda. Lo que no le impide caer de nuevo en la tentación en cuanto se descuida... Y esa quietud interior corresponde a una decisión y un vigor en la acción perfecta y típicamente viriles, que marcan el otro polo de su naturaleza a todas luces contradictoria y complicada. Bajo su apariencia de blandura este carácter alimenta una tremenda fuerza

de voluntad, que se entona con el personalismo confesado sin reatos por la firma, pero suele desmoronarse a veces como una magna construcción mal calculada, ante los embates de huracán de su mar sentimental... La desigualdad sin ritmo y sin límite en el tamaño de sus letras de trazo a la vez fugaz y violento, son el testimonio evidente de lo que afirmamos. Tiene una ambición nerviosa que se expande sobre todo en su imaginación. Encerrado en su aspiración interior sueña que quiere el cielo y las estrellas, y se reconoce capaz de alcanzarlos: en la realidad es un poco cobarde y procede como si no creyera en sí mismo. Y cree mucho, por el contrario. Su grande imaginación no le enturbia el juicio, que es de primer orden: lógica e intuición ricas y bien equilibradas, o primando alternativamente la una sobre la otra, lo que constituye quizás su mayor equilibrio. Sentido crítico. Cultura de ideas. Tendencias artísticas no cultivadas. Independencia en el carácter, que suele ser colérico: por lo general, energía y dulzura mezcladas. Y una tendencia a dominar disimulada por instintos diplomáticos muy hábiles. Cosas del oficio, sin duda...

XCIV

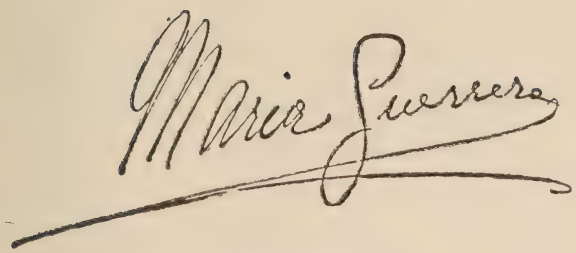


Arturo Lagorio

Inteligencia apta, tranquila, flexible sin vivacidad, capaz de razonar claro y de intuir sin locura. Cultura de lector paciente y concienzudo. A veces imaginación, a veces rutina. Terquedad e inconstancia... Lagorio es un hombre serio y un poco triste. Ya se ve que no nos engaña el gesto decidor de alguna que otra larga curva — que tanto puede querer decir vanidad como fugaz y ligera alegría. — Tiene la sensibilidad tierna y sedienta, cierta penetración del corazón humano y una pobre voluntad reducida a fragmentaria y nerviosa energía. Lo que explica sin esfuerzo la leve pero persistente depresión que tira hacia abajo los renglones inseguros. Por supuesto que ningún psicólogo práctico colocaría al señor Lagorio en la categoría de los «hombres mandíbula». Su sistema de defensa vital se revela en la astucia de algunas palabras filiformes, en la "o" que parece normal y está, sin embargo, a menudo, cerrada al revés, o por la "e" en acento circunflejo que agrega amabilidad intencionada a la nativa... Se nos ocurre edamás que el fantasma de su felicidad es de los que

se dejan ver con frecuencia por los caminos del mundo, y si no sabe, simplemente, tender la mano y apresarlo, culpe a la eterna disconformidad de su ilusión que está siempre dispuesta a retocar el sueño o la esperanza, y los deja al final confusos, débiles y vacilantes. Hasta la honda afectuosidad — su mejor don — que le inclina el espíritu hacia los otros, sufre el desequilibrio de esa persecución negativista, y apaga la luz interior de la expontaneidad íntegra y de la noble y elegante serenidad. Le deseamos, porque se lo merece, el amor o el ensueño que lo engañen pero que le hagan creer en sí mismo.

XCV

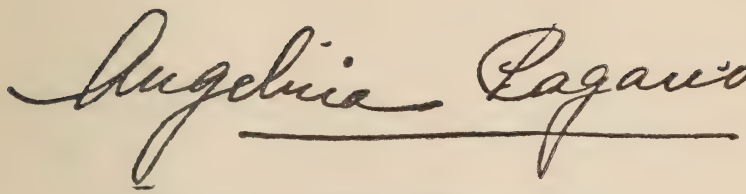


Maria Guerrero

Vanamente el sentido práctico intenta luchar contra la prodigalidad incurable. Diez y seis palabras, inclusive el nombre, bastan para llenar la página que analizamos. Caligrafía grande, que se duplica orgullosamente en la firma, finales prolongados, blancos enormes, márgenes devorantes: gustos lujosos, amor al confort, magnanimidad que da sin contar. Incapacidad para guardar bienes materiales. Inútiles, la prudencia que cierra herméticamente las "a", la desconfianza de los dos puntos personalizando la firma, la astucia del rasgo final, en que se deshilan las últimas letras de cada palabra. Inútiles... Idealismo. Sentimiento de lo bello' Gustos elevados. Doña María fué una mujer buena y dulce, en quien la sensibilidad suavizaba los ángulos un poco afilados del carácter. En este autógrafo se advierte algo de cansancio en la voluntad, que, sin embargo, es valiente y ama la lucha, algo de descorazonamiento,

y luego, la energía que revive otra vez: esa energía tenaz y delicada a un mismo tiempo, que hace el milagro de alzar obras formidables sobre frágiles hombros de mujer. Inteligencia sagaz, cultivada por una naturaleza fina, astuta, dotada de una gran penetración. Doña María era — y amaba serlo — impenetrable, y llevó su prudencia hasta callarse a sí misma lo que pensaba, cuando saberlo era indiscreto o peligroso.

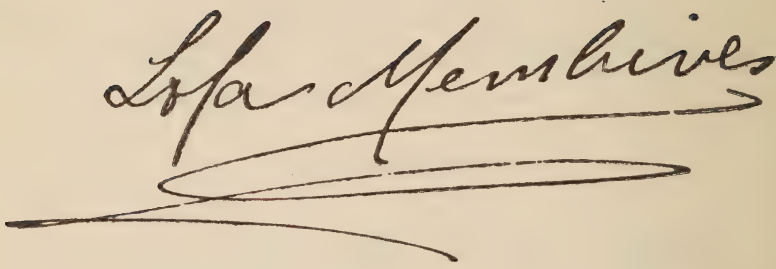
XCVI



Angelina Pagano

¿Angelina Pagano? Muy buena... pero muy rabiosa. Algo saben de eso sus súbditos del tablado que la adoran, pero se van provistos de agua de melisa a los ensayos. Inteligente, imaginativa, culta, emprendedora, audaz, ambiciosa. De una lógica terrible, contra la cual no pueden ni el empaque académico de José León, ni las argucias sutiles de Francois... Además, cuando no se trata de las cosas serias, burlona, caprichosa y un tantico mentirosilla. Helas... una mujer interesante, sin la menor duda. Sensibilidad profunda, generosidad, gustos aristocráticos, placer en echar el dinero por la ventana... ¿Adónde irá esa briznita de egoísmo que aparece por ahí? Oh! no cuesta mucho descubrirlo: hacia ella misma. Angelina Pagano, gran corazón, amiga delicada, artista sincera, ha sido bien egoísta consigo misma. Que mire un poco dentro de sí, y nos dirá si nos equivocamos. Para ser artista, como para ser santo, hay que olvidarse de que se tienen hermanos, amigos, un país, un corazón...

XCVII

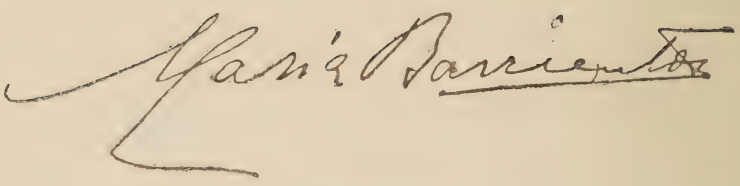


Lola Membrives

Lola Membrives nos dejó un día y se volvió española. Ahora ya no es nuestra sino de prestado. Bien dice su letra que es inquieta, inconstante, buscadora de novedades, y toma su bien donde lo encuentra, como Montaigne... Los de allá fueron más vivos que nosotros y la enseñaron a valorarse. Ahora sabe que es "algo", (¡vaya si lo sabe! con la "N" que usa...) y procederá siempre con el aplomo de los que se deben todo a sí mismos. Está en su derecho esta mujer que sola, valiente y silenciosa, se fué desde las selvas incultas del género chico hasta la cumbre de artista genial en que hoy la admiramos. Inteligencia completa, que suple a los maestros que no existieron. Su golpe de intuición equivale, simplemente, en eficacia, a la fuerza desnuda de sentimen-

talismos con que esa "l" minúscula marca la potencia de su egoísmo vital y de su bravura defensiva... Sensibilidad capaz de la pasión, pero no del mismo femenino, que es gracia y dulzura. Instinto de los negocios, como un hombre, y gastadora... como una mujer.

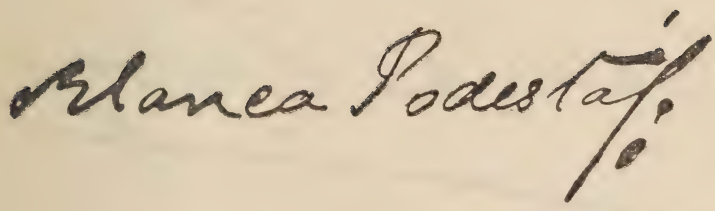
XCVIII



María Barrientos

Inteligente, espiritual y fina la silueta de María Barrientos a través de su caligrafía. Gracia caprichosa de mujer en los perfiles delicados y voluntariosos, que no precisan jamás llegar a la brutalidad para mostrar la energía consciente de su fuerza. Porfiada y ambiciosa, una inteligencia notable le ha sabido allanar el camino por donde otros no llegan a ninguna parte. ¿Será feliz con eso? ¡Vaya uno a saber! Porque la inicial de su nombre dice que ama el aplauso enardecidamente, pero posee también una honda y exigente sensibilidad, y aunque los rasgos se inclinan bajo el impulso pasional, no se apoyan nunca, como si algo, tercamente, retuviera al corazón miedoso o experimentado. ¿Le bastarán los aplausos a este corazón? ¡Ay!, no lo creemos. Y pensar que como tantos, habrá tenido que conformarse con lo que la vida da, que no es, precisamente, casi nunca, lo que promete...

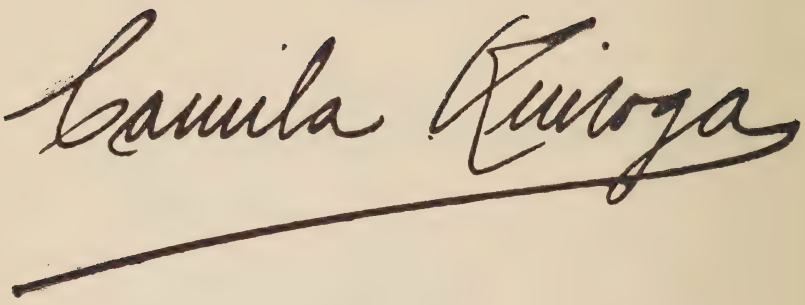
XCIX



Blanca Podestá

¿Creerá Blanquita en los fundamentos científicos de la grafología? ¿O supondrá que es cosa sobrenatural ("gualicho", en buen criollo)? Porque su firma revela la desconfianza feroz de una naturaleza primitiva, vivaz y alerta, a prueba de sorpresas. Tiene una inteligencia en que la intuición y la lógica se equilibran notablemente; bello jardín salvaje que debe todo a su savia y nada a los jardineros... Temperamento sensual, sin refinamientos costosos e inútiles. (En el amar y en el rabiar, Blanquita retrocede tranquilamente hasta la prehistoria). Es valiente. No es mala. No es hipócrita. Ama el dinero, pero no tiene egoísmo y sabe dar. Le gusta mandar, pero si no le hacen caso, no importa. Ambiciosa sin mucha insistencia. Vanidad, un poquito, por decoración y sin darle importancia. Y nada orgullosa. ¡Interesante y simpática Blanquita!

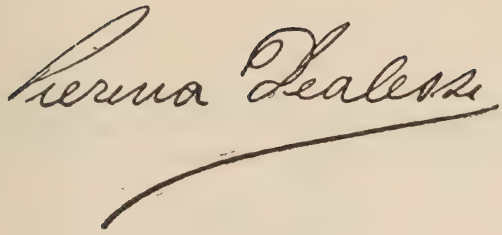
C



Camila Quiroga

¿Camila Quiroga, una mujer de teatro? Lo creemos porque usted nos lo dice, señor. Un poco de vanidad y un poco de ambición. Pero cualquier mujer bonita los tiene (o puede tenerlos). En cambio es buena, así seria y decididamente, y a veces un poco egoísta, con lo cual querrá antes que nada a los suyos, o a lo que le llena la vida. Su inteligencia es sobre todo firmeza en las ideas y sentido práctico. Y además es ordenada, previsora, pulcra, vigilante, amiga del "confort" y no del despilfarro. Honesta y leal. Generosa de compasión, y no — y es lástima — de comprensión; rectitud un poco estricta que no tolera el extravío humano... Y sin intuición artística ni excesos de imaginación, ni locuras de idealismo; nada del turbador fermento que hace el artista... ¿Camila Quiroga, una mujer de teatro? Una excelente mujer de hogar, señor.

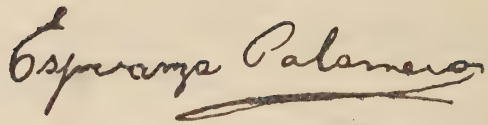
CI



Pierina Dealessi

No sabría desmentir la raza, Pierina italiana: su letra dice que quiere con el alma y con la sangre, cuando quiere. Inteligente y razonadora, la intuición la acompaña bien, hasta cuando no razona... Sentido estético, originalidad, imaginación, luchando contra la rutina implacable y contra... la cultura escasa. ¡Brava Pierina!, valiente, vivaz, obstinada, soñadora y orgullosa. Debe ser temible esta mujercita... Y en cuanto descubrimos eso, Pierina nos sonríe llena de buen humor y espiritualidad desde las curvas cantarinas de sus iniciales caprichosas. Y ya no le tenemos miedo. Franqueza, dulzura, bondad y egoísmo. Es decir: franqueza, pero cuando la vida la apremia, recurre a la mentira a pesar de odiarla. Lo cual es muy humano y sobre todo, muy femenino. Aristocrática para gastar y no para gustar. ¿Entienden Vds. eso? quizás ella lo entienda. Y se acabó.

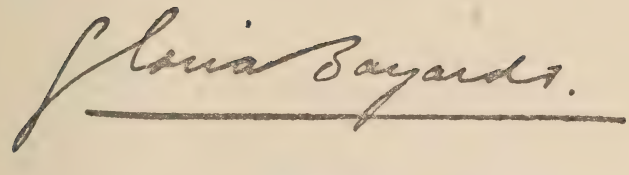
CII



Esperanza Palomero

Esperanza, Esperanza... ¡Y tan bonito el nombre! ¡Hemos visto dos líneas de la mano de esta esperanza, y nos ha dado lástima! Se iban a la deriva, como las naves que no esperan puerto. ¿Vale la pena llamarse así, y dejarse descorazonar a cada curva del camino? Hemos escudriñado en la firma, y tampoco hallamos nada que responda a la dulce y noble palabra de su nombre: ni alegría, ni ambición, ni entusiasmo. Apenas una terrestre vanidad de mujer joven y bonita que agranda las mayúsculas de miedo de pasar sin ser vista. Es bondadosa, gentil de trato, incapaz de herir al enemigo ni al amigo. A la guerra, prefiere la diplomacia. Pero no cultiva su espíritu, ni sueña, ni aspira... ¡Qué pecado! ¿Vale la pena ser mujer y llamarse Esperanza?

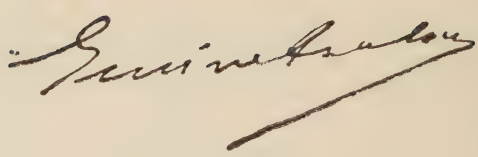
CIII



Gloria Bayardo

Lógica e imaginación: a la verdad que es un buen camino para encontrar la gloria. Diremos que esta gloria es muy capaz de una sabia locura... Sensual y sensible, esconde mucha personalidad bajo la gracia y una voluntad de dominar, más o menos disimulada bajo sus habilidades diplomáticas. Carácter con ciertos perfiles masculinos: tan rápida y tan expeditiva en la acción, que cuanto los otros acuerdan, ya ella ha conseguido lo que quería. Y cualquier día se vuelve atrás... Inteligente y ambiciosa: llegará. Egoísmo suave, atemperado con bondad, y que no le impide ser generosa ni gastadora. Hay bellos rasgos inquietos, sugeridores de espiritualidad y de espiritualismo. El sentido práctico, la rutina, la materialidad, los persiguen y los apagan. ¿Y vanidosa? Pues, ¿y dónde está el pecado?

CIV

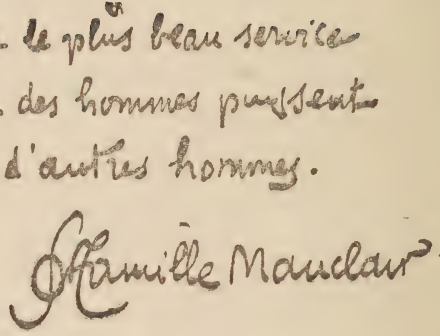


Emir Emin Arslan

¿El Emir Arslan? Muy inteligente. Tiene sobre todo poder deductivo, sin que le falte intuición, por cierto. ¿Vivo? Y astuto. Hábil, fino, con toda su voluntad — que es de buena ley — puesta en ser impenetrable. Dulce en la forma y terriblemente resistente en el fondo, con una resistencia asombrosa digna de la envidia de nuestra brillante y caprichosa veleidad latina. Ambición que se esconde y marcha terca pero serenamente, o rompe en violenta clarinada combativa como en el hilo de acero de la rúbrica. Cultura. Atracción por las cosas del espíritu sin desdeñar el mundo... Sensualidad sin materialismo. Sensibilidad susceptible y celosa del oriental que no ha podido dejar de ser, junto a la aparente ligereza paradojal del europeo que él sueña que es. Tendencia a la pereza, vencida por el sentido práctico. Amor al dinero pero no para guardarlo. Ten-

dencia a dominar por la dulzura o por la fuerza, tanto como puede concebirse en quien desde el fondo de su raza está acostumbrado a decir: "Mi caballo mi mujer, mi perro"... ¿Qué hará el Emir Arslan cuando venga la R. S., que protegerá a los seres débiles?

CV

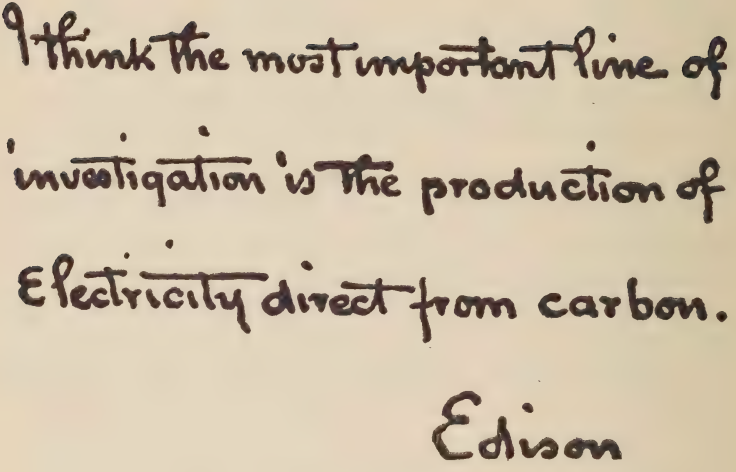


Camille Mauclair

Temperamento de belleza, de esos que sólo surgen en civilizaciones muy viejas después de largas cristalizaciones. Hay muchos siglos de pasado artístico detrás de la caligrafía de Camille Mauclair, donde el arte es fuerza creadora y fuerza moderadora, la fuerza que encauza, por ejemplo, esa tremenda, apasionada sensualidad, traducida en su pluma que pinta los signos en vez de dibujarlos. Es intuición de belleza la que lo lleva a ampliar los bucles, a separar los signos, a dirigir con terrible resolución el trazo caudaloso para que siempre, desde el punto de vista espiritual, quiera significar algo. Es la belleza abriendo paso a una corriente de claridad moral en un temperamento materialista y pagano. Tal su divino poder, que, como la luz, irisa

hasta las aguas turbias y crea a su través mundos maravillosos. Aquí el refinamiento no turba en lo más mínimo la integridad del carácter. Una fuerza incontrastable se desprende de su escritura redonda que dice gracia pero no pereza, que dice razón, sangre fría, reflexión y discernimiento. Intelectualmente, Mauclair es una soberbia personalidad, con características geniales. Riqueza millonaria en la cultura, en la imaginación, en el poder creador, en la capacidad de síntesis. Y sereno, armonioso, clásico — el fustigador de tramposos modernismos en el mundo francés y universal del arte, — calmo en el goce de su originalidad que se sabe capaz de hallar su perfecta expresión. Debe ser un amigo devoto, y es un hombre muy humano. Aunque, gracias a su vastedad interior, quizás sepa, dolorosamente, que depurarse es aislarse, y al final, siempre estamos solos...

CVI

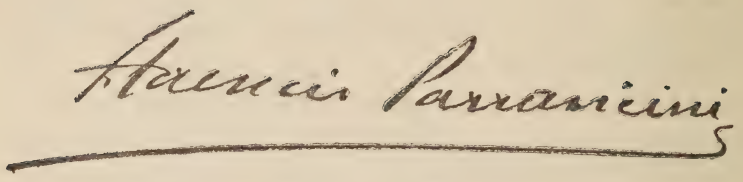


Thomas A. Edison

Líneas cuyo paralelismo implacable desafía con su rectitud al rayado que el papel no le ofrece; minúsculas unánimes en dirección, espesor y tamaño, como los caracteres de imprenta, pero de más bello dibujo. Un grafismo que evoca rieles, puentes metálicos, armazones de hierro... El grafólogo piensa que debe haberse equivocado cuando creyó encontrar, antes de ahora, los signos de la voluntad y de la energía. Firmeza inflexible, resolución, perseverancia, sereno e incontrastable instinto de dominio sobre sí y sobre los otros: la voluntad, herramienta humana, sierva maravillosa de la máquina divina del

cerebro. Armonía, claridad, vigor, sencillez, originalidad, potencia creadora: simplemente, la inteligencia del hombre de genio. Por cierto que dentro de la clasificación hay calidades distintas. Esta es una mente a la que no perturban jamás la sensibilidad que no existe — escritura vertical de regularidad absoluta — ni la imaginación, que es la chispa eléctrica apresada por el hilo de acero... El mago de Menlo-Park ignora el arrepentimiento que nosotros, los latinos, recogemos a cada paso tras el entusiasmo irreflexivo. Su bondad no concibe la limosna ni la injusticia. No idealiza su sensualidad, sino que la encauza. Es leal y severo, franco, veraz y silencioso, utilitarista y desinteresado. Tipo de otra raza, sin duda. Y nos equivocamos si lo suponemos nuestro inferior en aptitud de belleza: sentido estético hondo y puro, que ama la elegancia de la forma ardientemente, pero para vestir lo exacto, lo real, lo útil, lo universal. Realizador, acaso, de los ideales que nosotros sólo sabemos concebir...

CVII

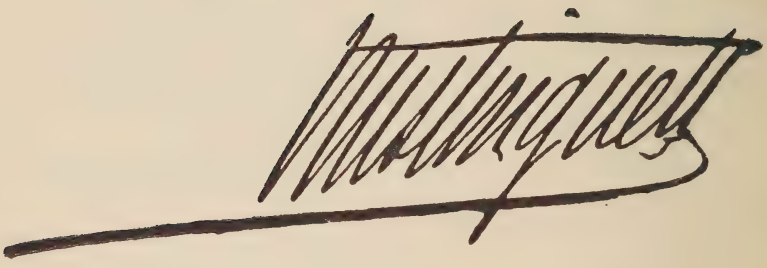


Florencio Parravicini

Inteligencia flexible y bien equilibrada, que hubiera respondido magníficamente si se la hubiera tratado mejor y exigido más. Vida cascabelera, llevada al son de sus emociones violentas, caprichosas y fugaces. Astucia y desenfado, todo al mismo tiempo. Perezoso, intranquilo y amante del placer. Parra es una persona que jamás ha podido tener carácter para hacer otra cosa que su antojo del momento... Nos imaginamos que su ángel guardián debe estar expuesto a bien peores asechanzas que aquel dulce e infeliz Arcade, causa o pretexto de una revolución celestial. (Ante el cuadro sombrío y poco edificante que le trazamos, Parra se contenta con levantar una ceja, imitando a Mefisto). Sigamos. Gran vivacidad espiritual, que hace malabarismos con las ideas más serias del mundo. Y por cierto que la imaginación suele hacerle ver el mundo y la vida distintos de lo que son en realidad... ¿Vale la pena ser un positivista, para ver menos claro que con el ideal del cual

nos burlamos sin poder apagarlo definitivamente en nuestro interior?... Gracia burlona con más chispa que aticismo. Y, cosa curiosa, una tristeza obscura y terca, bajo el chisporroteo de la alegría exterior. ¿Es posible que, después de todo, Parra sea triste? Sus amigos deben saberlo, porque en amistad es franco, sencillo, espontáneo y comunicativo, si no está de mal humor, y bajo su ligereza suele hallarse, como bajo la nieve, el camino de su corazón.

CVIII



Mistinguette

Vanidosa, diplomática, lista, gastadora, voluntariosa, inconstante, leal, inteligente, culta, enérgica, refinada, lujosa, dominante, ambiciosa, satisfecha, orgullosa, precavida, audaz, reservada, charlatana, alegre, caprichosa, mentirosa, imaginativa, original, tenaz, valiente, activa, animosa, seria, irónica, frívola, emotiva, sensible, generosa, vibrante, encantadora, insoportable, femenina...

Qui, ca? C'est la Miss!

INDICE

	Pág.
Prólogo	7
Palabras al lector	15
Rubén Darío	17
Emilio Becher	19
Ada Negri	22
Hipólito Irigoyen	25
Antonino Lamberti	28
Benito Mussolini	32
Alfonso XIII	34
Joaquín V. González	36
José Ingenieros	38
Gabriela Mistral	39
Horacio Quiroga	42
Leopoldo Lugones	44
Jacinto Benavente	47
Vicente Martínez Cuitiño	49
Gómez Carrillo	51
Angel de Estrada	53
Fray José Bottaro	55
Luigi Pirandello	57
Paúl Groussac	59
Arístides Briand	61
Enrique Larreta	63
Marcelo T. de Alvear	65
Marco M. Avellaneda	67
Alfonsina Storni	69
Jean Cocteau	70
Delfina Bunge de Gálvez	72
Eduardo Huergo	74
Ricardo Rojas	76
Gabriel d'Annunzio	78
Alfredo L. Palacios	80
José Luis Cantilo	82
Angel Gallardo	84
Miguel Primo de Rivera	86
Ramón J. Cárcano	87
Lisandro de la Torre	89
Alvaro Melián Lafinur	91
Fernández Moreno	93
Julio Iribarne	95
Abel Zubizarreta	97
Arturo Capdevila	99

	Pág.
Alberto Gerchunoff	101
Alejandro Alekhine	103
J. R. Capablanca	105
Trilussa	107
José Arce	111
Coroliano Alberini	113
Arturo Cancela	115
Alfonso de Lafarrère	117
Manuel Carlés	119
Colette	120
Eleonora Duse	123
Sara Bernhardt	125
Bernardo A. Houssay	126
Alejandro Ceballos	128
Francisco Rophille	130
Gregorio Aráoz Alfaro	132
Miguel de Unamuno	134
Juan Pablo Echagüe	136
Enrique García Velloso	138
Enrique Méndez Calzada	140
Nicolás Coronado	142
Pedro Miguel Obligado	144
Jorge Soto Acebal	146
José Fioravanti	148
Luis Berisso	150
Martiniano Leguizamón	152
F. T. Marinetti	154
Mario Bravo	156
Francisco Uriburu	158
Luis Duprat	160
Carlos Ibarguren	162
Martín Gil	164
Alfonso Reyes	166
Benito Villanueva	168
Julio A. Costa	170
Lascano Tegui	172
Darío Niccodemi	174
Horacio Rega Molina	176
Francisco Luis Bernárdez	177
Ernesto Morales	178
Víctor Juan Guillot	179
Julio Aramburu	181
Ramón Gómez de la Serna	183
Diego Luis Molinari	185
Joaquín de Vedia	187
Daniel Muñoz	189
Hernán Cullen	191
Sacha Guitry	193
Federico García Sanchiz	195
Margarita Abella Caprile	197
Manuela de Rosas de Ferrero	199
Regina Pacini de Alvear	201

	Pág.
Francisco Traba	203
Arturo Lagorio	205
María Guerrero	207
Angelina Pagano	209
Lola Membrives	210
María Barrientos	212
Blanca Podestá	213
Camila Quiroga	214
Pierina Dealessi	215
Esperanza Palomero	216
Gloria Bayardo	217
Emir Emin Arslan	218
Camille Mauclair	220
Thomas A. Edison	222
Florencio Parravicini	224
Mistinguette	226

ESTE LIBRO TERMINO DE IMPRIMIRSE EL DIA 24 DE OCTUBRE
DE 1929 EN LOS TALLERES GRAFICOS ARGENTINOS DE
L. J. ROSSO SARMIENTO 779 Y DOBLAS 955.—SE HAN
TIRADO 700 EJEMPLARES EN PAPEL PLUMA DE
ESPARTO VERGE, Y 20 EJEMPLARES EN PAPEL
HOLANDA, NUMERADOS DEL 1 AL 20,
FUERA DE COMERCIO. LLEVA UN
«EX LIBRIS» DE ALFREDO
GRAMAJO GUTIERREZ.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028257038